LUIS ALBERTO QUEVEDO
IGNACIO RAMÍREZ (COORD.)



Polarizados

¿Por qué preferimos la grieta?
(aunque digamos lo contrario)

Ci Capital intelectual

LUIS ALBERTO QUEVEDO
IGNACIO RAMÍREZ (COORD.)



¿Por qué preferimos la grieta?
(aunque digamos lo contrario)

Capital intelectual

Polarizados

¿Por qué preferimos la grieta? (aunque digamos lo contrario)

Polarizados

¿Por qué preferimos la grieta? (aunque digamos lo contrario)

Emmanuel Alvarez Agis, Natalia Aruguete, María Esperanza Casullo, Facundo Cruz, Luis Alberto Quevedo, Ignacio Ramírez y Natalia Zuazo

Índice de contenido

Polarizados : ¿Por qué preferimos la grieta? (aunque digamos lo contrario) / En

Director: José Natanson

Coordinadora de Capital Intelectual: Creusa Muñoz

Diseño de portada: Emmanuel Prado

Diagramación: Daniela Coduto

Corrección: Teresa Arijón

Comercialización y producción: Esteban Zabaljauregui

Versión: 1.0

Digitalización: Proyecto451

ISBN edición digital (ePub): 978-987-614-645-6

Brevísima nota del editor

“A pesar de lo que afirman sus principios, nuestras sociedades eligen la desigualdad. ¿Por qué?”

Así comienza ¿Por qué preferimos la desigualdad? (aunque digamos lo contrario), el célebre ensayo de François Dubet que evocamos en el título de este libro.

Como la desigualdad, la polarización política es eso que está ahí, contagiando todo con la fuerza inapelable de su poder omnímodo, sin que los esfuerzos por morigerarla hayan logrado –hasta ahora– mayores resultados.

Partimos entonces de la misma pregunta que Dubet. ¿Por qué algo que decimos que no nos gusta se termina imponiendo? ¿Por qué, si todos gritamos que la grieta es peligrosa, que paraliza la gestión de gobierno, que impide el desarrollo económico y hasta destruye los asados familiares, al final siempre gana? ¿Por qué fracasó la ancha avenida del medio, el “peronismo federal”, Margarita Stolbizer, el randazzismo? ¿Por qué cualquier ensayo, así sea tímidamente moncloísta, termina sepultado por una montaña de tuits envenenados? ¿Por qué es siempre kirchnerismo contra macrismo, macrismo contra kirchnerismo, peronismo contra no peronismo...?

Este libro es un intento de rastrear la causas profundas y analizar las consecuencias principales de la polarización política en la Argentina actual. Para ello, los destacados sociólogos Luis Alberto Quevedo e Ignacio Ramírez convocaron a un pequeño grupo de especialistas, de diversas áreas pero con el denominador común del rigor con el que trabajan y la voluntad de participar en el debate público. En las condiciones inestables de la pandemia, se reunieron, intercambiaron ideas, pensaron y, por último, escribieron.

El abordaje llega entonces desde ángulos complementarios. La sociología: ¿es la sociedad la que genera la grieta o es la dirigencia la que se la impone a la sociedad? La ciencia política: el curioso bicoalicionismo de nuestro sistema de partidos, ¿contribuye a profundizar la polarización o a moderarla? La economía:

¿la grieta es un reflejo automático de la desigualdad social y el estancamiento económico? Y la comunicación: los medios y las redes, ¿son causa o consecuencia de la polarización?

En las páginas que siguen, los autores se proponen algo más ambicioso que impugnar o reivindicar la grieta: pretenden entenderla. El resultado es la primera anatomía de la polarización política, a la que Quevedo y Ramírez definen como "la ley de gravedad de la política contemporánea": eso que no se ve pero que determina todo lo demás.

José Natanson

Noviembre de 2021

Claves del enfrentamiento político en la Argentina reciente

Luis Alberto Quevedo e Ignacio Ramírez

Desde sus orígenes, el pensamiento social buscó siempre las regularidades, las leyes subyacentes –o los mecanismos– que sean capaces de explicar el curso de los acontecimientos sociales, políticos y económicos que regulan/desordenan la vida en sociedad. ¿Cuáles son los resortes ocultos que mueven las acciones de los seres humanos y marcan el curso de la historia? Las respuestas fueron, y continúan siendo, múltiples: el miedo, el interés, el destino, la ley del deseo, la providencia, los astros o la pura voluntad humana. El presente libro propone diversas aproximaciones –y aproximaciones a sus diversas dimensiones– a lo que concebimos como la ley de gravedad de la política contemporánea: la polarización.

La polarización es el fenómeno político más importante en la cultura política argentina de hoy y asimismo una clave interpretativa insoslayable para entender muchos procesos políticos de nuestro mundo más próximo. Es también un importante objeto de debate en el campo de las ciencias sociales y por eso merece también nuestra atención.

Al darle estatuto de “ley” asumimos una de sus connotaciones, de sus secuelas semánticas: la regularidad de la que nos ocupamos gravita y actúa por encima de la imaginación y/o voluntad de los distintos actores políticos. No relativizamos la importancia de los liderazgos, tampoco desconocemos el carácter fundador y “milagroso” (en el sentido arendtiano del concepto) de la acción política, pero nos interesa enfatizar una dimensión habitualmente ignorada en los abordajes más habituales sobre el enfrentamiento político: su naturaleza estructural. Así, la polarización no es un elemento más en el mapa de fuerzas que están presentes en el campo de la política, sino que es su vector decisivo dotado del poder de lo inevitable: ningún posicionamiento puede sustraerse a su fuerza. También actúa

como pilar que sostiene los debates mediáticos, académicos, políticos: se revela como el cimiento cultural de una época. Le da firmeza y durabilidad a un tipo de ordenamiento político; la polarización sostiene, resignifica y resiste a las novedades discursivas y a la creación voluntarista. Todo sueño de instalar "una nueva política" tendrá antes que derribar las firmes columnas en las que se sostiene y alimenta a diario la polarización.

Podemos observar estos intentos y estos sintomáticos fracasos en la historia argentina reciente. Visitemos algunos de ellos.

Desde su nacimiento como partido local en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, el PRO desplegó una discursividad vecinalista y pospolítica que se recortaba dentro del paisaje discursivo "clásico" de la democracia. Evocamos su estilo originario porque, al identificar hoy al PRO como uno de los motores de la polarización contemporánea, solemos olvidar que su nacimiento (reciente) estuvo envuelto en la promesa discursiva de terminar con la confrontación ideológica –que era conceptualizada como un resabio arqueológico e indeseado del siglo XX– y dejar la pelea de las ideas por la pacificadora promesa de un lazo menos emocional y más transaccional entre la ciudadanía ("los vecinos") y la política (como "gestión de las cosas"). En efecto, de allí viene su paradójico nombre: PRO, tratándose de un partido que desde hace años basa casi toda su estrategia de acumulación política en el "partidismo negativo", es decir en la explotación de la emoción política llamada "antikirchnerismo".

Lo cierto es que en sus comienzos, el PRO se presentaba liviano de ideología, fomentaba un desapego por la cosa pública, distante de ese aspecto racional de la política (los principios, las plataformas, la ética de la responsabilidad) y aspiraba a ciudadanos que se sumaran al proyecto con poca carga de pasado, sin importar de qué historia venían, con escasos y difusos compromisos programáticos. Bajo este "nuevo paradigma", la política sería más parecida a la administración mínima de las cosas que a la realización de un ideario cargado de responsabilidades históricas. Sin embargo, algunos años más tarde, en 2019, ese mismo partido –sumado ahora a una coalición– nos propuso sumarnos una batalla final: ir a una guerra por la salvación del alma, de la libertad y de la república y evitar el desembarco de la dictadura castrochavista que traía el Frente de Todos (FdT). ¿Qué ocurrió en el transcurso de tan pocos años para semejante metamorfosis en el tono y en el discurso político de ese espacio? La transformación discursiva del PRO obedeció, entre otros factores, al contexto de polarización, del cual es causa y consecuencia como toda acción política.

Podemos advertir también los efectos de ese contexto en la cuasi extinción de otro concepto político y comunicacional que tuvo enorme presencia en los años recientes: la ancha avenida del medio. Desde esta perspectiva, la "grieta" era una cuestión de una minoría política que tercamente insistía en peleas artificiales, cuando la mayoría silenciosa de "la gente" en realidad demandaba consenso, moderación y diálogo. Desde esta perspectiva, lo más racional sería situarse electoral e ideológicamente en el centro. Este camino lo recorrieron fuerzas y dirigentes de muy distinto color político. El final es conocido: tales hipótesis no se verificaron en los hechos: los diferentes procesos electorales fueron centrifugando las propuestas de centro, estableciendo una suerte de "modo balotaje permanente y de hecho", (1) mientras que los dirigentes más destacados de la propuesta "anchaavenidista" (Miguel Pichetto, Sergio Massa, Margarita Stolbizer, entre otros) terminaron incorporándose a algunos de los dos polos protagonistas del enfrentamiento que ellos se proponían disolver.

En este panorama, Cristina Fernández de Kirchner resulta una figura central ya que, de algún modo, es la gran organizadora de las pasiones y es a quien se identifica demasiado rápidamente como una productora compulsiva de polarización política y de división. Debemos tener presente que en 2007, la entonces candidata a presidenta del oficialismo edificó su primera campaña electoral en la promesa de chilenización de la concertación oficialista, donde la "institucionalización y el reformismo" eran ejes centrales de aquella constelación discursiva y de aquella fórmula, en la que participó incluso un sector muy importante del radicalismo. Era la época de la transversalidad resumida en Cristina, Cobos y Vos. Pero luego, las cosas tomaron otro rumbo. Muy poco tiempo después, sobre todo después de la crisis de la Resolución 125 en el año 2008, Cristina Fernández fue el objeto de todos los ataques opositores y su propio discurso acompañó también un camino de polarización con el que fidelizó un respaldo electoral muy importante. Desde entonces, nunca dejó de ser la gran organizadora de las pasiones en el escenario político argentino.

Finalmente llegamos al 2020, año que, desde el punto de vista que desarrollamos en este libro, funcionó como el test final, como el examen más exigente que puso en evidencia la vigencia, la fuerza vinculante, y el magnetismo con el que actúa la ley de la polarización que rige sobre el escenario sociopolítico argentino. Rebobinemos al mundo pre-pandémico:

En octubre de 2019 triunfaba el FdT con un candidato que hacía eje en la recuperación del diálogo como herramienta política central. Nos podemos

preguntarnos si, efectivamente, la promesa dialoguista había sido una motivación fundamental a la hora de explicar aquel resultado. Lo cierto es que, tras la sorpresa electoral, muchos análisis políticos insistieron sobre aquella explicación, desprovista por cierto de alguna clase de respaldo empírico. Los argentinos habían elegido "diálogo", habían elegido un estilo. En cualquier caso, el candidato, y luego presidente, parecía decidido a cumplir ese contrato electoral que se interpretaba como un reclamo de moderación de las formas: entrevistas a todos los periodistas y en todos los canales, convocatorias a opositores a toda clase de mesas y ámbitos, etc. Incluso una "misa de reconciliación" como símbolo del inicio de una nueva etapa: dos días antes de asumir, Alberto Fernández compartió con el (aún) presidente Mauricio Macri una misa convocada por la Conferencia Episcopal Argentina en la basílica de Luján. No se podían sumar más gestos y signos para pensar una etapa de reconciliación.

Pocos meses después, el mundo era golpeado por la irrupción de la pandemia, todo entraba en duda, la vida tal como la conocíamos y vivíamos quedaba suspendida, interferida y amenazada. En ese marco, en un primer momento pareció, o pudo pensarse, que la pandemia suspendería el conflicto político, que la "salud no se politiza", que lo natural sería la formación de consensos en la opinión pública y en la política alrededor del objetivo primario compartido de subsistir. Como confirmación de esa hipótesis, en una primera etapa la oposición se encolumnó detrás del presidente, los medios suavizaron su habitual tono beligerante, aparecieron las mesas pluripartidarias que los viernes daban datos sobre el impacto local de la pandemia y comunicaban las medidas de prevención. Tal vez la postal más emblemática de aquel inédito clima ecuménico se dio el 19 de marzo de 2020, cuando todos los diarios argentinos amanecieron con la misma tapa bajo el lema: Al virus lo frenamos entre todos. #SomosResponsables.

En síntesis, la gestualidad dialoguista del nuevo presidente y el nuevo clima de unidad que parecía configurar la pandemia prometían derretir el escenario de polarización y dejar atrás esa "manera de hacer política". Pero no, sucedió todo lo contrario: rápidamente los sobreactuados consensos iniciales se desarmaron y quedaron a la luz profundas divergencias ideológicas en el abordaje de la crisis: en la esfera política y mediática surgió una intensa competencia narrativa entre la libertad y la protección. Incluso la experiencia subjetiva pandémica quedó sobredeterminada por las posibilidades afectivas de la polarización política, que en este tema mostraba toda su profundidad ya que hasta las percepciones de

riesgo de los ciudadanos y sus conductas sanitarias fueron sustancialmente distintas en virtud de sus inclinaciones políticas. Los estudios empíricos empezaron a mostrar percepciones y "comportamientos sanitarios" diversos entre votantes oficialistas o votantes opositores; al igual que en Estados Unidos, donde los votantes de Donald Trump por ejemplo rechazaron masivamente el uso de barbijo y luego la vacuna. El conflicto político mostraba sus marcas en el cuerpo y la polarización involucraba ahora cuestiones concernientes a la vida y la muerte. Lejos de pacificarse, los afectos políticos se siguieron cargando de ira.

La actual etapa política –rápidamente recargada de polarización política pese a la "voluntad acuerdista" inicial contenida en la promesa albertista– y la pandemia operan entonces como verificadores de la fuerza con la que actúa la ley de gravedad de la vida pública contemporánea.

Hasta aquí nos ocupamos de los signos visibles a través de los cuales se viene manifestando esta "fuerza gravitacional". Ahora bien, la polarización tiene diversas dimensiones y admite diferentes abordajes. Por un lado, se la ha identificado como el fin del centro político-ideológico para los partidos, los medios y los discursos sociales. En efecto, la expansión del enfrentamiento político y del conflicto en los extremos como modo "normal" de funcionamiento discursivo e institucional de la política trastorna muchas teorías que hasta hace poco pretendían explicar la dinámica política como una dinámica de los acuerdos, del diálogo, y por lo tanto donde la discursividad tenía todos los incentivos para colocarse siempre en el centro. Sin embargo, la polarización como fenómeno global (cuyos contenidos cambian pero no su intensidad y sobre todo sus formas de organizar al espacio público) comenzó a ser interpretada como "el retorno de lo reprimido", como el regreso del conflicto como centro de gravedad de la actividad política democrática.

Justamente, en las últimas décadas algunos desarrollos teóricos que interpretaban el populismo avanzaron en esta dirección incorporando, además, los aspectos positivos y beneficiosos de la organización del campo de la política en términos de polarización dicotómica. De hecho, esta matriz interpretativa (que reconoce distintos linajes pero que sin lugar a dudas se alimenta de la teoría política de Carl Schmitt en la primera mitad del siglo XX y de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe en el fin del mismo siglo e inicios del XXI) está presente en varios escenarios latinoamericanos y nutrió también algunos debates sobre las democracias europeas, especialmente en España y en Grecia. Algunos años más tarde, muchos marcos teóricos abiertamente de derecha aceptarán los núcleos

centrales de esos desarrollos que inicialmente surgieron más próximos al "populismo de izquierda".

Alrededor del fenómeno que estamos abordando, existe otra pregunta central: ¿se trata de algo novedoso? Esquematizando un poco, podríamos describir dos posibles respuestas antagónicas, o polarizadas. De un lado, la tesis según la cual la grieta no sería sino un nuevo capítulo, una nueva manifestación de la atávica contradicción que mueve la historia argentina: unitarios versus federales, radicales versus consevadores, peronistas versus antiperonistas, etc. Nada nuevo bajo el sol. Si bien resulta evidente que la actual confrontación política tiene continuidades con antiguos conflictos que atravesaron nuestro desarrollo histórico, advertimos novedades y rupturas que consideramos importante alumbrar. Por ejemplo: el enfrentamiento entre macrismo y kirchnerismo poco tiene que ver con la rivalidad entre radicales y peronistas de la década del ochenta, donde el contraste ideológico no era tan nítido como sí resulta ahora. Un segundo aspecto novedoso concierne a la creciente segregación ideológica de la sociedad argentina. Aludimos a la disolución de un espacio discursivo común: macristas y kirchneristas no habitan el mismo territorio cognitivo, hemos dejado de compartir una dieta mediática común, ya no vemos los mismos programas ni comentamos los mismos hechos, vivimos presos de agendas públicas crecientemente autonomizadas unas de otras. Retomaremos este inquietante aspecto sobre el final de este capítulo.

Avancemos con las preguntas y los esbozos de respuestas. ¿Se trata de algo original o más bien de un fenómeno "importado"? Al sobrevolar el paisaje político de España, Brasil, Chile o Estados Unidos surge una primera impresión panorámica más próxima a la tesis del "oleaje epocal" que a la singularidad argentina. Desde una perspectiva panorámica es imposible no advertir que un mismo nervio de ira sacude la (¿engañosa?) tranquilidad de las democracias liberales y representativas. Nuevamente aparece la figura de la polarización en clave de "sinceramiento político". De cualquier manera, al recorrer las calles interiores de esos escenarios nacionales se registran variaciones que conviene considerar antes de sacar conclusiones excesivamente universales. Lo que sí resulta evidente es que nuestro estado de polarización transita avenidas discursivas que tienen un visible aire de familia con los lenguajes y estéticas de los combates políticos de esas sociedades, más allá del inevitable "lost in translation".

Una incógnita especialmente importante a la hora de identificar a los

responsables explicativos del fenómeno se podría formular en los siguientes términos: la polarización nace ¿desde arriba o desde abajo? Es el enfrentamiento retórico de las élites –y la espectacularización mediática de esa confrontación– lo que esparce sobre una tranquila sociedad un estado de enfrentamiento causando fracturas ideológicas. ¿O acaso sucede exactamente lo contrario?: Es decir, son las divisiones que existen en la sociedad las que conducen a la "oferta discursiva" (políticos y medios) de adaptarse a ese desacuerdo ideológico presente en el seno de la sociedad. En otros términos: ¿FdT y JxC son las causas o las consecuencias de la polarización? Leídos en conjunto, el capítulo de Facundo Cruz sobre la "simplificación binaria" en dos grandes coaliciones del sistema político argentino y el texto de Casullo y Ramírez en el que examinan "desde abajo" la anatomía de la polarización, ejemplifican la complejidad de poner el acento únicamente en la oferta o solamente en la demanda. En síntesis, en vez de pensar la polarización como un fenómeno causado desde abajo o desde arriba, resulta mas adecuado conceptualizar en términos de un círculo, virtuoso o vicioso según el momento, el aspecto analizado o directamente el gusto de cada lector o lectora.

Al costado de la mirada política (tenga acento en la demanda o en la oferta) debemos considerar una lectura más social, relacionada con el rol que ocupa en esta historia la creciente desigualdad del mundo contemporáneo. ¿En qué medida el deterioro del tejido social y la acentuada fragilidad social producen la polarización política? ¿Qué lugar tienen la precarización de la vida y la agudización de las desigualdades en las configuraciones políticas contemporáneas? El sociólogo francés François Dubet, por ejemplo, establece un estrecho nexo entre la proliferación de las emociones políticas de este tiempo y el agravamiento de las condiciones de vida que se manifiesta en la mayoría de las democracias occidentales.

Pero las preguntas no terminan aquí, ya que aún no hemos ni siquiera mencionado que la polarización también suele ser explicada como un subproducto de los medios. El periodista norteamericano Ezra Klein, en su nuevo libro Why we are polarized?, repasa las múltiples causas de la polarización política en Estados Unidos. Entre los diversos aspectos que examina, se detiene sobre la partidización de la oferta mediática como proceso reciente y rasgo novedoso. Convencido de que esta transformación ocupa un lugar destacado en el menú explicativo de la polarización, el autor sostiene que "Los medios polarizados no enfatizan los puntos en común, arman las diferencias; no se enfocan en lo mejor del otro lado, te amenazan con lo peor"

Podríamos describir este proceso de partidización de los medios de comunicación en términos de un “retorno a los orígenes”, ya que se trata de una tradición que venía del siglo XIX (el diario La Nación nacía en 1870 bajo el lema “Tribuna de Doctrina” y escrito por intelectuales que eran políticos o ex-presidentes) pero parecía totalmente superada, sobre todo en la segunda mitad del siglo XX. En efecto, y volviendo a los años ochenta del siglo pasado, el mundo de la prensa gráfica y audiovisual se mostraba en aquella época como un periodismo crítico, que investigaba y producía informes agudos y basados en los hechos, y que ejercía su rol de manera independiente de los partidos políticos aunque no de las ideas que sostenían. Se trataba de una escena mediática típica de la modernidad, donde los medios se presentaban como el escenario común que albergaba a todas las voces y donde los políticos podían ir a presentar sus ideas y el debate se enriquecía con las disidencias (“las dos campanas”) ante cualquier tema relevante que se tratara. Los políticos suscitaban el interés principal y los periodistas asumían el rol de la crítica y la administración equilibrada de la palabra de quienes confrontaban sus ideas. En el escenario actual, los medios no solamente no son plataformas de expresividad política externa a los intereses e ideologías de las empresas que los patrocinan sino que, además, logran la fidelidad de sus públicos justamente porque defienden intereses ideológicos y partidarios concretos. En este nuevo formato, obturar (o denigrar) la palabra de un adversario constituye el eje central del pacto de recepción con sus audiencias. Con relación a nuestro hábitat mediático, y más allá del peso explicativo que le asignemos, resulta evidente el acelerado proceso de partidización de la oferta mediática. La reconfiguración del contrato de lectura de Clarín, y la consolidación de C5N y La Nación+, son algunos de sus ejemplos más conocidos, pero no los únicos.

De cualquier manera, las preguntas siguen abiertas. ¿En qué medida este fenómeno es tan solo un síntoma del nuevo espacio público-digital, con sus segregaciones ideológicas y cognitivas? En cualquier caso, la polarización se encuentra también asociada con el lenguaje y con los entornos cognitivos que habilita cada etapa cultural, tecnológica e histórica.

Por último, surge un interrogante tan relevante como difícil de responder, la polarización: ¿hace bien? ¿Enriquece y ordena el debate democrático o todo lo contrario? Al ser más frecuente escuchar impugnaciones a la grieta (“divide, causa violencia, etc.”) empezaremos por señalar un posible efecto favorable bastante soslayado. La polarización inhibe (¿y revierte?) el proceso de “desencantamiento del voto” (cuyos síntomas más comunes son el crecimiento

de la abstención o de los votos “epidémicos” a liderazgos outsiders) que venía provocando hemorragias de legitimidad en los sistemas políticos. En efecto, en sociedades polarizadas aumenta la participación electoral. (2) La polarización pareciera restaurar uno de los sentidos más esenciales del voto: elegir entre opciones que se perciben diferentes, ya que sin esa diferencia la idea misma de “elección” queda debilitada. Ahora bien, la polarización de ninguna manera produce un espacio público idílico. Además de los problemas asociados con la segregación ideológica y la intolerancia, niveles muy agudizados de polarización política aumentan las dificultades para establecer los consensos mínimos que exige el abordaje de algunos de los problemas estructurales del país. Emmanuel Alvarez Agis aborda algunas de estas cuestiones en su capítulo dedicado a la economía (política)

Finalmente ¿cuál es la causa, la ley de la ley? Más que como una competencia entre explicaciones, preferimos pensar la diversidad de las argumentaciones expuestas como el signo que acredita que estamos ante un fenómeno complejo, y que exige aproximaciones desde perspectivas muy diversas, y que solo en conjunto será posible retratar la ley de nuestro tiempo. A lo largo de este libro, a través de los aportes de autores y perspectivas distintas, nos ocuparemos de muchos de los aspectos referidos al proceso de polarización política que estructura la escena pública nacional.

*** * ***

Como hemos dicho más arriba, cuando hablamos de “polarización” no nos referimos a una dimensión específica de la realidad social ni mucho menos a un fenómeno estrictamente partidario o de orden politológico. Polarización tampoco debe entenderse como sinónimo de “bipartidismo”; es un concepto mucho más amplio que no concierne solamente al sistema político. Casi podríamos decir que no le concierne ni siquiera principalmente. En este sentido, nos parece conveniente pensar la polarización como un determinado momento o tipo de configuración del espacio público: la polarización actúa –como dijimos antes– como la ley de la gravedad que le da forma, que lo estructura. Por supuesto, estamos hablando de un espacio público que dista mucho del ideal republicano de los siglos XVIII y XIX y menos aún de aquel propio del siglo XX. No se trata

de una escena de iguales que deliberan en la plaza pública sino de un espacio público crepuscular, donde reina la desconfianza, donde las palabras tienen el sentido que yo quiero otorgarles y donde el otro se ha vuelto un personaje oscuro y amenazante. No es el mundo de la Aufklärung que celebraba Kant sino el reino del desasosiego, de la aceptación de las desigualdades y del resentimiento hacia el otro, una época de pasiones tristes como la denominó François Dubet.

A lo largo de este capítulo introductorio, sobrevolamos diferentes aspectos involucrados en este fenómeno, algunos desarrollados con mayor profundidad en los siguientes capítulos. En esta sección final queremos hacer zoom y aterrizar sobre dos de las características más distintivas del espacio público polarizado sobre el que reflexiona este libro. Sostenemos que son rasgos distintivos porque si bien no son del todo inéditos, sí resultan especialmente acentuados en la actualidad. Esos rasgos son, por un lado, las segregación ideológica y por el otro, la expansión del partidismo negativo como driver central del comportamiento político y de las emociones políticas de este tiempo.

Segregación ideológica y partidismo negativo.

Sea con nostalgia o con realismo, al referirnos a un espacio público polarizado pensamos también en las dificultades para el despliegue de una promesa fundante del ideal democrático: la creación de un espacio público plural, abierto, deliberativo y respetuoso de la palabra del otro. Algo que podríamos reconocer como el ideal habermasiano de esfera pública. La polarización, tal como la vivimos en Argentina y en otras partes del mundo, opera casi como lo contrario: funciona como un parteaguas radical, separa a los ciudadanos al punto de convertirlos en un otro-no-deseado. La palabra del otro, y el otro mismo, muchas veces se nos aparece como fuera de nuestro horizonte, algo que solo imaginamos o deseamos fuera de la comunidad a la que pertenecemos.

En este sentido, la imagen de una espacio público segregado ideológicamente – más allá de los algoritmos y las cámaras de eco analizadas por Aruguete y Zuazo en este mismo texto– resulta muy disruptiva para nuestra representación clásica de Argentina, que suele identificarse más con las imágenes de la deliberación política clásica, como tal vez existió durante las dos primeras décadas de la

democracia recuperada luego de la larga noche de la dictadura. Entre otras fuentes, el cine nos ha aportado escenas de un costumbrismo nacional donde las discusiones políticas en la mesa familiar, entre vecinos de la misma “cuadra”, o los debates furtivos en el mundo del trabajo, eran uno de los rasgos folklóricos más diferenciadores de nuestra politizada vida nacional. Extremando la distopía, asistimos a un fenómeno donde esa convivencia se va reduciendo y esas peleas familiares desaparecen, no tanto por una pulsión acuerdista sino porque desaparece la diversidad que le daba sentido y origen a ese desacuerdo expuesto. En un espacio público segregado, no nos exponemos a lo diferente, a otros puntos de vista que nos recuerden la particularidad de nuestra experiencia, la parcialidad de nuestra mirada.

Un espacio público segregado involucra espacios de formación, interacción, socialización y participación crecientemente segmentados y aislados entre sí. Se trata más bien de una escena donde imperan las distancias, las desconfianzas mutuas, y donde los ciudadanos prefieren refugiarse en la zona de confort de los iguales antes que ingresar a un espacio de intercambios abiertos. La palabra del otro no solo ha perdido interés, sino que no tiene el estatus ontológico de lo que estamos dispuestos a escuchar. Aportamos un ejemplo: nuestra clase política dirigente se formó casi íntegramente en las mismas universidades públicas que han sido siempre espacios de diversidad, de polémicas entre distintos y de fuerte presencia de la política. Ese origen común va siendo sustituido por trayectorias educativas cada vez más segmentadas que desembocan con “menos contingencia sociológica” en diferentes “destinos políticos”.

La segregación constituye la otra cara del mismo fenómeno. Se trata de habitar barrios cerrados de la subjetividad política, moverse en el mundo de los idénticos, aceptar la endogamia ideológica como regla central de la cultura política y favorecer –al tiempo que se celebra– la “diabolización” del otro (político). No solo se trata de una especie de narcisismo simbólico, donde solo el espejo que devuelve mi propia imagen es el único que me tranquiliza, sino que estoy dispuesto a vivir en un estado de aislamiento cognitivo que no interrumpa mis propias convicciones. El otro político se nos aparece únicamente como una representación cada vez más deformada y demonizada, como lo indeseado y como la fuente de todos los males que ocurren en la comunidad política. Las marcas más fuertes de esta disidencia radical las encontramos en las redes sociales (el lugar por excelencia del narcisismo posmoderno), donde el lenguaje político se reduce a un ejercicio minimalista del lenguaje, una competencia por la adjetivación extrema, la descalificación del otro y el uso de imágenes

(emoticones, memes, etc.) que resumen el desprecio por lo diferente. En consecuencia, la endogomia ideológica incuba intolerancia política, disuelve el campo de lo común y agudiza actitudes poco compatibles con una cultura política propia del régimen democrático.

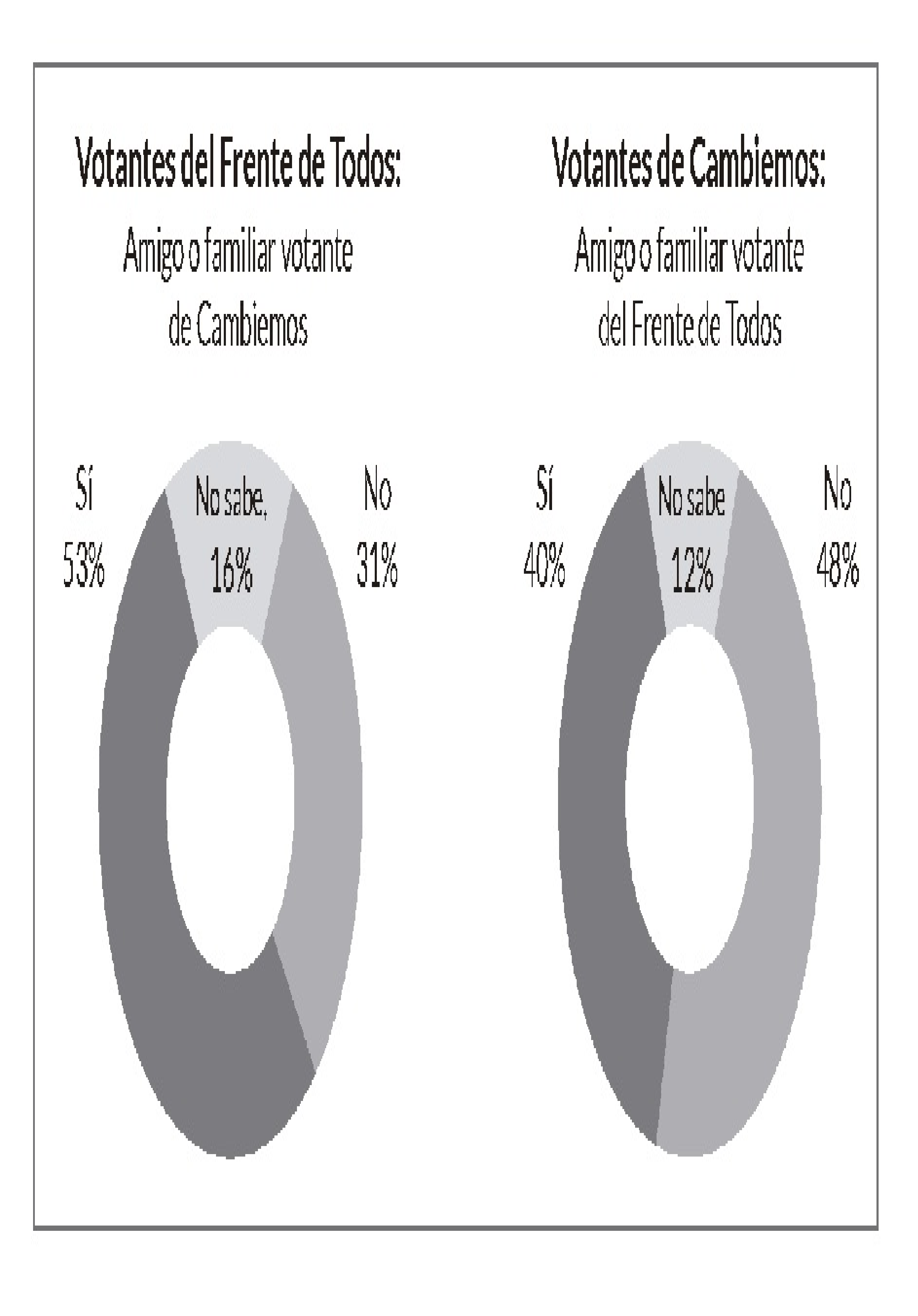
Los siguientes dos datos alumbran con elocuencia el fenómeno que estamos caracterizando. Veamos un estudio que realizamos desde FLACSO Argentina: la mitad de los votantes de Juntos por el Cambio (JxC) declara no tener votantes del FdT en su círculo social o familiar más estrecho. Por su parte, un tercio de los votantes del FdT tampoco tiene en su círculo más íntimo votantes de JxC. Para dimensionar los datos, tenemos que tener presente que ambas fuerzas políticas tienen un share social muy extendido, es decir, no hablamos de identidades políticas "exóticas" o minoritarias. Sería algo equivalente a que un hincha de River no conociera directamente a un hincha de Boca o viceversa, o para decirlo más barrialmente, que un hincha de Racing que vive en Avellaneda nunca se hubiera cruzado en una plaza o en la feria con un hincha que tiene la camiseta de Independiente puesta y que hace alarde de las conquistas del "Rojo": estadísticamente imposible.

El segundo dato –íntima y explicativamente asociado al primero– refiere a lo que aquí llamamos la "representación del otro (político)" y revela cuán extendidas están en ambas constelaciones electorales, las denominaciones del votante rival cargadas de estigmas. Esto es, el rechazo político registrado en este indicador no apunta a los dirigentes o representantes de una ideología, sino más bien a lo que los ciudadanos consideran "encarnaciones" de esa ideología (percibida como equivocada y amenazante de manera recíproca). La mitad de los votantes del FdT está de acuerdo en que los votantes de JxC "son una amenaza para la democracia". Entre los votantes de Cambiemos esa mirada demonizada se manifiesta en proporciones aún más generalizadas: 7 de cada 10 votantes de la fórmula Macri/Pichetto considera a los votantes del FdT como una "amenaza para la democracia".

Anatomía de la polarización política

Endogamia ideológica

¿Tiene entre sus amistades y familiares alguien que haya votado a…?



Votantes del Frente de Todos:
Amigo o familiar votante de Cambiemos
Sí 53%
No sabe, 16%
No 31%
Votantes de Cambiemos:
Amigo o familiar votante del Frente de Todos
Sí 40%
No sabe 12%
No 48%

Fuente: Estudio sobre actitudes políticas basado en una encuesta nacional dirigido por los autores, octubre de 2020.

Demonización del votante opositor

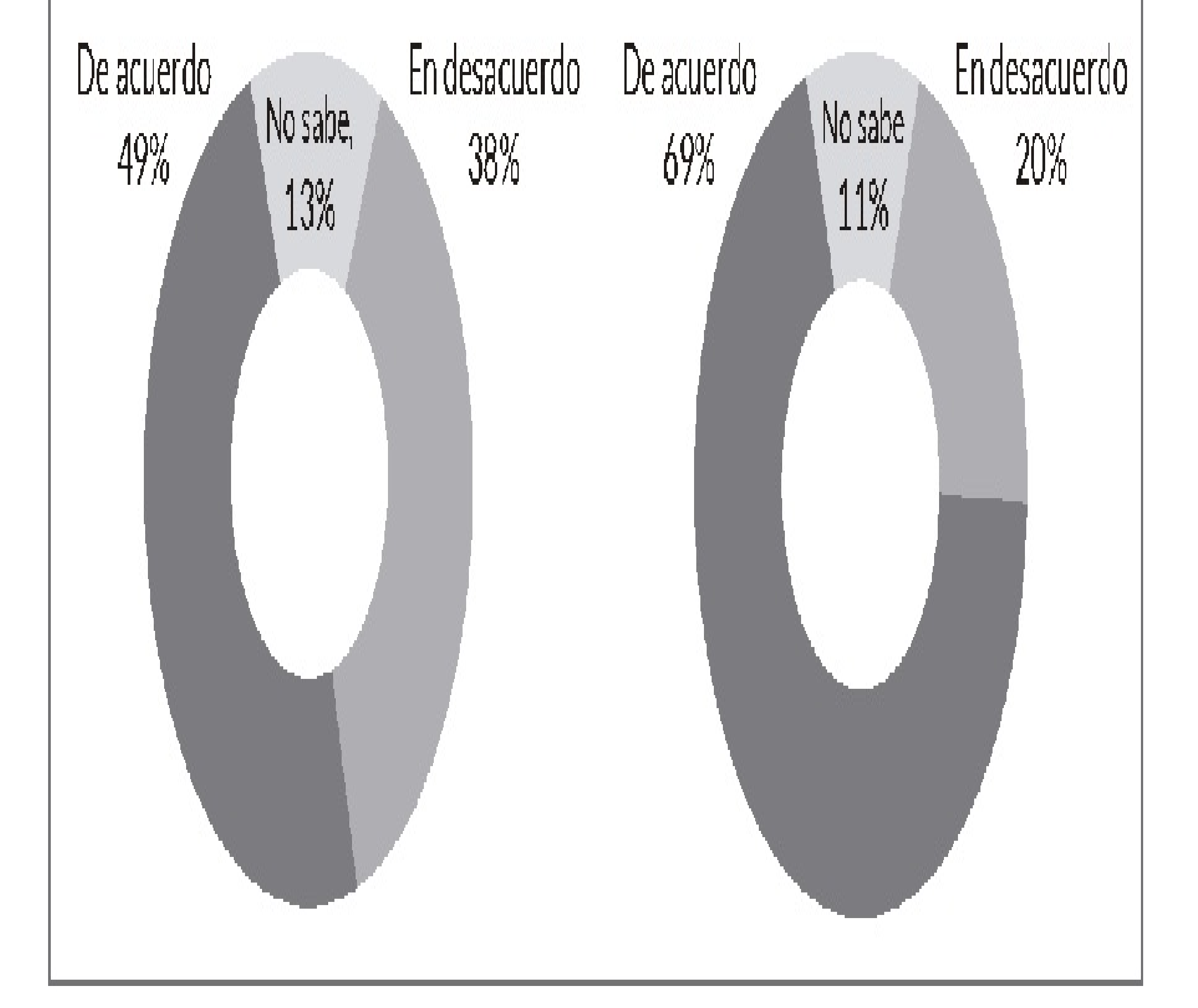
¿Cuán de acuerdo o en desacuerdo se encuentra con la frase…?

Votantes del Frente de Todos:

"Los votantes de Mauricio Macri y Cambiemos son una amenaza para la democracia"

Votantes de Cambiemos:

"Los votantes de Alberto Fernández y Cristina Fernández son una amenaza para la democracia"



Fuente: Estudio sobre actitudes políticas basado en una encuesta nacional dirigido por los autores, octubre de 2020.

Dos observaciones sobre los datos: la endogamia ideológica y la demonización del otro se encuentran muy difundidas en ambos hemisferios de la polarización. Ahora bien, ambos indicadores muestran también que la polarización es asimétrica, esto es: los votantes de Cambiemos muestran un comportamiento ideológicamente más endogámico y –seguramente vinculado con aquello– una mirada aún más diabolizada de los votantes rivales.

La literatura politológica viene documentando este fenómeno, al que conceptualiza como crecimiento del "partidismo negativo". Toda identidad política se apoya sobre un elemento de afirmación y un componente de alteridad, de rechazo al adversario, al que se puede advertir o no como amenaza, pero seguro se lo distingue como diferente. Las lealtades "partidarias" (con todas las comillas que requiere esa figura) estarían siendo revitalizadas no tanto por amor al grupo propio, sino fundamentalmente por el marcado rechazo al espacio político adversario.

Abramowitz y Webster documentan este proceso para Estados Unidos y vinculan el partidismo negativo con el crecimiento de la división ideológica como eje estructurador del comportamiento de la opinión pública, de la oferta mediática y de la oferta política. Los autores registran un fenómeno que hasta hace poco hubiera resultado inverosímil: el crecimiento de la lealtad partidaria en el comportamiento electoral de los estadounidenses. Ahora bien, ese fenómeno, comprueban, está apalancado por un crecimiento de la valoración negativa del partido rival, es decir, los demócratas son cada vez más anti-republicanos y los republicanos son más anti-democrátas que nunca, lo cual configura una polarización apoyada sobre un partidismo negativo. La identidad afirmativa de pertenencia aparece como débil o insuficiente a la hora de evaluar las propuestas políticas en épocas de polarización y así se produce este desplazamiento hacia la negación del otro como un reaseguro de mis propias convicciones y de mi identidad con los idénticos.

Este fenómeno de constitución de subjetividades puede adoptar diferentes

formatos según el tipo de sistema político imperante, pero alude a un tipo de sujeto social y de constelación de valores que se consideran amenazantes. Los datos examinados y los resultados de los últimos procesos electorales (con FdT y JxC consolidados como las dos fuerzas más votadas del país, y que sumadas concentran más del 70% de las preferencias) permiten incluir a Argentina y a nuestra cultura política contemporánea dentro de este marco de expansión del partidismo negativo que, como vimos, viene asociada con una representación del otro (político) en la que las diferencias aparecen exageradas y muchas veces deformadas.

En el caso de nuestro país, este tema también aparece atravesado por diferencias relacionadas con la carga de negatividad que una y otra coalición otorgan a los valores que están presentes en el otro (político). Más arriba dijimos que el kirchnerismo, y en particular la figura de Cristina Fernández de Kirchner era la gran ordenadora de las pasiones. Pero en este mapa de amores y odios las cargas no están compartidas. Cristina Fernández despierta ambos sentimientos, sin embargo organiza una constelación que tiene un significado muy distinto de uno y otro lado de la polarización. Cristina es tan amada como odiada, pero esto coloca a las pasiones positivas (el amor incondicional por su líder) con cargas de intensidad que podríamos colocar más dentro de las pasiones positivas y desde allí al rechazo del otro como lo no deseado. Sin embargo, esto no es simétrico del otro lado de la grieta. Mauricio Macri tuvo la capacidad (sobre todo en 2015) de transformarse en el polo que concentraba todos los rechazos y odios al kirchnerismo pero no despertó nunca los afectos positivos de sus seguidores como sí lo hizo la ex-presidenta. O, al menos, no en la intensidad y la proporción que logró Cristina en sus momentos de gloria e incluso en su ocaso electoral.

Si bien existen importantes diferencias ideológicas, socioeconómicas, etarias y hasta geográficas entre las dos coaliciones (como lo muestran Casullo y Ramírez en el texto que forma parte de este libro), al igual que ocurre en España y Estados Unidos, esas diferencias se agigantan imaginariamente configurando una suerte de brecha de percepciones recíprocas donde sectores con muchos puntos o rasgos en común se perciben abismalmente lejanos y diferentes. Por ejemplo, los votantes demócratas perciben que el 44% de los votantes republicanos son “ricos” (250.000 dólares al año es el parámetro que suele usarse) cuando solo el 2% de ese electorado tiene esos ingresos. Los demócratas perciben que la mayoría de los republicanos pertenecen a los grupos etarios de mayor edad y que son mayoría los que tienen más de 65 años, cuando en realidad es solo el 20%. De igual forma, los republicanos perciben que el 46% de

los demócratas son negros, cuando en realidad es solo el 24%. (estudio de Douglas Ahler y Gaurav Sood realizado en 2018).

Se ha puesto de moda hablar de “política de identidades” como si estuviéramos ante una novedad. Toda competencia política es una competencia de identidades, nunca se trata de un debate ad hoc y frío sobre asuntos específicos. Y la política articula identidades sociales. El problema es que esas identidades deben saber reconocer sus diferencias, pero también poder inscribirse en un espacio afectivo y simbólico común, no excluyente.

En suma, en este libro no nos interesa tanto reivindicar o impugnar la ley de gravedad que estructura este espacio público polarizado, sino ilustrar sus luces y sus sombras, describir sus efectos favorables vinculados con la “organización democrática” del desacuerdo ideológico pero también problematizar algunas de sus consecuencias más disfuncionales para la resolución de problemas estructurales e ilustrar efectos inquietantes para la conversación pública. La polarización puede ser buena, puede ser mala, pero sobre todo es lo que es. Ahí vamos.

1- Pese al inestable contexto pandémico, y a tratarse de elecciones “provinciales”, las recientes elecciones legislativas de 2021, fueron el proceso electoral legislativo con la mayor concentración de votos de las dos principales fuerzas nacionales (sumados, el FdT y JxC superaron el 75% de las preferencias positivas) desde 1997, consolidando la escena electoral cristazalida en 2019, cuando se “estrenó” la competencia entre estas dos grandes coaliciones. Desde entonces ocupan el centro de la escena nacional y no hay señales de desintegración en ninguna de las dos, más allá de cambios internos o de éxitos y fracasos circunstanciales.

2- Nos parece que los análisis sobre crecimiento de la abstención electoral en procesos electorales “envueltos de pandemia” aún requieren de prudencia y tiempo.

Anatomía de la polarización política argentina

María Esperanza Casullo e Ignacio Ramírez

"¡Yo estoy al derecho!

¡Dado vuelta estás vos!"

Sumo, El cieguito volador.

La grieta es una de las expresiones más recurrentes del lenguaje político de la Argentina reciente; la expresión bajo la cual se aborda, y a la vez se niega, el debate ideológico en Argentina. Sin dudas se trata de una palabra muy pegajosa, posiblemente en virtud de su eficacia visual. Invocar la idea de grieta nos representa instantáneamente la imagen de una sociedad fracturada en dos y separada por un abismo; una sociedad atravesada por una discontinuidad profunda. Pero ¿de qué hablamos cuando hablamos de grieta?

La expresión "la grieta" fue acuñada por Jorge Lanata en la entrega de los premios Martín Fierro en el año 2013 (en la Argentina, pasamos de la espectacularización de la política, modo años 90, a la politización del espectáculo). Al recibir su segundo premio, y en un tono sereno, Lanata expresó: "Hay una división irreconciliable en la Argentina. Yo la llamo la grieta y esa división es lo peor que nos pasa. La grieta ya no es política, es cultural". Ahora bien, mientras que la aparición de una grieta geológica causada por un evento externo (un sismo, por ejemplo) no puede ser imputada a ninguno de los dos lados, naturalmente su teoría y denuncia sobre la grieta estaba dirigida al kirchnerismo, al que señalaba como provocador de enfrentamientos y divisiones. (1) Una de las voces más beligerantes de la política argentina le ponía palabra a la cosa; autoría paradójica que pone de manifiesto que la grieta fue y es siempre el Otro. Al igual que sucede con los usos simplificadores del concepto de

ideología (donde siempre es el Otro quien sostiene opiniones “ideológicas”, es decir distorsionadas), la grieta fue también un artefacto discursivo para (des)calificar un modo de hacer política al que se le imputaba ser disolvente y beligerante.

Durante los últimos años, la grieta fue pensada y definida en términos muy diversos. Diferentes voces denunciaron moralmente la grieta como si se tratara de una impostada sobreactuación retórica, de una teatralidad de las diferencias; en fin, como si únicamente fuera un conjunto de estrategias comunicacionales llevadas adelante por una parte de la dirigencia política de manera irresponsable (por sus efectos sobre la sociedad) para maximizar sus aspiraciones políticas. “Alimentan la grieta” fue y es una de las expresiones más repetidas en los paneles televisivos donde la política se espectaculariza.

Bajo este paradigma, se desarrolló un profuso mercado electoral que insistentemente propuso “productos electorales” destinados a cerrar la grieta. Este fue uno de los ejes que estructuraron las elecciones de 2013, 2015 y 2017. Sergio Massa y Margarita Stolbizer, Roberto Lavagna y Florencio Randazzo lo intentaron. (2) Como se comprobó más tarde, se trató de un mercado con más éxito en la oferta que en la demanda. Mientras tanto, la grieta nunca dejó de acentuarse.

Desde una perspectiva “anti-grieta”, el escenario político argentino es calificado de crispado. El término contrabandea una carga negativa y evoca historias de cuñados que dejaron de hablarse en los asados familiares y de grupos de amigos que entraron en diáspora a raíz de las diferencias políticas. La representación de una sociedad agrietada y crispada alimentó una abundante –y poco inspirada– producción publicitaria, donde se destaca una campaña que difícilmente olvidaremos. Hablamos de la campaña “Argen y Tina”, que en 2013 impulsó las candidaturas de Margarita Stolbizer y Ricardo Alfonsín, del Frente Progresista Cívico y Social. La campaña, apelando a un registro costumbrista caricaturizado, retrataba escenas de una argentinidad (reducida a fútbol y asados) fracturada. La exageración hiperbólica actuaba como distopía, anticipándonos el destino de división que tendríamos en caso de seguir alimentando la grieta.

La Ancha Avenida del Medio fue otro de los recordados conceptos publicitarios y periodísticos que hizo mucho camino durante estos tiempos de confrontación. La Ancha Avenida del Medio era otra, retomando la sugerente expresión de Eliseo Verón, “imagen con cuerpo”. (3) Proponía lo siguiente: la grieta era una

cuestión de minorías gritonas y peleadoras cuyo tamaño verdadero está sobre-representado; la "mayoría silenciosa" en realidad "pasaba de la grieta" y se mantenía en una posición equidistante. La ubicación "del Medio" connotaba moderación y verdad, puesto que la verdad sería un promedio. No nos adelantemos, pero el destino de los principales dirigentes de aquel espacio discursivo fue, finalmente, caer en lo más profundo de la grieta. Los dirigentes más destacados del espacio intermedio, Sergio Massa y Miguel Pichetto, se incorporaron a los dos polos de la grieta cuya dinámica binaria habían venido a disolver. Estas señales acreditan la modesta capacidad explicativa que tenía la "teoría", o el diagnóstico de la Ancha Avenida del Medio. El fracaso de la Ancha Avenida fue tanto un fracaso político como conceptual. (4)

Pero aceptada su gravitación como ley, surgen interrogantes referidos al estatuto del fenómeno. La grieta… ¿se trata entonces de un invento televisivo, de una categoría politológica o de una realidad sociológica "desde abajo"? Es decir, ¿hay que pensar la grieta partiendo desde arriba, examinando lo que hacen y dicen los dirigentes y comunicadores, o conviene empezar el diagnóstico desde abajo, atentos a los valores y comportamientos de la sociedad?

El sociólogo Manuel Mora y Araujo solía advertir sobre una deformación conceptual que padece habitualmente el análisis político. Los abordajes, insistía, suelen poner el eje más sobre la oferta (los actores, la dirigencia) que sobre la demanda (la sociedad, la opinión pública). (5) Tan marcado es el sesgo "ofertista" que, cuando se incorpora este punto de vista a los estudios de opinión pública, se lo hace para examinar aquellos datos referidos a los protagonistas de la oferta: imagen de gobiernos y de dirigentes. Sin embargo, lo contrario es igualmente válido, o incluso más. La oferta política responde, mejor o peor, más rápida o más lentamente, a la demanda política. Es difícil imaginar la idea de que un puñado de dirigentes pueden diseñar en una mesa de arena la realidad política de un país de cuarenta y cinco millones de habitantes, donde la política se respira y se discute en cada mesa. Tal vez si la grieta es tan resistente, es porque los cuñados y los amigos argentinos tienen realmente visiones y preferencias diferentes. En homenaje al planteo de Manolo, empezaremos... por abajo, por la sociedad. Existe una abundante y creciente evidencia empírica –basada en datos de opinión pública– que retratan profundas y sostenidas divergencias ideológicas en la sociedad argentina. Asimismo, esos estudios iluminan perfiles sociales muy diferentes en el electorado del Frente de Todos (FdT) y en el de Juntos por el Cambio (JxC). Es decir, la competencia política central de la Argentina se apoya sobre clivajes estructurales asociados con marcados desacuerdos ideológicos.

Las identidades políticas pueden ser comprendidas y definidas a través de sus sujetos sociales. Este tipo de enfoque se emparenta con lo que el sociólogo Seymour Martin Lipset conceptualizó como "las bases sociales de la política". (6) En este capítulo revisaremos las variaciones en el apoyo electoral a Cambiemos y al FdT en relación a tres variables sociológicas: la clase social, la edad y la ideología. Mostraremos que estos tres factores "clásicos" de la sociología política conservan absoluta vigencia a la hora de estructurar la dinámica política contemporánea. Acompañados por los datos, desarrollaremos el argumento de que la tan mentada "grieta" no es simplemente un espejismo caprichoso, sino que representa visiones diferentes sobre la realidad política del país que anclan en clivajes sociales con existencia objetiva.

La clase social: ¿la lucha de clases continúa?

A la hora de representarnos los perfiles políticos de los argentinos, tenemos muy incorporado el clivaje socioeconómico. La imagen "los pobres/trabajadores son peronistas" constituye una versión esencialista de una extendida y conocida regularidad de nuestra sociología electoral: entre los sectores populares crece notablemente la adhesión identitaria y el respaldo electoral al peronismo. En las últimas elecciones presidenciales, el nexo entre clase social y voto –con su consecuente segregación espacial y geográfica– se mostró tan robusto como en los textos clásicos sobre el peronismo del siglo pasado. Ideología, clase social y edad son actualmente los tres predictores electorales más eficaces a la hora de estimar las inclinaciones electorales de la sociedad argentina. Pese a las modas posmodernas, las regularidades sociológicas no se disuelven en el aire tan rápidamente; la sociología electoral –la política como expresión de clivajes sociales– está más vigente que nunca.

Dada esa regularidad de nuestra historia política, tal vez el mayor mérito de Mauricio Macri y los miembros fundadores del PRO haya sido conseguir lo que ningún hijo de la élite argentina quiso o pudo hacer antes: lanzarse a construir un partido que fusionara una ascendencia cultural preexistente con poder político logrado mediante la competencia electoral. Se trataba de un complejo desafío más asociado con la legitimidad –poder simbólico– que con los recursos materiales o institucionales que se pudieran reunir. Un problema que la

antropóloga Victoria Gessaghi define de la siguiente manera: “El primer problema que deben enfrentar las familias tradicionales es el de legitimar sus posiciones en una sociedad que no reconoce esas pretendidas prerrogativas heredadas”. (7)

Para ello, Macri tuvo que, no esconder, pero sí resignificar muchas de sus marcas de clase para romper su techo de clase. Al hablar de techo de clase aludimos a la histórica desconfianza que la sociedad argentina ha manifestado con respecto a las capacidades políticas de su clase empresaria. A diferencia de otros países, las y los argentinos no han sentido la necesidad de ser deferentes políticamente ni con los ricos ni con “los expertos”. Este tipo de constelación cultural tiene efectos políticos y discursivos; el tipo de ascenso narrativo transitado por Macri al poder es un buen ejemplo. En Estados Unidos, la misma trayectoria personal seguramente hubiese sido contada de otra manera (“soy un empresario exitoso y por lo tanto seré un presidente exitoso”); sin embargo, en Argentina la condición de “empresario” fue reemplazada por la de “ingeniero” (más cara al mundo de lo profesional) y el antecedente de “empresario exitoso” no fue construido como la base de su “BIO”, como experiencia autorizadora; por el contrario, el antecedente utilizado para transmitir atributos atractivos fue el paso por la gestión en un mundo popular, el club de fútbol Boca Juniors.

Este tipo de signos revela sedimentos de nuestra historia política y cultural. Desde la sanción de la Ley Sáenz Peña y durante todo el siglo XX, la política electoral en Argentina fue una actividad protagonizada fundamentalmente por sectores profesionales de la clase media, formados en la universidad pública, y muchas veces hijos de trabajadores o inmigrantes. Como documenta el libro de Victoria Gessaghi, luego de las primeras décadas del siglo XX, la “clase alta” argentina se había alejado con desdén de intervenir directamente en cuestiones vinculadas con la política y la gestión estatal.

En efecto, la única clase social que desde 1945 hasta la formación del PRO no estuvo representada claramente por un partido político fue la élite económica: empresaria, financiera y agrícola. La Sociedad Rural Argentina, la Unión Industrial Argentina, los grandes bancos no tenían un partido que los representara claramente, como ocurre con el Partido Conservador en el Reino Unido o con el Partido Republicano en los Estados Unidos. Juan Domingo Perón imaginaba alianzas posibles entre su movimiento, profundamente anticomunista, y la burguesía nacional, pero desde el primer momento las clases dominantes rechazaron de plano al peronismo, que siempre se caracterizó por ser uno de los

pocos partidos de la región en el cual un hijo o hija de padres trabajadores podía aspirar a ser ministro, diputado o senador. (8) También el partido radical estuvo liderado por dirigentes hijos de inmigrantes, surgidos de ciudades como La Plata, Córdoba o Chascomús, que expresaban una historia de movilidad social ligada a la educación pública y al Estado.

En definitiva, la política era en Argentina, a diferencia de otros países de la región, una actividad de clase media y ampliamente movilizadora de sectores populares.

Ni Cambiemos ni Mauricio Macri ocultaron nunca que provenían de la élite, que eran dirigentes surgidos de las familias más ricas de la Argentina. Aceptaron esa procedencia sin vergüenza ni culpa impostada. Desde el punto de vista narrativo, la extracción social de Macri y del macrismo fue un dato que desde un principio se intentó, por un lado, suavizar y al mismo tiempo explotar y convertir en una fortaleza, como horizonte aspiracional y como operador discursivo mediante el cual se subrayaba una distancia jerárquica con la sociedad. Se podía reconocer el siguiente subtexto: a Macri el poder "no lo iba a marear" puesto no le ofrecía circunstancias o privilegios que desconociera o que pudiera perder. No prometieron un gobierno plebeyo, pero sí prometieron un gobierno compasivo, basado en la empatía, racional (muy cercano a la idea de compassionate conservatism de George W. Bush), o, en una palabra que resultó clave en toda la comunicación política macrista, "cercano".

Un gobierno "de ricos" no es necesariamente un gobierno "para ricos", así como tampoco un gobierno con mayoría de votantes de clase trabajadora necesariamente será un gobierno "para los pobres". Desde la construcción "nativa" –las racionalizaciones del propio actor para dar cuenta de sí mismo y del sentido de sus actos– existen (¿existían?) distintas ventajas asociadas a un gobierno de extracción elitista: los ricos no roban, los ricos saben (estudiaron afuera), los ricos conocen el mundo, los ricos triunfan. Más allá del discurso programático explícito, en eso consistió la propuesta implícita que el PRO le hizo a la sociedad. Sacarle la "política" a los "políticos" y dársela a "los que saben".

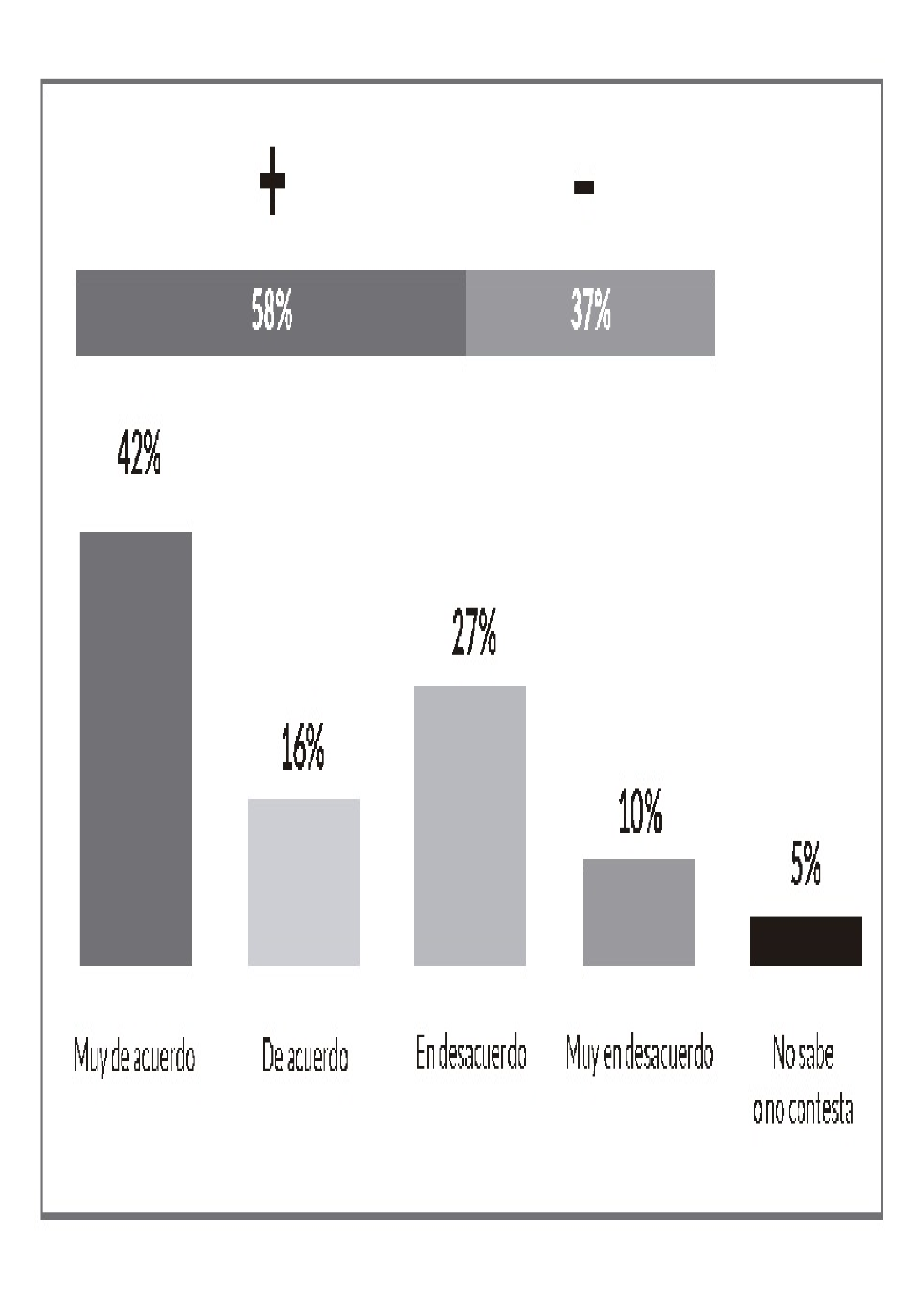
Con el paso del tiempo, el gobierno de Mauricio Macri empezó crecientemente a ser percibido no solo como un gobierno "de los ricos" sino también como un gobierno "que gobernaba para los ricos". Esta dimensión de clase se constituyó en el principal problema electoral para el macrismo.

En cuanto a las percepciones de clase, existen datos muy interesantes. En 2016, un estudio de la consultora Ibarómetro retrataba perfiles de clase muy segmentados entre el macrismo y el kirchnerismo. Un 45% sostenía entonces que el macrismo favorecía a la clase alta mientras que un 40% vinculaba al kirchnerismo con la defensa de los sectores más "bajos". ¿El esbozo de un bipartidismo distribuido socialmente?

¿La clase social sería fuente de capacidad o implicaría esencialmente un sesgo en las decisiones? Esta duda, esta "sospecha de clase" que sobrevoló al macrismo desde su origen se fue inclinando con el tiempo hacia la segunda interpretación. Transcurrido casi la mitad del mandato del gobierno nacional de Cambiemos, una encuesta del Instituto Pascal de la Universidad de San Martín mostró un agravamiento del sesgo percibido de clase. Un 58% se manifestó de acuerdo en que el "gobierno de Macri" defendía "a los que más tienen".

¿Cuán de acuerdo está con la siguiente afirmación?

"El gobierno de Macri favorece a los que más tienen"



+
-
58%
37%
42%
16%
27%
10%
5%
Muy de acuerdo
De acuerdo
En desacuerdo
Muy en desacuerdo
No sabe
o no contesta

Fuente: Encuesta realizada en la Provincia de Buenos Aires, julio de 2017.

Más del 80% de quienes por entonces desaprobaban el gobierno de Macri estaban de acuerdo con la formulación “Macri defiende a los que más tienen”. Durante los años de gestión macrista, esa expresión –junto a otras similares como “Macri tira para los de arriba” o “Macri no nos quiere”– fue una caracterización cada vez más escuchada en los grupos focales de sectores populares o de nivel socioeconómico más bajo. Esas frases ponían de manifiesto que el rechazo de esos sectores sociales hacia Macri se formulaba subjetivamente en términos de clase social, o en términos de arriba y abajo, ellos y nosotros. Esos estudios registraban la dificultad del macrismo para recrear una experiencia similar al thatcherismo o al menemismo, gobiernos de orientación neoliberal pero de fuerte apoyo en sectores populares.

Las percepciones sobre un gobierno no son un subproducto mecánico del tipo de política que implementa: el menemismo agredió duramente la vida de los sectores populares, sin embargo es un gobierno más recordado por la corrupción o por aspectos de estilo que como una presidencia anti-pobres. Por el contrario, alrededor de Macri se fue consolidando la percepción de un gobierno insensible con un marcado sesgo de clase. Un gobierno que hablaba otro idioma.

Cuatro años después de su asunción como presidente, el voto de los argentinos volvió a mostrar una fuertísima –aún más acentuada que en los procesos electorales anteriores– asociación con la clase social. Tras cuatro años de gobierno, el macrismo terminaba como lo que quiso evitar: un fenómeno de clase. Una encuesta presencial llevada adelante en agosto de 2019 por el CELAG reveló que, entre los sectores socioeconómicos más “bajos”, el voto por Macri se había desplomado a un muy minoritario 23,2%.

El hecho de que el share electoral de una fuerza política se reduzca considerablemente entre los sectores populares no implica necesariamente que sea identificada esencialmente como una fuerza antipopular. Lo llamativo en el caso del macrismo fue que, entre los sectores “de abajo”, el rechazo hacia Macri fue adquiriendo a lo largo de su gobierno la forma de una contraseña de clase, el rechazo a Macri actualizaba una pertenencia. Un rechazo que no siempre

aparecía articulado ideológicamente pero que se experimentaba como una distancia, como un abismo de clase entre “ellos, los de arriba” y “nosotros”. (9)

Como vimos a lo largo de este apartado, el vínculo entre macrismo y clase social puede ser abordado desde diversas perspectivas. Recapitulemos: por un lado, el nexo puede examinarse considerando el carácter de predictor electoral que tiene el nivel socioeconómico: tal como fue expuesto, el voto por Cambiemos se redujo considerablemente entre los sectores “bajos” y se expandió a medida que se “asciende” en la pirámide socioeconómica. A la vez, los abordajes cualitativos y etnográficos alumbran una dimensión más identitaria, por la cual el rechazo al macrismo aparece articulado subjetivamente como una contraseña de clase: “A Macri no le importamos, patea para los de arriba”.

Otro aspecto interesante en relación con la novedad que implicó la constitución del PRO –como configuración partidaria esencialmente integrada por miembros de la élite económica y social argentina– radica en los usos deliberados de esa condición que ha realizado Cambiemos a través de su comunicación política. Nos referimos a las maneras en que conscientemente y estratégicamente se buscó suavizar esa distancia (de “Macri” a “Mauricio”). Pero también nos referimos a las formas en que esa condición también fue enfatizada a través de operaciones discursivas e imágenes que resignificaban el corte de clase como distancia vertical de autoridad y distinción, como fuente de “saber”. En relación a su procedencia de clase, el macrismo ha alternado entre la gestión de la aspiracionalidad y la cercanía manufacturada, estrategia comunicacional destinada a combatir las representaciones que asocian a ricos con insensibilidad.

Pero la clase social está en el cuerpo, en la lengua, y por lo tanto las marcas de clase surgen en la superficie aunque se intente invisibilizarlas. Por ejemplo, es posible advertir marcas de clase en el tan repetido discurso de los “70 años de decadencia”, dada la nostalgia decadentista que manifiestan algunos sectores de la clase alta argentina, en su añoranza de una “época dorada” (perdida y corrompida), que en general alude a un pasado –un poco real, un poco imaginario– en el que los sectores dominantes conjugaron poder político, poder económico y dominio moral. Un pasado donde sus intereses estaban legitimados, bajo formas patricias y paternalistas, como los intereses naturales de la nación. (10)

Otra dimensión del tema apunta a la influencia que la extracción social del staff macrista pudo haber tenido sobre el conjunto de valores de sus dirigentes y sobre

la orientación de sus decisiones cuando les tocó gobernar el país. En relación al primer punto, distintos estudios experimentales sostienen que la endogamia de clase obstaculiza el desarrollo de valores como la empatía y la sensibilidad; otros trabajos similares han sostenido que la "segregación de ricos" estimula una agudizada y temeraria confianza en sí mismos. No es casual que a la hora de la autocrítica, muchos ex funcionarios del gobierno de Cambiemos señalaran el error de haber creído que "las inversiones privadas" iban a llegar porque "somos nosotros". (11) Con respecto al sesgo en las decisiones, el tema ha sido ampliamente tratado; la "excesiva proximidad" con el mundo empresario podría redundar en dificultades para ejercer con neutralidad la conducción del "interés general", y en limitaciones para comprender y encarnar la "cultura estatal" inherente a la función pública.

En resumen, el macrismo –de manera simétricamente inversa a lo que tempranamente se comprobó con respecto el peronismo– constituye una clase de política marcada a fuego por la clase social.

La edad: ¿la guerra del cerdo?

La segunda dimensión sobre la que haremos foco es la etaria. La edad constituye un aspecto central para comprender los fenómenos políticos contemporáneos en todo el mundo. Y ahora también en Argentina: los datos sobre preferencias electorales revelan que uno de los mayores predictores del voto a favor o en contra de JxC (o a favor o en contra del FdT, la distribución es simétrica) es la edad de los votantes. En las elecciones de 2019, a mayor edad se observó mayor propensión a elegir a Mauricio Macri; por el contrario, cuanto más jóvenes los electores, mayores fueron sus probabilidades de inclinarse por la fórmula Alberto Fernández / Cristina Fernández de Kirchner. El hecho no fue una circunstancia aislada del 2019 sino que se venía manifestando en los procesos electorales anteriores. Para dimensionar la importancia que adopta este aspecto, reconstruiremos las siguientes ucronías electorales basadas en un amplio conjunto de evidencia empírica revisada: si en las elecciones presidenciales de 2015 los mayores de 55 años hubieran sido excluidos del padrón electoral, Mauricio Macri no hubiera sido presidente. Por el contrario, si en las elecciones de 2019 los mayores de 55 años hubieran sido el único universo habilitado para

votar, Macri aún estaría gobernando.

Examinemos el tema con más detalle a través del siguiente cuadro, donde se retratan las preferencias electorales que manifestaban los diferentes segmentos etarios en enero de 2019:

	16-29 años	30-49 años	50-65 años	más de 65años
Macri y Pichetto	25,3%	34,1%	42,9%	**54,5%**
Fernández y CFK	**49,2%**	44,3%	41,8%	31,7%
Lavagna y Urtubey	6,7%	6,5%	4,7%	4,9%
Del Caño y del Pla	3,7%	3,3%	3,9%	3,4%
Espert y Rosales	1,4%	1,4%	0,5%	1,2%
Centurión y Hotton	0,9%	2,0%	0,7%	0,1%
Blanco	3,1%	2,3%	1,3%	0,6%
No sabe	9,8%	6,2%	4,4%	3,6%

Fuente: Encuesta nacional, enero 2019. Consultora “Inteligencia Analítica”.

Primera observación: tanto el kirchnerismo como el macrismo consiguieron su mejor desempeño electoral en 2019 en los extremos etarios, con resultados propios de un espejo invertido. Entre los menores de 30 años, el voto macrista cayó al 25,% mientras que entre los mayores de 65 años se expandió al 54,5%. Es decir, JxC fue la “mitad más uno” en los pisos más altos de la pirámide etaria y fue clara minoría en las categorías juveniles. El voto por el FdT fue una versión invertida del mismo fenómeno: ascendió al 49,2% entre los jóvenes y se redujo al 31,7% en el extremo opuesto de la escala etaria.

Se podrá objetar que “una golondrina no hace verano”, que los datos presentados describen momentos específicos y, en consecuencia, no permiten extraer una conclusión tan definitiva sobre la relación entre edad y adhesión al macrismo abordada en este capítulo. Revisemos más evidencia empírica. El siguiente cuadro muestra y compara los niveles de “aprobación intensa” que tuvo el gobierno de Macri desde 2017 entre los menores de 25 años y los mayores de 64 años.

	Porcentaje de “Apruebo mucho” la gestión de Macri	
	Menores de 25 años	Ma
Septiembre de 2017	23%	43%
Febrero de 2018	13%	38%
Marzo de 2018	6%	27%
Octubre de 2019	5%	41%

Fuente: Elaboración propia sobre datos de la ESPOP, Universidad de San Andrés.

A lo largo de los diferentes contextos transitados por el gobierno de Macri, lo único que se mantuvo constante fue la marcada distancia entre la aprobación de los mayores de 64 años y la aprobación, siempre menor a la de "sus padres", de los menores de 25. Desde una perspectiva más etnográfica, muchísimas crónicas de las movilizaciones de Cambiemos fortalecieron la misma conclusión etaria; observaciones, registros y relatos de cerca pusieron el acento sobre el avanzado promedio de edad de quienes participaban en las marchas.

En el caso de Cambiemos la cuestión etaria se vuelve muy relevante porque los datos sobre la edad de sus adherentes y opositores desafían y lesionan fuertemente la autopercepción etaria y la sociología espontánea del macrismo.

¿A qué nos referimos con autopercepción etaria? Escuchemos a Durán Barba: "En la Argentina, el PRO se instaló a lo largo de diez años como un grupo político contracultural, porque Macri es un líder diferente, transgresor, que propuso una 'tercera vía' distinta a la de los partidos políticos tradicionales, que no entienden la mayor parte de los analistas antiguos". (12) Como se advierte en la cita, el macrismo se dijo y se pensó joven. Joven, fresco, moderno, liberal, o, como sintetizaba un término gestado en las redes sociales, obamista.

Ahora bien, uno de los rasgos más llamativos es que la juventud autopercibida del PRO constituye un deseo sociológicamente no correspondido. Como dijimos, y mostramos, los jóvenes en su mayoría conforman el segmento que tuvo y aún hoy tiene mayor distancia crítica con la propuesta del PRO, luego Cambiemos y ahora JxC. Los datos desmienten categóricamente la representación "rejuvenecedora de la política argentina" que el macrismo pretende adoptar. El macrismo es, fundamentalmente, la opción política de los adultos y adultos mayores y, por el contrario, siempre fue una fuerza muy minoritaria entre los jóvenes. Simétricamente al revés que el kirchnerismo, que es más atractivo para los jóvenes pese a los planteos de Durán Barba.

Respecto a la "juventud imaginaria" del macrismo, debemos aceptar que en algún sentido, todos (casi todos) los espacios y líderes políticos aspiran a

representarse como un espacio político joven o acompañado por los jóvenes (¿es lo mismo?). Los jóvenes actuarían como un accesorio simbólico, como metonimia de autenticidad, vitalidad, de un compromiso auténtico y, sobre todo, como símbolo del futuro, es decir que un espacio político respaldado por jóvenes es, o pretende ser, un espacio político lanzado hacia adelante. De allí que el dato sobre la avanzada edad del "macrismo electoral" sea la principal herida narcisista –más que la calificación de "derecha", o gobierno de los ricos– que se le puede provocar a la autorepresentación articulada por el PRO.

No nos interesa presentar a la edad como la "contradicción principal", ni tampoco como un clivaje que actuaría como centro de gravedad de la política. A través de los datos referidos a la "edad del macrismo" queremos ilustrar, primero descriptivamente, un fenómeno cada vez más acentuado en lugares muy diversos: jóvenes y adultos exhiben preferencias políticas divergentes. Como en otros lugares del mundo, en Argentina los menores de 30 años y los mayores de 55 votan de manera muy distinta. Esta suerte de distribución etaria de la oferta política constituye una novedad –aún débilmente asimilada y subanalizada– de la cultura política argentina. Se trata de una ruptura generacional que se profundizó en los últimos años y que se manifiesta con claridad en las elecciones presidenciales de 2015 y 2019.

La creciente centralidad política de la edad no constituye una particularidad argentina. Cuando levantamos la vista de nuestro contexto nacional advertimos, en diferentes lugares del mundo, escenas políticas signadas por la participación juvenil. Es hora de reemplazar aquella visión (¿noventista?) de la juventud como un sujeto apático, políticamente abúlico y retraído sobre la vida privada, por un nuevo enfoque capaz de registrar el amplio y diverso conjunto de "paisajes insurrectos" –descritos por Rossana Reguillo– donde los jóvenes convierten malestares individuales en acciones colectivas. Irrumpen con sus "políticas del deseo" que se distinguen por su potencia narrativa, su creatividad estética y por la incubación de solidaridades surgidas al calor de las protestas. #NiUnaMenos en Argentina, Occupy Wall Street en Estados Unidos, el movimiento estudiantil en Chile, #YoSoy132 en México, Nuit Debout en Francia son solo los ejemplos más conocidos de un "espacio público expandido" que se caracteriza más por la voz que por el silencio, por las protestas colectivas antes que por una atomización indiferente. Hace algunos años, José Natanson se ocupó del tema en un libro cuyo título hubiera sido impensado quince años atrás: ¿Por qué los jóvenes están volviendo a la política? (13)

Casi todos los fenómenos políticos que causan polémica en la actualidad están segmentados claramente en términos etarios: el ascenso de Trump, (14) el Brexit, la discusión por la legalización de la interrupción del embarazo, los reclamos en favor de un cambio en los patrones de acumulación económica por el calentamiento global, los derechos de la comunidad LGBTIQ+; en todos estos temas se observan posicionamientos muy diferentes entre los grupos de menores de 30 y los mayores de 60 o 65 años.

Para los caso del Brexit y de Trump, algunos analistas han incluido a la nostalgia (en relación a una belle époque perdida, a un tiempo con valores menos "degradados o corrompidos") como el mood, como el pathos, que explicaría la opción electoral adoptada fundamentalmente por los mayores.

En cualquier caso, lo cierto es que si únicamente tomáramos como relevante la edad de sus votantes más leales, el macrismo quedaría claramente encuadrado en el conjunto de partidos y liderazgos que convocan a los votantes mayores de 55 años, como Donald Trump, el Frente Nacional en Francia, el apoyo al Brexit y luego a Boris Johnson en el Reino Unido, o los grados de apoyo a los partidos de derecha en América Latina.

Por su parte, en Estados Unidos los jóvenes se volcaron masivamente por Barack Obama en 2008, inspirados por la posibilidad de ser parte de la elección del primer presidente afroamericano, y en el reciente proceso electoral los menores de 30 años contribuyeron de forma decisiva con la derrota de Donal Trump. (15) En un sentido similar, en América Latina el comportamiento políticos de las y los jóvenes viene siendo fundamental en procesos a los que podríamos calificar, con todas las inexactitudes propias de este tipo de categorías, de progresistas, populares o de centroizquierda. En México, el voto joven fue central para la victoria de Andrés Manuel López Obrador, y en Chile la movilización juvenil viene siendo protagonista desde 2019 de un efervescente proceso de protestas y cambio (contra el gobierno de Sebastián Piñera y contra la matriz desigual y privatista que rige el "admirado modelo chileno") que desembocó en las elecciones constituyentes de 2021. También en Europa la participación juvenil ha marcado experiencias de movilización en contra de los gobiernos populistas de derecha, como las marchas de estudiantes en Hungría en protesta contra el gobierno de Viktor Orbán. No obstante, la afinidad entre juventudes e inclinaciones progresistas no es una ley universal. En Brasil, por ejemplo, el apoyo a Jair Bolsonaro está distribuido de manera mucho más pareja entre grupos etarios, pero lo que nos interesa destacar es que la edad ofrece

actualmente un punto de apoyo para la formación de clivajes políticos. (16)

La ideología: en defensa de la grieta

En la sección final de este capítulo volveremos sobre las incógnitas iniciales concernientes al estatuto de la grieta. En primer lugar, nos preguntamos si la grieta existe en la sociedad. Un estudio sistemático que realiza la Consultora Isonomía ilustra la evolución del share que el anchaavenidismo ha tenido desde principios de 2017 hasta fines de 2019. Los resultados son muy elocuentes: el porcentaje de quienes se declaran “ni macristas ni kirchneristas” (esquematizando categorías) es muy minoritario y ni siquiera en sus momentos más florecientes la postura NiNi alcanzó siquiera a representar un tercio del electorado y ha sido en promedio menor al 20%. Es decir, 8 de cada 10 argentinos saben qué responder cuando se les pregunta... ¿y vos de qué lado estás? En conclusión, la Ancha Avenida del Medio nunca fue ancha (y tampoco del medio ¿o acaso alguien demostró que los votantes NiNi son más moderados y están en el medio?).

Se suele decir que la “grieta es política” como si se tratara de una divergencia artificial, o puramente superestructural. Sin embargo, al analizar la evidencia empírica, lo que se observa en realidad es que la “grieta política” (macrismo versus kirchnerismo, por ejemplo) es el reflejo de una visible y estable grieta ideológica que existe en la sociedad argentina. Es decir, visiones muy divergentes sobre la mayoría de los temas del debate público (rol del Estado, seguridad, aborto, etc.) tienden a expresarse en preferencias políticas también diferentes y/o contradictorias. La grieta no es un invento de Laclau ni de Durán Barba, no es una creación de Lanata ni de Navarro. La grieta es la traducción televisiva de un fenómeno ampliamente estudiado y hoy, por obvias razones, nuevamente de moda. Nos referimos a la “polarización ideológica”.

Hace algún tiempo, no tanto, parecía que las ideologías eran un vestigio del pasado, un género reservado para historiadores, arqueólogos o melancólicos. En el terreno del comportamiento electoral, “el fin de las ideologías” se tradujo en el llamado voto retrospectivo o voto económico. De acuerdo con este nuevo marco explicativo, el voto ya no estaría esencialmente atado a identidades sociales,

lealtades partidarias u orientaciones ideológicas. Bernard Manin (17) conceptualizó este cambio en términos de una “metamorfosis de la representación política”, categoría que consigna la pérdida de peso sobre la conducta electoral de las llamadas variables de largo plazo, tales como las identidades sociales y la ideología. Esta transformación configuraba un mercado electoral ideológicamente desregulado. Las analogías comerciales (¿o económicas?) no eran conceptualmente inocentes; fueron colonizando el lenguaje politológico como síntoma de un desplazamiento de los paradigmas teórico-ideológicos subyacentes.

Pero entonces, desprovisto de inercias sociales y de sus atajos cognitivos clásicos, ¿cómo elige y vota este votante líquido? La respuesta comenzaba proponiendo, o suponiendo, un vínculo más transaccional que identitario entre sociedad y gobierno, un vínculo pospolítico: votos a cambio de soluciones, confianza por resultados. Superadas las supersticiones ideológicas, el comportamiento electoral adoptaría ahora una forma racional. Desde esta perspectiva, los votantes evalúan serenamente el desempeño del gobierno: frente una gestión satisfactoria se impondría la continuidad, mientras que un balance negativo abriría las puertas a la oposición y la alternancia.

En abierta contradicción con el paradigma pospolítico –“votos a cambio de soluciones”– difundido reiteradamente por el gobierno de Cambiemos, lo cierto es que su propia vigencia y competitividad fue y es el signo más evidente de la preeminencia que tiene la lógica (¿ilógica?) ideológica en los procesos de formación de opiniones políticas en la sociedad argentina.

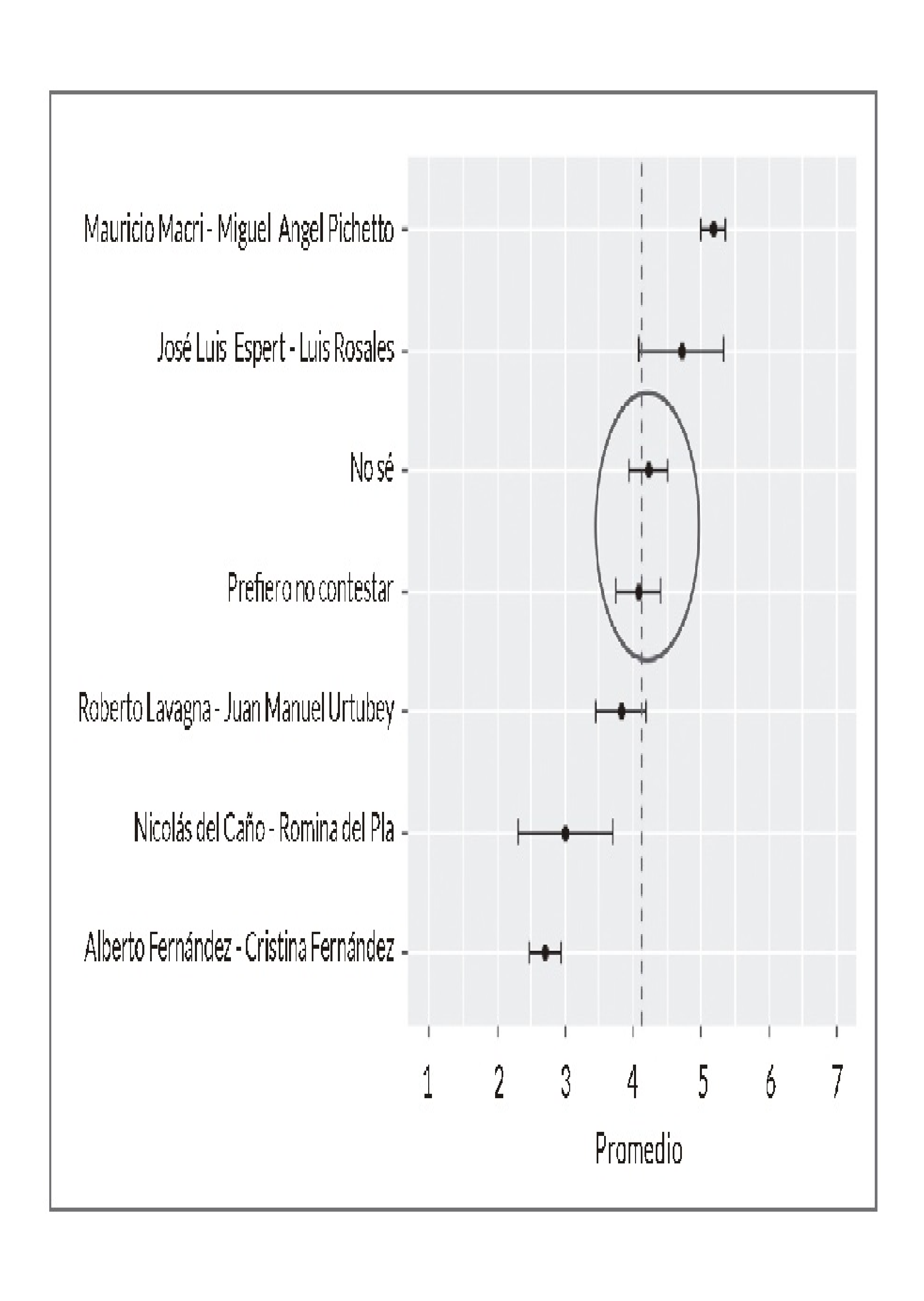
Durante los últimos años el dato más enigmático –en la medida en que concibamos al voto como un frío balance de un desempeño de gobierno– surgió de comparar la intención de voto de Cambiemos con su desempeño de gestión. Este “respaldo inelástico” (que no se disolvió pese al derrumbe económico) demostró que no estaba sostenido precisamente por Razones Económicas, así con mayúscula. El apoyo a Cambiemos es profundamente ideológico e identitario, Cambiemos adoptó a los huérfanos de la política de partidos (18) que el 2001 había dejado a la intemperie de la representación política. Pese al discurso gerencial (gestión versus ideología) que articuló públicamente, Cambiemos siempre tuvo plena conciencia respecto del material con que está hecha su competitividad electoral.

Pero si aceptamos la preeminencia del factor ideológico, se impone el desafío de

describir los contenidos y valores de la divergencia ideológica de la que hablamos en este capítulo. Veamos un primer ejemplo de los desacuerdos: las causas de la pobreza. En relación a este tema, y a casi todos los temas de debate público, la sociedad transita por dos grandes avenidas ideológicas. En cada una de las dimensiones que se aborden, votantes de JxC y votantes de FdT piensan y perciben la realidad de manera antagónica. La primera evidencia empírica (19) que examinaremos con la intención de revelar este fenómeno concierne a otro en el que convergen actitudes, opiniones y valores muy enraizados en diversas matrices ideológicas: las causas de la pobreza. Una suerte de "caja negra de la ideología", veamos: el 70% de los votantes del FdT atribuye la pobreza a la desigualdad de oportunidades. Por su parte, el 55% de los votantes de JxC explica la pobreza como consecuencia de la falta de esfuerzo individual. Resulta evidente que no se trata de "explicaciones" neutras sino que cada punto de vista moviliza emociones, "soluciones" y demandas programáticas muy distintas entre sí.

Examinemos otro ejemplo que ilustra la forma en que se manifiestan en nuestro país los desacuerdos. Un estudio de la Universidad de San Andrés, liderado por Diego Reynoso, diseñó en 2019 una cartografía ideológica del electorado argentino alrededor de un eje segmentador: el rol del Estado. De manera muy visual, el gráfico muestra que frente a este tema, los votantes macristas se ubican a la "derecha" del promedio ideológico del electorado; mientras que los votantes del FdT quedan ubicados a la "izquierda" del promedio, lejos de sus adversarios. ¿Qué significan esas ubicaciones tan simétricamente distantes en el gráfico? Que los votantes del FdT se pronuncian en favor de una mayor intervención estatal, mientras que los votantes amarillos tienden a preferir –comparativamente– una economía menos regulada y más regida por la iniciativa privada.

Preferencia Estado-Mercado, según intención de voto


Mauricio Macri - Miguel Angel Pichetto
José Luis Espert - Luis Rosales
No sé
Prefiero no contestar
Roberto Lavagna - Juan Manuel Urtubey
Nicolás del Caño - Romina del Pla
Alberto Fernández - Cristina Fernández
1
2
3
4
5
6
7
Promedio

Fuente: Diego Reynoso, Universidad de San Andrés, 2019.

Tal como demostró el politólogo André Singer para el caso brasileño, las preferencias electorales de los argentinos se agrupan y distribuyen en función de claras coordenadas ideológicas, entre las cuales el rol del Estado constituye un vector de especial relevancia. (20) La insistencia duranbarbiana –algo demodé por cierto– en el fin de las ideologías parte de confundir etiquetas autopercibidas –en qué medida las y los argentinos se ubican o no dentro de los afrancesados ejes izquierda/derecha– con Ideología, entendida como cosmovisión subyacente (e inherente) a la acción social y al lenguaje político.

En síntesis, el debate político argentino es un debate marcadamente ideológico. No dejaremos de hablar de “grieta”–ya que la representación mainstream del problema es parte del problema– pero tal vez resulte más conveniente conceptualizar el fenómeno en términos de un desacuerdo social políticamente binarizado.

Veamos ahora el fenómeno desde arriba, a través de los dirigentes. En sus confrontaciones públicas, ¿los dirigentes... simulan? ¿Escenifican diferencias que se disuelven cuando la cámara se apaga?

Un estudio realizado por el sociólogo Gabriel Vommaro (21) nos sirve como pista para responder tales incógnitas. El trabajo –basado en una encuesta a legisladores porteños– describe las orientaciones ideológicas de los dirigentes políticos y compara las posiciones que adoptan los representantes del FpV vis a vis representantes de Cambiemos. La encuesta mide la autopercepción ideológica de las y los legisladores porteños y su grado de acuerdo o desacuerdo de los legisladores en torno a nueve definiciones ideológicas. El siguiente gráfico resume los principales hallazgos:

Las ideas de élites políticas de Buenos Aires por partido (%)

Variable
Ubicación ideológica del centro a la izquierda
Ubicación ideológica del centro a la derecha
Acuerdo con que Argentina debería adoptar medidas más estrictas para regular l
Acuerdo con que en materia de DDHH, lo más importante es mirar hacia adelan
Acuerdo con que se debería debatir una ley de despenalización del aborto
Acuerdo con que el Estado debe reducir las diferencias de ingresos entre los dife
Acuerdo con que el mercado es el mejor y más eficaz mecanismo de asignación
Acuerdo con que el Banco Central debe ser independiente del Poder Ejecutivo
Acuerdo con que la privatización de los servicios públicos es uno de los principa
Acuerdo con que debe reducirse el poder de los sindicatos en la política argentin
Acuerdo con que la corrupción es el principal problema de la política argentina
Acuerdo con que lo más importante en la política argentina debería ser el respeto
Acuerdo con que los pobres votan condicionados por el clientelismo
Se considera creyente
Se considera practicante

Fuente: Estudio 2014-2015

La encuesta revela que los legisladores del PRO y del FpV tienden a estar en desacuerdo en todos los aspectos del debate público. Mantienen discrepancias sobre la mirada con que se debe enfocar el tema derechos humanos, divergen en el eje Estado-Mercado, se enfrentan a la hora de opinar sobre el abordaje de la protesta social. El trabajo desafía la imagen de políticos que simulan enfrentamientos entre sí pero que en realidad no tienen diferencias sustanciales. Por su parte, la idea de pertenencias políticas despojadas de contenido ideológico también sale herida del gráfico analizado. En fin, contrastes. Contrastes ideológicos llevados a la esfera de la representación política ya que cuando examinamos en conjunto los datos de “arriba” con los de “abajo” observamos bastante correspondencia político-ideológica, o consistencia entre lo que opinan los votantes y lo que opinan los dirigentes con los que esos votantes se identifican.

Es decir, los desacuerdos sociales tienden a expresarse en diferentes rincones de la oferta política. Como dijimos: desacuerdo social políticamente binarizado.

Grieta y estabilidad política

Ya demostramos que existe, que existe arriba y que existe abajo. Ahora bien, ¿la grieta es buena? ¿La grieta hace mal? Dejando de lado los discursos más oportunistas, existen interesantes voces que sostienen que la grieta entraña una simplificación política del desacuerdo social, una reducción de lo complejo a lo binario que conduciría a un empobrecimiento de la argumentación pública. Es posible que algo de ello ocurra. Sin embargo, nos interesa destacar algunas interesantes propiedades democráticas asociadas a la polarización ideológica.

La grieta es un buen antídoto contra el tan corrosivo “nihilismo político” (descreimiento heredero del que se vayan todos) y la desafección ciudadana. La

grieta actúa como reductor de abstención electoral, ofreciendo una fuerza contraria al tan extendido "desencantamiento del voto". (22) La percepción de marcados contrastes en la oferta electoral otorga y restaura sentido al voto al permitirle al elector elegir entre cosas diferentes.

La desafección ciudadana muchas veces obedece a la ausencia de alternativas. El llamado, y otrora añorado, "consenso de centro" produjo en Chile altísimos niveles de abstención electoral que fueron incubando un malestar silencioso; descontento que si bien ahora se manifiesta como un inesperado estallido, no se trata de un hecho aislado. De acuerdo con datos de Latinobarómetro, en 2015 Chile figuraba último (!!) en el ranking regional de percepción de desigualdades sociales. En un análisis publicado en el blog "The Monkey Cage" algunos años atrás, Casullo y Freidenberg llamaron a este proceso de mimetización de los partidos "el vaciamiento del centro". Las autoras sostuvieron en ese momento que los partidos de "centro-y-algo" (centroizquierda y centroderecha) estaban teniendo serias dificultades para acumular votos en el centro y evitar que se le escaparan votantes hacia uno y otro lado del espectro ideológico. Esa pérdida de capacidad representativa generaba un vacío "en el centro" que podía ser aprovechado por políticos y partidos outsiders, ya fuera de derecha o de izquierda, que tomaban para sí la representación de nuevas demandas, grupos y temores sociales: es el "vacío del centro" el que permite el ascenso de liderazgos outsiders y genera fuerte desafección democrática. Si todos los políticos son iguales, dicen lo mismo y hasta se parecen, ¿para qué votar?

La extendida representación condensada en la consigna "Son todos iguales" (acompañada por el sonido dosmilunesco de cacerolas) incuba a su paso desafección y desconfianza. Por el contrario, un contraste ideológico tan evidente en la oferta política organiza y segmenta la desconfianza, canalizando y dando lenguaje a diferentes visiones de la realidad.

En suma, el paradigma anti-Grieta ignora las externalidades democráticas de la polarización política (al reducir la desafección, representar diferentes visiones y organizar las broncas ciudadanas) ya que, como sostuvo Robert Park, sin desacuerdo no hay opinión pública. En este sentido, si bien espontáneamente se suele asociar polarización con beligerancia, nos parece que la polarización más que crear el conflicto, lo representa, y por lo tanto, lo pacifica. La excepcional circunstancia pandémica aporta un ejemplo. Pese al impacto sísmico que la pandemia causó en toda la región, en Argentina los estudios de cara a las elecciones legislativas anticipan que las dos fuerzas más votadas serán las

mismas dos fuerzas más elegidas en 2019, es decir una aislada estabilidad política que contribuyó a neutralizar o moderar los efectos inflamables de la combinación de crisis social con crisis de representación política.

Los gobiernos kirchneristas –más la breve experiencia macrista– han estructurado políticamente el desacuerdo y han subrayado (y a veces sobreactuado) los contrastes, lo cual ha encogido notablemente la creencia que asedia el vínculo entre ciudadanos y dirigentes políticos: “son todos iguales”. Con sus apasionados desacuerdos, kirchneristas y macristas le han impreso a la democracia argentina una vitalidad infrecuente, que ha sido compatible con el período de estabilidad política más largo que se recuerde. En fin, las democracias contemporáneas tienen más motivos para temerle al exceso de “coincidencias” (como se “descubre” ahora en Chile) que a las efervescentes, y muchas veces conflictivas, divergencias.

Como conclusión: las consignas publicitarias no desactivaron la grieta: dimos cuenta de ese fracaso iluminando las raíces sociales del fenómeno. Por el contrario, fue la política la que finalmente pareció adaptarse –mediante la conformación de dos polos y el centrifugado de terceras posiciones– a la intensa confrontación ideológica que se cursa en los cafés, en las sobremesas, en las universidades, en las redes y en las plazas. En este sentido, podríamos dejar de pensar la grieta como un invento televisivo y definirla en términos de un “bipartidismo sociológico”, de un bipartidismo de abajo hacia arriba. Y como las palabras importan y crean realidad más que describirla, un buen primer paso consistiría en suspender la costumbre de llamar “grieta” a lo que es un contexto de polarización ideológica. No se trata de un abismo ni de una fractura tectónica, se trata de desacuerdos sociales políticamente binarizados, que se expresan, hasta ahora al menos, al interior del sistema político.

▪

1- Paradójicamente, en la entrega del mismo premio en 2014, Jorge Lanata, que se había quejado amargamente de la existencia de “la grieta” el año anterior, subió al escenario con un bidón de nafta, como metáfora de su oposición al kirchnerismo.

2- Los conceptos electorales “anti-grieta” tuvieron menor relevancia en 2019 (proceso electoral en modo “balotaje de hecho”), pero retornaron con fuerza en 2021. Por ejemplo, la campaña de Florencio Randazzo propone estar “ni de un lado, ni del otro: del tuyo”.

3- Eliseo Verón, El cuerpo de las imágenes, Grupo Editorial Norma, Buenos Aires, 2001.

4- Los mensajes políticos recién analizados no son plenamente originales, son descendientes de mensajes políticos que predominaron en los años 90, a la sombra del “fin de la historia”. El Nuevo Laborismo de Blair, por ejemplo, constituyó un experimento apoyado sobre un marco teórico según el cual la confrontación ideológica “à la siglo XX” debía ser sustituida por una “triangulación” que tomara lo mejor de cada bando. Hoy, el mismo país donde se ensayó la suave Tercera Vía es gobernado por Boris Johnson de manera británicamente agresiva (¿adaptación cultural del trumpismo?) y bajo un rebrote nacionalista que hubiera sido inimaginable en aquella aterciopelada última década del siglo XX... grieta everywhere.

5- Manuel Mora y Araujo, La Argentina bipolar, Sudamericana, Buenos Aires, 2011.

6- Seymour Martin Lipset, Political Man: the Social Bases of Politics, Forgotten Books, 2018.

7- Victoria Gessaghi, La educación de la clase alta argentina: Entre la herencia y el mérito, Siglo XXI, Buenos Aires, 2016.

8- Ricardo Sidicaro, Los Tres Peronismos: Estado y Poder económico, 1946-1955, 1973-1976, 1989-1999, Siglo XXI, Buenos Aires, 2010.

9- Categorías desarrolladas por Pierre Ostiguy a partir justamente del análisis del peronismo. Ver: Pierre Ostiguy, “The High and the Low in Politics: A Space for Comparative Analysis and Electoral Studies”, Kellogg Institute Working Papers N° 360, 2009.

10- Acerca del decadentismo como uno de los ejes fundamentales del antipopulismo de la élite argentina, ver Ernesto Semán, Breve historia del antipopulismo, Siglo XXI, Buenos Aires, 2021.

11- Una elocuente ilustración del concepto de habitus de clase, desarrollado por Pierre Bourdieu en El sentido práctico, Siglo XXI, Buenos Aires, 2008.

12- Jaime Durán Barba, La política en el Siglo XXI, Debate, 2017.

13- José Natanson, ¿Por qué los jóvenes están volviendo a la política? De los indignados a La Cámpora, Debate, Buenos Aires, 2012.

14- En relación al tan discutido ascenso de Trump al poder, el dato es muy contundente: el 55% de las personas menores de 40 años apoyó a Clinton, mientras que en ese universo el respaldo a Trump fue solo del 37%. Eduardo Chávez Molina, y Pablo Molina Derteano, “Ganar por el voto joven”, Revista Anfibia, 2017.

15- Entre los menores de 30 años, el 59% de inclinó por Joe Biden y solo el 35% votó por Donald Trump, https://www.pewresearch.org/politics/2021/06/30/behind-bidens-2020-victory/

16- Uno de los temas recurrentes ha sido la preocupación por el supuesto y súbito viraje ideológico que habría experimentado la juventud. Se lee sobre su supuesta "deserción del kirchnerismo" y su desplazamiento hacia la apatía o hacia opciones de ultraderecha liberal como Javier Milei y José Luis Espert. Creemos que aún no hay evidencia suficiente que permita sostener un cambio ideológico e identitario tan masivo. Asimismo, nos parece que el excepcional contexto pandémico requiere prudencia a la hora de sacar conclusiones definitivas sobre la relación entre edad y preferencias políticas. Más allá de emergentes "coyunturales", todos los estudios siguen documentando que entre los menores de 30 años la distancia del FdT respecto de JxC se agranda.

17- Bernard Manin, Los principios del gobierno representativo, Alianza, Madrid, 2006.

18- Aludimos a la tesis de Juan Carlos Torre en su clásico artículo sobre los huérfanos de representación durante el 2001. Juan Carlos Torre, "Los huérfanos de la política de partidos sobre los alcances y la naturaleza de la crisis de representación partidaria", Desarrollo Económico, Vol. 42, N° 168, 2003, pp. 647–665.

19- Véase el estudio completo en Emmanuel Alvarez Agis e Ignacio Ramírez, "La economía del desacuerdo", Diario.Ar, 2021.

20- André Singer, Izquierda y derecha en el electorado brasileño: la identificación ideológica en las disputas presidenciales de 1989 y 1994, Clacso, 2002.

21- Gabriel Vommaro, “Las élites políticas en la Argentina democrática y el problema de la representación” en el libro Elites en las américas: diferentes perspectivas, UNGS, 2018.

22- Véase la relación entre propensión a votar y percepción de contrastes polarizados en la oferta política en Ignacio Ramírez y Guido Mosoco, “La predisposición actitudinal hacia el voto en Argentina. Variables individuales e incentivos contextuales”, Revista Mexicana de Opinión Pública, 2016.

Polarización, conflicto distributivo e inflación en Argentina. Algunas reflexiones

Emmanuel Alvarez Agis

"Las últimas décadas en la Argentina se han caracterizado por cambios muy bruscos y muy frecuentes de la política económica que muestran una oscilación pendular entre dos corrientes antagónicas: la corriente expansionista o popular y la ortodoxia o el liberalismo económico."

Marcelo Diamand, El Péndulo Argentino ¿Hasta Cuándo?, 1981.

En 1981 Marcelo Diamand acuñaba el término "péndulo argentino" para referirse a las oscilaciones político-económicas que caracterizaron al país en la segunda mitad del siglo XX. La metáfora apuntaba a los cambios de gobierno y de planes económicos. Por un lado, gobiernos de corte liberal o conservador que abrían la economía, tanto comercial como financieramente, que acudían al endeudamiento externo para conseguir las divisas necesarias para financiar el crecimiento y ajustaban en términos fiscales, terminaban con crisis cambiarias que hundían a la economía en el combo recesión + inflación. Cuando el mercado externo identificaba que la trayectoria de endeudamiento del país era insostenible, la canilla de los dólares se cerraba y con eso, también lo hacía el "ciclo liberal", empujando el péndulo hacia el otro extremo. Por otro lado, tras la crisis del modelo conservador el reflejo de los gobiernos de corte popular era implementar programas económicos polarmente opuestos: protección a la industria nacional, aumento del gasto público, regulación de precios y tarifas, regulaciones para el mercado financiero y estímulos para el mercado interno. Cuando el crecimiento del mercado interno llegaba a cierto punto, se terminaban los dólares y, con eso, no solo el crecimiento, sino que se desataba una crisis idéntica a la de los gobiernos conservadores: una devaluación que terminaba

nuevamente en el combo recesión e inflación. El péndulo entonces volvía hacia el otro extremo. Y así.

Hoy la historia no solo resulta familiar, sino que parece actualidad. La particularidad de Argentina de cara al final del siglo XX y los inicios del siglo XXI es que el péndulo se movió cinco veces en una lógica popular-conservador de manera muy marcada y contundente. Alfonsinismo, menemismo, kirchnerismo, macrismo y albertismo son todas expresiones políticas de ese movimiento pendular. Un ciclo de corte popular con Alfonsín, con sendos intentos de planes heterodoxos en lo económico para estabilizar la economía (Plan Primavera y Plan Austral), que mueve el péndulo hacia el otro extremo luego de la crisis externa que derivó en la hiperinflación de finales de los ochenta. Esa crisis es la que le permite a Menem aplicar un ambicioso plan de reformas estructurales en línea con las ideas del Consenso de Washington, cuyo único componente heterodoxo no menor estuvo constituido por el anclaje del tipo de cambio por ley. Sin embargo, esa pizca de heterodoxia y su origen político, el peronismo, no nos impide caracterizar ese momento del péndulo como conservador, debido a la presencia de sus principales componentes: apertura de la economía, reforma laboral, privatizaciones, endeudamiento, ajuste del gasto y, sobre todo, endeudamiento externo.

El estallido de la convertibilidad volvería a empujar el péndulo hacia el otro extremo dando lugar a doce años de un proyecto de carácter popular como el protagonizado por el kirchnerismo. Desendeudamiento, aumento del gasto público, regulación del sistema financiero, congelamiento de tarifas y protección de la industria nacional son todos componentes que permiten tal caracterización. En este caso, el final del gobierno no estaría caracterizado por un “estallido”, factor que explica el movimiento del péndulo por una campaña política que, en principio, prometió conseguir los mismos fines pero por otros medios. Esos medios se revelarían, finalmente, como los clásicos componentes de un programa conservador: apertura comercial y financiera, reducción de los impuestos a las empresas y a los ricos primero y ajuste del gasto público después, endeudamiento externo y aumentos de tarifas. Ese combo terminaría con un estallido, esta vez a mitad de mandato, obligando al macrismo a acudir al Fondo Monetario Internacional para empujar el péndulo en el mismo sentido, pero con mayor intensidad. Libre flotación del tipo de cambio primero, emisión monetaria cero después, y déficit fiscal cero, fueron los principales lineamientos de un programa liberal, esta vez de “shock”, que permitió que el péndulo volviera a moverse en el sentido contrario con la “vuelta” del kirchnerismo al

poder, esta vez de la mano de una sorpresa electoral como fue el entonces candidato Alberto Fernández.

Pero Diamand no es el único pensador de la economía que identificó la inestabilidad argentina como una de las características más salientes de nuestro país. Antes que él, Prebisch (1) crearía lo que luego sería la escuela estructuralista latinoamericana y caracterizaría a los países productores de materias primas como Argentina, afectados por la tendencia secular al deterioro en los términos del intercambio. Los procesos de auge económico seguidos por crisis de Argentina darían lugar a la caracterización de Braun y Joy (2) de los ciclos de "stop and go", que a posteriori Dimand retomaría con su metáfora del péndulo. Más recientemente, Gerchunoff (3) retomó, junto a otros autores, las viejas ideas estructuralistas para tratar el movimiento pendular que también caracterizó a Argentina en la segunda mitad del siglo XX y comienzos del siglo XXI.

Los movimientos pendulares de la política económica argentina siguen más vigentes que nunca. Sin embargo, si bien la tradición heterodoxa-estructuralista en materia de análisis de la economía argentina cuenta con muchas investigaciones y desarrollos acerca de las características y los efectos económicos del péndulo, muchos menos son los trabajos que buscan comprender tanto las raíces e interacciones políticas de su movimiento y, sobre todo, su interacción. Dos interpretaciones esquematizadas de la interacción entre el péndulo económico y el péndulo político podrían resumirse en las siguientes dos preguntas:

1. ¿Son las leyes económicas las que determinan un movimiento pendular de la economía y es la política la que se pliega a ese movimiento de manera pasiva reflejándolo?

2. ¿O, por el contrario, es la política la que "secuestra" a la economía y la lleva de un costado al otro condenando al país a la recesión y la inflación?

Las respuestas a estas preguntas podrían llevarnos al clásico debate iniciado por Marx y continuado por otros tantos autores entre "estructura" y "superestructura". Sin embargo, nuestro objetivo en el presente ensayo es

modesto. De hecho, recientemente Zícari (4) sistematizó un total de doce marcos explicativos alternativos que buscan dar cuenta de las causas de la inestabilidad argentina tanto desde el punto de vista político como también económico. En el presente escrito, buscamos aportar algunos elementos para entender la interacción entre la dinámica pendular de la economía y la polarización política. En particular, comprender cómo esa interacción es una herramienta importante para comprender uno de los principales problemas de la economía argentina que se manifiesta con intensidad cada vez que el péndulo cambia de dirección: la inflación.

La inflación y la polarización

El principal problema para comprender la relación entre la polarización y la incapacidad de Argentina para resolver su problema crónico de inflación radica en que en la ciencia económica existen, tal como señala Vernengo, (5) por lo menos dos paradigmas teóricos contrapuestos que explican las causas de la inflación. Esquemáticamente, nos referiremos a la explicación ortodoxa y heterodoxa. Con ortodoxa haremos referencia a la escuela monetarista, mientras que con heterodoxa nos referiremos principalmente a la escuela clásica en economía y al estructuralismo latinoamericano, que tuvo a la inflación como una de sus principales preocupaciones teóricas. Veremos que mientras para la explicación ortodoxa la política es simplemente la causante de la inflación, para la tradición heterodoxa aquella no es solo un reflejo del conflicto económico, sino un factor autónomo que puede incidir positiva o negativamente sobre la resolución de ese conflicto. La siguiente sección resume sistemáticamente estas dos posiciones, pero haciendo especial énfasis en el rol que le toca a la política (y a “lo político”, en el sentido de Mouffe (6)) en el fenómeno inflacionario.

La inflación como problema técnico

La versión monetarista u ortodoxa acerca de la inflación fue elaborada por el

padre del monetarismo, el economista y Premio Nobel en economía Milton Friedman. (7) De acuerdo a esta visión, la inflación es causada por aumentos de carácter exógeno al sistema económico de la cantidad de dinero que circula en la economía. Pero, ¿qué o quién sería responsable de esos aumentos de carácter exógeno al sistema económico? Básicamente, la política o, mejor, los políticos. De aquí a decir que “la inflación es culpa de los gobiernos que imprimen dinero para ganar las elecciones” hay, obviamente, solo un paso. De hecho, en las versiones más modernas de esta teoría, los políticos enfrentan un trade-off entre inflación y actividad económica: aumentando la oferta monetaria (esto es, imprimiendo dinero), los políticos podrían lograr un mayor nivel de actividad, pero a costa de incrementar la inflación. Ese toma y daca entre inflación y actividad es en realidad un toma y daca entre inflación y desempleo. De acuerdo a esta teoría, ¿qué podría ser entonces más atractivo para un político que, con el solo acto de emitir más dinero, lograr reducir el desempleo? La cadena lógica es entonces sencilla: impresión de dinero, baja del desempleo, aumento de los votos. El efecto no deseado de esta dinámica sería la inflación. Mientras el aumento de precios se mantuviera entonces en niveles tolerables para la sociedad, la política habría encontrado un truco económico para perpetuarse en el poder, siempre y cuando el voto estuviera definido por aspectos estrictamente económicos.

Desde el punto de vista histórico, el monetarismo fue la reacción teórica al keynesianismo. Políticamente, gracias al monetarismo el liberalismo recuperaría el centro de la escena. La crisis internacional del petróleo que tomaría la forma de una estanflación, es decir, inflación pero con recesión, terminaría con la hegemonía keynesiana y daría lugar a la hegemonía del monetarismo. Luego de años de “populismo monetario”, el mundo finalmente veía cumplirse la teoría del monetarismo. La emisión monetaria de la etapa dorada del capitalismo terminaba con una crisis internacional inflacionaria. Y la reacción política a esa crisis estaría protagonizada por el combo Reagan-Thatcher, que daría lugar al período de consolidación neoliberal bajo el lema TINA (el acrónimo en inglés de “no hay otra alternativa”). No había otra alternativa: había que prohibir que los políticos siguieran usando el truco de la emisión para ganar elecciones. La estanflación de los años 70 sería entonces el apoyo empírico que el monetarismo necesitaba: la cadena de la felicidad emisión-actividad-votos finalmente se había roto. Al imprimir dinero los políticos aumentaron la inflación pero ya no con la contracara de una mayor actividad económica, sino que además de generar inflación desataron una profunda recesión.

A partir de ese momento, la teoría económica dominante relacionaría casi mecánicamente la inflación con los errores de los políticos. Para evitar entonces la injerencia de los políticos en la economía, se debía avanzar en una serie de reformas estructurales que garantizaran que la política monetaria, la causa última de la inflación, quedara en manos de técnicos que fueran independientes de los supuestos intereses cortoplacistas de los políticos. Para esto, la máxima aspiración fue la independencia del Banco Central. Establecida la independencia de la autoridad monetaria, los políticos ya no podrían someter a la economía a su libre albedrío y, de hecho, los bancos centrales funcionarían como un límite a la política.

Como se desprende de lo anterior, para la visión ortodoxa de la inflación lo político no ocupa un lugar central en la explicación. Al contrario, la política (y no lo político) es vista como un problema externo al sistema económico que vendría a interrumpir el normal funcionamiento del mercado, siendo la inflación el síntoma de tal alteración. Es por esa razón que los bancos centrales deben ser “independientes”. Independientes de quién, sería la pregunta obvia. De esta manera, la explicación ortodoxa omite explicitar una de las cuestiones más complejas de todo programa anti-inflacionario. Adelantándonos un poco a las conclusiones de la siguiente sección, la pregunta relevante es quién gana y quién pierde con la baja de la inflación. Si la inflación no es un problema técnico sino político, en el sentido de economía política, su resolución requiere claramente de encontrar algún tipo de equilibrio al conflicto distributivo que la origina. Desde este punto de vista, siempre es posible que esa solución sea virtuosa, de modo que los actores involucrados en el conflicto salgan mutuamente beneficiados por la baja en la inflación. Pero los equilibrios del tipo “win-win” no suelen abundar en economía. Muchas veces la solución a la inflación proviene de la imposición de ciertos actores por sobre otros. De esta manera, alguien gana y alguien pierde cuando la inflación baja. Y esa pérdida tiene que ver, entre otros factores, con las condiciones políticas que posibilitan la implementación del programa anti-inflacionario. El punto no es menor y merece alguna reflexión adicional.

Si la inflación fuera un problema estrictamente técnico ajeno al sistema económico, su resolución no debería encontrar retractores, puesto que “todos ganarían” con la baja de la inflación. Pero si la inflación es causada por un conflicto distributivo, es posible que su solución implique que una de esas partes pierda a costa de que la otra, finalmente, gane. Lejos de lo que se piensa, el padre intelectual del monetarismo, Milton Friedman, era perfectamente consciente de la naturaleza política del problema inflacionario. Uno de los

reconocimientos más explícitos de la naturaleza política de la inflación es, al mismo tiempo, uno de los más interesantes desde el punto de vista de la historia del monetarismo, puesto que tuvo lugar en condiciones políticas particularmente peleadas con el concepto de libertad, tan caro al ideario neoliberal. Nos referimos aquí al denominado experimento de los Chicago Boys en el Chile de Pinochet. Si bien es mucho lo que se ha escrito sobre esta experiencia, aquí preferimos ir a las fuentes. Es el propio Friedman en una carta al dictador Augusto Pinochet el que dejaría en claro que la inflación, lejos de ser un problema técnico, es un problema eminentemente político, en el sentido del conflicto distributivo que atravesaba a la sociedad chilena de finales de los setenta y que la dictadura de Pinochet resolvió no solo aplicando los preceptos del monetarismo, sino, más importante aún, el rigor de las armas. Reproducimos a continuación un fragmento de la carta de Friedman a Pinochet luego de que aquel hubiera visitado Chile para realizar un diagnóstico de su economía y recomendar un curso de acción.

“El problema económico de Chile tiene claramente dos aristas: la inflación y la promoción de una saludable economía de mercado [...] Sin embargo, y pese a estar relacionados, se trata de dos problemas diferentes: el fortalecimiento del libre mercado no terminará con la inflación per se [...] Existe solo una manera de terminar con la inflación: reducir drásticamente la tasa de incremento en la cantidad de dinero. En la situación de Chile, el único modo para lograr la disminución de la tasa de incremento en la cantidad de dinero es reducir el déficit fiscal [...] En la práctica, disminuir el gasto público es, por lejos, la manera más conveniente para reducir el déficit fiscal [...] No existe ninguna manera de eliminar la inflación que no involucre un período temporal de transición de severa dificultad, incluyendo desempleo [...] Si este enfoque de shock fuera adoptado, creo que debería ser anunciado pública y muy detalladamente y, además, entrar en vigor en una fecha muy cercana a dicho anuncio. Cuanto mejor informado se encuentre el público, más contribuirán sus reacciones al ajuste [...] Un programa de shock tal como este podría eliminar la inflación en cuestión de meses. También fundaría las bases necesarias para lograr la solución de su segundo problema: la promoción de una efectiva economía social de mercado. Este no es un problema de reciente origen, sino que surge de tendencias al socialismo que comenzaron hace cuarenta años y que alcanzaron su lógico, y terrible, climax durante el régimen de Allende. Ustedes han sido extremadamente sabios en la aplicación de las muchas medidas que ya han tomado para revertir esta tendencia”.

La claridad de Friedman para identificar las raíces políticas de la inflación chilena de finales de los setenta es meridiana. Su doctrina del shock podría ser ejecutada por un gobierno que no necesitaría revalidarse en las urnas y que podría disciplinar a las fuerzas opositoras por medio de la violencia estatal. De hecho, hay poco de “técnico” en una carta dirigida a un dictador. El programa anti-inflacionario de Chile tendría una clara división del trabajo: los técnicos se encargarían de cortar la emisión monetaria para financiar el gasto público; los militares disciplinarían la suba del desempleo con las armas, garantizando así la baja de inflación y la “paz” social. De hecho, un aspecto poco señalado del programa monetarista aplicado en Chile es su importante componente de disciplinamiento del movimiento obrero. Tal y como señalan Mizala y Romaguera, (8) la legislación laboral chilena hasta 1973 se había caracterizado por ser principalmente “proteccionista”, mientras que a partir de ese año y hasta 1978 se inaugura una etapa de “normativa restrictiva o anuladora de muchos derechos, entre cuyos rasgos centrales figuran la suspensión y prohibición de la negociación colectiva y la actividad sindical; la facilitación de facto del despido, y la introducción de reajustes de remuneraciones obligatorios para los sectores público y privado, con indización parcial o total respecto a la inflación pasada”. A partir de 1978, se desregularía el mercado de trabajo chileno y se disminuiría sustantivamente el poder sindical.

Sin embargo, los cambios estructurales se darían en el período 1973-1978, debido a la fuerte represión política a la dirigencia sindical. La prohibición de la negociación colectiva implicó, en los hechos, que no existiera la posibilidad legal de huelga. El período estuvo caracterizado por el aumento masivo de los despidos y las bajas posibilidades por parte de los trabajadores de exigir el pago de indemnizaciones. Era el gobierno, y no el mercado, el que intervenía directamente en la fijación de los salarios “decretando por ley los aumentos generales”. Gracias al plan anti-inflacionario, el desempleo chileno pasaría del histórico valor de 4-5% característico de las décadas de 1950 y 1960 a valores del 15% para 1975. Aún seis años después del programa monetarista, el desempleo continuaría en los dos dígitos, al contrario del diagnóstico de Friedman. En palabras de Mizala y Romaguera, “el desempleo generado por la caída del producto en 1975 no se elimina cuando la economía recupera su senda de crecimiento, pues numerosos trabajadores fueron desplazados porque su calificación no era la adecuada para una economía de mercado abierta al resto del mundo”.

La inflación como un problema político

Lejos de pensar la inflación como un problema técnico, en sus orígenes la economía (para ser exactos, la economía política) puso al conflicto en el centro del análisis económico. En el caso del padre fundador de la economía, Adam Smith, su principal obra analizó el conflicto político derivado de la transición del feudalismo a una economía de mercado, un conflicto eminentemente político. Su sucesor, David Ricardo, escribiría una monumental obra solo para explicar de qué manera el conflicto distributivo entre los terratenientes y los capitalistas de la Revolución Industrial amenazaba con coartar las posibilidades de crecimiento de Inglaterra. La historia es más conocida en el caso de Marx, quien hizo de la "lucha de clases" el motor del cambio dentro del sistema capitalista. Esta tradición sería continuada por lo que de manera amplia podríamos denominar la escuela heterodoxa en economía, y es esa la explicación que nos ayudará a comprender la verdadera naturaleza de la inflación en Argentina.

¿Qué significa que la inflación es el resultado de un conflicto sobre la distribución del ingreso? La versión más básica de esta teoría establece que la inflación aparece cuando los reclamos de los distintos perceptores de ingresos en una economía exceden los bienes y servicios con los que esa economía cuenta. Para no complicar el análisis, supongamos que en la economía contamos con nada más que diez kilos de pan que se producen por mes gracias a un capitalista que es el dueño de los medios de producción y un solo trabajador. Si el capitalista desea ganar el equivalente a seis kilos de pan por mes y el trabajador desea exactamente lo mismo, es evidente que tendremos un conflicto distributivo entre ambos. Así puesto, el conflicto parece ciertamente ridículo: si es evidente que solo existen diez kilos de pan, tanto el trabajador como el capitalista no tardarán en reconocer este hecho y finalmente llegarán a un acuerdo que, por lo menos, reconozca que no hay doce kilos disponibles. Sin embargo, en las economías modernas no es para nada evidente la cantidad de bienes y servicios disponibles en una determinada economía en un momento del tiempo y, más importante aún, las discusiones no tienen lugar en términos de kilos de pan, teléfonos celulares, autos, o lo que sea, sino que se dan en términos estrictamente monetarios. Este punto es central para entender por qué los conflictos sobre la distribución del ingreso dan lugar a la inflación.

En las economías modernas, los reclamos son siempre en términos monetarios.

El trabajador no reclama seis kilos de pan sino, en el caso de que ese reclamo pueda ser expresado y articulado en la realidad, reclama una determinada cantidad de dinero que, de acuerdo con sus expectativas, piensa que le permitirá adquirir en el futuro esos seis kilos de pan. Simétricamente, nuestro capitalista no define cuántos kilos de pan ganará, sino que decide a qué precio monetario venderá su pan en el mercado, con la expectativa que ese precio le reporte una ganancia equivalente a seis kilos de pan. Cabe destacar que de la misma manera que el trabajador puede tratar de influir en su salario monetario pero no tiene influencia alguna sobre el precio del pan, nuestro capitalista puede (supongamos) determinar el precio de venta de su pan, pero solo en un primer momento. Si tal precio resulta en que el trabajador no gana al final del día sus 6 kilos de pan, es muy posible que reclame un aumento de su salario monetario. En esta situación, el capitalista podría otorgar el aumento. Sin embargo, nada le impide aumentar su precio de venta del pan si ese aumento salarial implica que, al final del día, su ganancia es menor que su expectativa, los seis kilos de pan. Dependiendo de un número importante de circunstancias, esta situación podría extenderse en el tiempo, dando lugar a una dinámica inflacionaria: precios y salarios aumentarían sucesivamente debido a un conflicto distributivo entre “el capital y el trabajo”. En las economías modernas, que en palabras de Keynes son “economías monetarias”, ese conflicto puede perpetuarse en el tiempo dando lugar a una dinámica inflacionaria.

En síntesis, cuando las aspiraciones económicas de la sociedad no coinciden con sus capacidades productivas, el resultado es la inflación. La inflación perpetúa el conflicto distributivo y emerge no como un producto de los errores de la política, sino justamente como un equilibrio de lo político donde ninguno de los reclamos distributivos tiene la fuerza suficiente como para imponerse por sobre el resto. En el caso de Argentina, esta interpretación fue recientemente desarrollada para explicar la dinámica de la economía entre 1930 y 2015, pero tiene sus raíces en el pensamiento estructuralista que desde los años sesenta identificó el conflicto distributivo como uno de los aspectos más importantes a la hora de comprender la dinámica de la economía del país (9).

Por último, es importante considerar que este conflicto puede perpetuarse puesto que, para esta interpretación, no existen niveles técnicos que determinen cuánto debería ganar cada grupo social que participa (o no) en el proceso productivo, ni fuerzas de mercado que garanticen la convergencia de los ingresos de los

respectivos grupos a valores que garanticen la ausencia de inflación. En general, tanto los niveles de ingreso de los trabajadores como el nivel de ganancias de los capitalistas (para nombrar solo a los principales perceptores de ingresos de las economías modernas), están social, política e históricamente determinados y, por tanto, no son sujetos de determinaciones técnicas que sean independientes de tales factores. A título de ejemplo, mientras que en un determinado período histórico para una familia de clase media el acceso a un celular podría haber sido visto como un "lujo", hoy un salario que no permita a un trabajador contar con un celular puede ser visto claramente como "bajo". Factores como los sindicatos, las cámaras empresariales, la propia política y sus representantes no hacen más que contribuir a modificar las circunstancias de determinación de salarios y ganancias.

La tradición heterodoxa en materia de inflación presenta diversas aristas y permite explicar conflictos distributivos de las más diversas naturalezas: desde el conflicto entre capitalistas y terratenientes de David Ricardo, pasando por el conflicto de clases en Marx, hasta versiones más modernas que enfatizan la posibilidad de conflictos distributivos entre empresarios y trabajadores, entre diversos tipos de trabajadores, o incluso entre diferentes tipos de capitales (el más común, entre capital financiero y capital productivo). En el caso de Argentina, esta teoría económica nos permite tender un puente entre la teoría política y la teoría económica. Unitarios versus Federales, Campo versus Industria, Sindicatos versus Empresas, Peronismo versus Antiperonismo, Mercado Interno versus Mercado Externo, son solo algunos de los conflictos políticos y distributivos cuyo entendimiento podemos profundizar si abandonamos la explicación ortodoxa de la inflación y ampliamos la mirada para entender la forma en que la economía es influenciada por lo político. Algunos ejemplos históricos nos ayudarán a entender esta forma de comprender la relación entre polarización política, conflicto distributivo e inflación.

La polarización, la inflación y la madre de todas las batallas: el dólar

La variable económica en la cual el conflicto distributivo se expresa con mayor claridad es el tipo de cambio, es decir, el valor del dólar. No hace falta ser un

especialista en análisis económico para comprender que en Argentina un dólar “barato” suele calmar el conflicto distributivo, es decir, suele calmar la inflación, mientras que lo contrario ocurre con un dólar “caro”: en general, los episodios de encarecimiento del dólar (devaluaciones) suelen incrementar la inflación y llevar a recesiones económicas. Algunas características particulares de la economía argentina permiten entender por qué el valor del dólar es tan determinante a la hora de comprender el grado de conflictividad de la sociedad y, con esto, el nivel de la inflación. Para una economía que exporta principalmente alimentos y que es altamente dependiente de importaciones de bienes intermedios y bienes de capital, un dólar barato no solo implica alimentos accesibles para la población, sino también posibilidades de acceder a tecnología e insumos a precios competitivos para la industria. Sin embargo, el problema es que un dólar barato al mismo tiempo implica problemas de competitividad para una industria local cuya productividad no le permite diversificar su canasta de exportaciones. Así, cuando el dólar está barato, el único que exporta es el campo y, por tanto, la cantidad de dólares disponibles para que la economía funcione está determinada por la capacidad exportadora del sector primario.

Lejos de la creencia popular, Argentina es un país con recursos naturales pero lejos está de tener una sobreabundancia de recursos naturales. Por esa razón, los dólares del campo no suelen ser suficientes para contentar a trabajadores y empresarios y, con esto, calmar la inflación. Cuando se acaban los dólares sobreviene la devaluación, un encarecimiento del dólar que beneficia a los exportadores pero a costa de perjudicar a los trabajadores y los empresarios orientados al mercado interno. Con la devaluación se produce una redistribución del ingreso, desde trabajadores y empresarios mercado-internistas hacia exportadores. Y la forma que adquiere esa redistribución es el cambio en los precios relativos de la economía, esto es, el encarecimiento de los alimentos en particular y de las importaciones en general. Cuando trabajadores y empresarios no aceptan esta nueva distribución del ingreso, sus reclamos comienzan a tomar temperatura y, con esto, la inflación, que no es más que la expresión de la resistencia que imponen los sectores perjudicados por la devaluación a la nueva distribución del ingreso implícita en el dólar “caro”.

Paradójicamente, el dólar caro genera la abundancia de lo que antes escaseaba: los dólares. Pero esa abundancia ocurre a costa de la reducción del consumo y la producción local. Esa nueva situación de un dólar caro resulta en muchos contextos insostenible desde el punto de vista político y social. Las presiones por aumentos de salarios se incrementan y la resistencia de los exportadores a

reducir el nivel de rentabilidad derivado del dólar caro genera un incremento de la inflación. A medida que la inflación va convirtiéndose en un problema saliente, la política comienza a ocuparse de reducirla. Y la forma más efectiva de reducirla es justamente revirtiendo los efectos del dólar caro, es decir, abaratando el dólar. Una vez que el tipo de cambio mantiene a raya la inflación, el poder adquisitivo de los salarios mejora y también mejoran las posibilidades de la industria de proveer a un mercado interno en expansión. La dinámica virtuosa se mantiene mientras haya dólares. En algunas ocasiones, estos dólares provienen del denominado viento de cola: buenos precios internacionales de las materias primas que permiten que, incluso a pesar del dólar barato, los exportadores no vean reducida significativamente su rentabilidad. Un ejemplo claro de esta dinámica es el período que va desde la salida de la convertibilidad en 2001-2002 y hasta el estallido de la crisis internacional en septiembre de 2008. Cuando el viento de cola no acompaña y los dólares no vienen del lado comercial, pueden provenir del lado financiero. Si es el caso, la calma inflacionaria del dólar barato dura mientras duran las posibilidades del país de endeudarse para conseguir divisas. La convertibilidad y la primera mitad del gobierno de Cambiemos (entre diciembre de 2015 y marzo de 2018) son ejemplos claros de esa dinámica.

Así, una sola variable económica puede ayudarnos a sintetizar la complejidad de la discusión de la inflación en un país con los niveles de conflictos políticos y económicos de Argentina. Es sumamente importante comprender que, bajo ciertas circunstancias que suelen estar presentes en la economía argentina, el valor del dólar determina la distribución del ingreso y, con esto, quién gana y quién pierde en el conflicto distributivo que deriva en nuestro crónico problema inflacionario. Un valor "alto" (es decir, un dólar más caro) implica un menor poder adquisitivo del salario. Un valor "bajo" (es decir, un dólar más barato) implica un mayor poder adquisitivo del salario. Pero eso no es todo. Mientras que un dólar caro mejora la rentabilidad de los sectores exportadores, un dólar más bajo suele ser la panacea para las inversiones financieras, que pueden aprovechar las tasas de interés en pesos y recuperar un retorno en "dólares baratos" al poco tiempo (fenómeno que se conoce en la jerga de los economistas como "carry trade" y en el lunfardo argentino como "bicicleta financiera"). Visto desde esta óptica, resulta sencillo entender de qué manera los diferentes proyectos políticos que gobernaron el país tuvieron en su política cambiaria la forma de controlar (o no) el conflicto distributivo y, con esto, la inflación.

Siguiendo esta interpretación, toda controversia en torno al nivel del dólar sería,

en realidad, una controversia respecto a la distribución del ingreso. Así, apreciaciones del tipo “el dólar está atrasado” solo querrían decir que los salarios están “adelantados” (altos). Al mismo tiempo, la “plata dulce”, el “deme dos”, la convertibilidad y su “todo por 2 pesos” y 30.000 argentinos en el Mundial de Rusia coreando “que baje el dólar la puta que lo parió” no serían sino ejemplos de cómo gobiernos de las más variadas orientaciones ideológicas utilizaron el valor del dólar como mecanismo para sesgar la distribución del ingreso a favor de los trabajadores y, con esto, aumentar sus chances electorales al tiempo que apaciguaban (de manera más o menos sostenible, según el caso) la inflación. El caso de Menem es un claro ejemplo de cómo la estabilidad nominal del tipo de cambio consiguió la reducción de la inflación gracias a un disciplinamiento del conflicto distributivo que ni siquiera el período dictatorial logró en la Argentina. Luego de un debilitamiento estructural del movimiento obrero de la mano de la política de desaparición sistemática de líderes sindicales llevada a cabo por el gobierno de facto, la convertibilidad se demostraría como un aparato más que eficiente para mantener a raya los salarios. Este efecto, sumado al factor disciplinante de las privatizaciones y el consiguiente aumento del desempleo debido al ajuste del Estado y las empresas públicas, partieron al movimiento obrero en dos: los que conservaron el empleo y los que no. A los primeros, el “1 a 1” les permitiría “conocer Disney”, comprarse su casa, su auto, su televisor o su licuadora; para los segundos, el destino último para reingresar en la escena del conflicto distributivo nacional serían los movimientos piqueteros y los movimientos sociales.

Esta forma de ver la inflación implica que la inestabilidad estructural de la moneda argentina es en realidad una expresión de la intensidad de su conflicto distributivo. Más de fondo, el problema del péndulo son los factores que los distintos lados de esa polarización que contemporáneamente llamamos “grieta” utilizan para sostenerlo en uno de sus extremos: deuda externa y/o privatizaciones de un lado; viento de cola y controles de cambio (“cepo”, en términos modernos), del otro. Ambas estrategias no implican cambiar la capacidad productiva del país para satisfacer las aspiraciones económicas de los actores económicos, sino apostar por “sedantes” temporales del conflicto distributivo. Dos momentos de la historia reciente pueden contribuir a clarificar la manera en que funcionan estos sedantes de corto plazo.

¡Que baje el dólar, la puta que lo parió!

Para el año 2008 era claro en Argentina que el conflicto distributivo comenzaba a reaparecer. La crisis internacional de 2008-2009 interrumpiría esta reaparición. Pero luego de la fuerte recuperación económica de los años 2010 y 2011 se desataría una corrida cambiaria. El dólar barato, factor central para entender la victoria aplastante de Cristina Fernández de Kirchner en 2011, comenzaba a encontrar sus limitaciones. Ante esa corrida, el gobierno se enfrentaba a dos opciones: devaluar la moneda y, con esto, redistribuir el ingreso en contra de su propia base electoral, o evitar esa situación mediante el establecimiento de restricciones a la compra de dólares. La opción fue la segunda. El dólar barato se mantuvo hasta 2014, pero a costa de perder unos 20.000 millones de dólares de reservas. La economía y la generación de empleo se estancaron, pero la redistribución producto de la devaluación se pudo evitar. Sin embargo, el estancamiento de la economía implicó que hubiera cada vez menos capacidad productiva para atender las aspiraciones económicas de la población. Como consecuencia, las tasas de inflación de un dígito anual del período 2003-2008 quedaron en el pasado y el país ingresó en un nuevo régimen inflacionario circa 25% anual, es decir, el conflicto distributivo pasó a un estadío superior.

El segundo ejemplo lo constituye la experiencia de Cambiemos. Apenas iniciado su gobierno, Cambiemos produjo una importante redistribución regresiva del ingreso. Los ganadores del modelo 2003-2015 pasarían a ser los perdedores, y viceversa. Entre los principales determinantes de esa redistribución se pueden enumerar:

• La devaluación del 60% de la moneda y la reducción de las retenciones a las exportaciones, que aumentaría la rentabilidad de las exportaciones a costa del incremento en el precio de los alimentos en el mercado interno.

• La suba de tarifas de los servicios públicos, que empeorarían el poder adquisitivo de los salarios para mejorar la rentabilidad de las compañías.

• El aumento de la tasa de interés, que perjudicaría a las compañías que podían financiarse a un costo financiero menor a la inflación y beneficiaría al sistema financiero local e internacional.

Sin embargo, esta redistribución del ingreso no resultó sencilla ni permanente. La resistencia se reflejó en la tasa de inflación, que superó el 40%. Al mismo tiempo, la economía entró en recesión y eso amenazó las chances electorales de un gobierno no peronista cuyo principal desafío político era, en palabras del propio presidente Macri, “ser el primer gobierno no peronista desde la vuelta de la democracia en terminar el mandato”. Para apaciguar el conflicto distributivo, reducir la inflación y, con esto, recuperar el crecimiento, Cambiemos no tuvo otra opción que recurrir al truco del dólar barato. Ese dólar barato se financiaría no ya con viento de cola o restricción a la compra de divisas (puesto que otra de las promesas de campaña había sido “salir del cepo”), sino con endeudamiento externo. El truco funcionaría. Para 2017 la inflación volvería a la “normalidad” del 25%, el crecimiento económico apuntalaría las chances electorales del gobierno y Cambiemos tendría la mejor elección de medio término desde la vuelta de la democracia. El fenómeno del dólar barato como estrategia para calmar el conflicto distributivo tendría una particular y simpática expresión, siendo la primera vez en la historia en que se registraría una manifestación popular para expresarse acerca de la política monetaria del país. En el Mundial de Rusia, con un dólar a $17, miles de argentinos (estimados en más de 30.000 por varios medios de comunicación) podrían ver jugar al mejor jugador del mundo, Lionel Messi, en unas de las ciudades más caras del mundo. Pero los efectos del sedante comenzarían a agotarse apenas comenzada la segunda ronda del Mundial.

En diciembre de 2017, fecha en que miles de argentinos compraban sus paquetes turísticos para el Mundial de Rusia 2018, el dólar cotizaba a $17. Entre fines de junio y principios de julio de 2018, la cotización del dólar había aumentado a $27, es decir, que se produjo una devaluación del peso de 53% en apenas 6 meses. El poder adquisitivo de los argentinos en Rusia había caído a la mitad. Y, en consecuencia, el cántico más difundido entre los argentinos no fue “Vamos vamos Argentina”, sino el histórico “¡Que baje el dólar, la puta que lo parió!”. El conflicto distributivo volvía al centro de la escena. El endeudamiento de Cambiemos para sedar el conflicto distributivo llegaría a su límite. La deuda externa no financiaba un incremento de las capacidades productivas del país, sino, entre tantas otras cosas, la ida al Mundial de unos miles de argentinos que no solo volverían desilusionados con el seleccionado argentino, sino (y tal vez más importante) con el trago amargo de saber que la etapa del dólar barato había llegado a su fin.

La dinámica de una economía polarizada

Existe una relación de retroalimentación entre la polarización o la grieta, la economía, el conflicto distributivo y la inflación que es la clave para entender las diatribas de la economía argentina. Cada uno de los polos políticos se identifica con ciertas aspiraciones económicas. Los trabajadores, los movimientos sociales y las pequeñas y medianas empresas, están del lado "nacional y popular" de la grieta. El campo, el capital internacional y el capital financiero, están del lado "republicano". Aumentos de salarios, derechos sociales y subsidios de un lado. Baja de retenciones, reforma laboral y aumento de la tasa de interés del otro. Pero existe una política que cruza la grieta, puesto que permite ampliar los horizontes electorales: el dólar barato. Con el dólar barato ganan casi todos casi siempre.

La dinámica del péndulo o de la polarización se retroalimenta, tanto en el aspecto político como en el económico. En el económico, ha sido analizada en extenso por los autores ya enumerados. El lado "republicano" de la grieta suele desplazar la restricción externa, esto es, la falta de dólares, para financiar el crecimiento económico mediante el endeudamiento externo. La afluencia de dólares no solo ayuda a financiar el crecimiento, sino, más importante aún, a calmar el dólar y con esto, la inflación, el conflicto distributivo. Inicialmente ese crecimiento permite una dinámica de tipo win-win: mientras que la estabilidad y la baja del dólar permite mejorar la distribución del ingreso, el crecimiento de la economía juega a favor tanto del capital como del trabajo. Más producción y más empleo con una determinada distribución del ingreso son el sedante que se compra con dólares prestados. Sin embargo, generalmente esta política no permite aumentar las capacidades productivas de la economía. El dólar barato perjudica las posibilidades de exportación de la industria, que pierde terreno a manos de las importaciones. Mientras eso pasa, la euforia cortoplacista tapa el conflicto distributivo. El "déme dos", la "plata dulce" o el Mundial de Rusia son solo ejemplos de tales dinámicas. Cuando la fiesta se termina, la escasez de dólares deriva en una devaluación que materializa lo que el sedante había tapado por un tiempo: que las aspiraciones económicas de los distintos actores sociales no son compatibles con las capacidades productivas de la economía. Para decirlo sin rodeos: la plata, y sobre todo los dólares, no alcanzan para todos.

El lado "populista" de la grieta suele operar de manera algo diferente, pero con

igual resultado. Por lo general el objetivo de mejorar la distribución del ingreso es declarado explícitamente. Favorecer el trabajo sobre el capital, la producción sobre la especulación y, muchas veces, la industria sobre el campo. Pero, para lograrlo, no se pueden cambiar las leyes de la economía: es necesario conseguir dólares para financiar el crecimiento. Sin embargo, los proyectos populares no suelen contar con el beneplácito de los mercados financieros internacionales y es por esa razón que la alternativa del endeudamiento externo suele estar vedada. Para suplir esta carencia, a lo largo de la historia argentina aparecen diversas alternativas: controlar el ingreso de importaciones, no solo para ahorrar dólares sino para promover el crecimiento de la industria local vía sustitución de importaciones; recurrir a la inversión extranjera directa; aprovechar los buenos momentos de los precios internacionales; o más recientemente, limitar los usos "no productivos" de los dólares mediante la regulación de la cantidad que personas y empresas pueden comprar con motivos financieros (el "cepo").

Este tipo de política suele dar resultados robustos en el corto plazo. Los niveles de consumo aumentan y la producción local también. Pero el sostenimiento de las mejoras en la distribución del ingreso y el mantenimiento a raya de la inflación dependen crucialmente de la estabilidad del dólar. Para eso, el proceso requiere necesariamente un dólar barato o una variación de lo anterior: que el dólar se vaya abaratando, tal como ocurrió con la salida de la convertibilidad entre 2003 y 2008. Sin embargo, ese abaratamiento del dólar se topa con el mismo inconveniente que afecta al lado conservador del péndulo. Más temprano que tarde, la escasez de dólares termina en una devaluación que vuelve a poner al país en una situación distributiva que no conforma a casi nadie. Y esa disconformidad permite que el péndulo económico vuelva a moverse en el sentido contrario, al tiempo que la política entra en clave de polarización.

Lo anterior nos lleva a una pregunta particularmente importante para la actualidad: ¿puede resolverse la inflación estructural que afecta a Argentina desde 2010 en el marco de la polarización política que alimenta y se retroalimenta del péndulo económico? Revisando la historia reciente, las últimas dos situaciones en que el país logró mantener a raya la inflación, es decir, el conflicto distributivo, y esto redundó en una expansión económica estuvieron caracterizadas por el antónimo de la polarización política: la hegemonía, en el sentido más básico del término. Los dos momentos son la convertibilidad implementada por Menem en 1991 en el marco de un radicalismo absolutamente destruido por el Pacto de Olivos, la crisis económica de Alfonsín y el resultado electoral; y, por otro lado, el crecimiento económico con baja inflación del

gobierno de Néstor Kirchner, caracterizado por la crisis político-institucional de 2001-2002 que no solo consumiría a cinco presidentes en once días, sino que, nuevamente, encontraría a un peronismo sin oposición, dada la debacle del radicalismo a posteriori del estallido económico del gobierno de De la Rúa.

Pero ¿por qué la hegemonía es determinante a la hora de bajar la inflación? Existen básicamente dos razones, conectadas entre sí. En primer lugar, la hegemonía permite que el gobierno de turno se arriesgue a bajar la inflación. En general los programas de estabilización y baja de la inflación no están libres de "efectos secundarios" y, paradójicamente, en el corto plazo suelen aumentarla antes que bajarla. La polarización implica muy bajos incentivos para arriesgar con un plan económico de este tipo, puesto que la sola posibilidad de fracaso implica que el otro polo aumente sus chances de volver al gobierno. En segundo lugar, la hegemonía implica la derrota del otro polo y, con esto, que sus representados pierdan la representación política de sus intereses, lo cual debilita el conflicto distributivo puesto que cancela políticamente a algunos actores de esa discusión. Aterrada por la inflación, la sociedad argentina aceptaría las reformas estructurales y la distribución del ingreso resultante del "1 a 1". Golpeada por el estallido de la convertibilidad, los ganadores de ese modelo pasarían a ser los perdedores y mirarían con "la ñata contra el vidrio" cómo la distribución del ingreso se sesgaba a favor de los trabajadores y los desocupados. Sin embargo, a medida que la polarización en Argentina comenzó a crecer a partir del conflicto (distributivo) de la Resolución 125, cambiar la distribución del ingreso ya no sería tan fácil. En ocasión de su último discurso en la apertura de las sesiones ordinarias del Congreso en el año 2015, la entonces presidente Cristina Fernández de Kirchner diría: "Yo no dejo un país cómodo para los dirigentes, yo dejo un país cómodo para la gente [...] Va a ser incómodo sobre todo si le piensan sacar derechos que ha ganado la gente [...] Si, por ejemplo, se quiere privatizar nuevamente Aerolíneas Argentinas, YPF, si por ejemplo se le van a negar a los jubilados los dos aumentos anuales [...], que los trabajadores puedan libremente pactar sus salarios [...] Claro que va a ser un país no cómodo para los dirigentes políticos, sobre todo para aquellos que quieren cambiar tantas cosas".

La frase sería ciertamente premonitoria. Cada cambio propuesto por el nuevo gobierno de Macri enfrentaría una altísima conflictividad política y social. Y esa conflictividad terminaría reflejándose en la dinámica de la inflación, que solo bajaría de cara a las elecciones de medio término, donde el gobierno buscaría apaciguar el conflicto distributivo para maximizar sus chances electorales. Una

forma de resumir los problemas con el modelo económico de Cambiemos sería concluir que la distribución del ingreso implícita en ese programa económico no fue aceptada, no solo por la sociedad, sino por la principal fuerza de la oposición. Así, una de las medidas más claras que buscaron cambiar sustantivamente la distribución del ingreso, como lo fue la reforma jubilatoria que buscó Cambiemos luego del triunfo electoral de medio término, no solo encontró resistencia política en el Congreso sino de muchas organizaciones políticas en la calle. Cambiemos llegó a argumentar que la reforma jubilatoria que buscaba no pudo concretarse porque le arrojaron "catorce toneladas de piedras". Cambiemos experimentó la imposibilidad de modificar sustantivamente la distribución del ingreso en ausencia de hegemonía política.

Pero la interacción entre conflicto distributivo, inflación y polarización política reciente tiene algunos años más de historia. En nuestra interpretación, ese conflicto distributivo aumentó de temperatura, y con eso la inflación, a partir de la crisis de la Resolución 125. En ese conflicto con "el campo", el kirchnerismo buscaría modificar la distribución del ingreso que emergía del ciclo alcista de los precios de las materias primas. Cuando el conflicto llegó a su máximo nivel, la entonces presidenta recomendó algo muy concreto a los opositores a esa redistribución del ingreso: "Armen un partido y ganen las elecciones". Pues bien, los opositores así lo hicieron. Armaron un partido, Cambiemos. Y ganaron las elecciones en 2015. Y su primera medida fue bajar las retenciones. Sin embargo, la inconsistencia del modelo económico de Cambiemos, y la resistencia social y política a la redistribución del ingreso que venía a proponer el "cambio", implicaron que la polarización llegara a su punto máximo en la elección de 2019 y el péndulo volviera a moverse en la dirección contraria. Pandemia de por medio, no obstante, el Frente de Todos no lograría imponer la distribución del ingreso deseada por esa coalición y, por consiguiente, la inflación volvería a tomar temperatura.

Estas líneas se terminan de escribir luego de las elecciones primarias de septiembre de 2021. En esas elecciones, el oficialismo del Frente de Todos perdió ante Cambiemos, a solo dos años de una contundente victoria en contra de ese mismo adversario. El resultado electoral parecería indicar que el péndulo volverá a moverse en la dirección contraria, pero no como resultado de una nueva hegemonía, sino como una fatídica consolidación de la polarización política. Proyectar es particularmente complejo para los economistas, sobre todo si se trata de proyectar el futuro… Pero de algo podemos estar seguros. Existen solo dos chances de reducir la inflación y poner a la economía argentina en un

sendero de expansión económica que tanto se le niega al país desde 2012. La primera es la forma tortuosa: que un estallido económico determine una nueva etapa de hegemonía para alguno de los dos polos. La segunda, es la forma armónica: un acuerdo político que permita encontrar una distribución del ingreso que contente a los dos polos de la grieta. Sin embargo, la razón de la grieta ¿no es justamente el desacuerdo sobre la distribución ingreso?

▪

1- Raúl Prebisch, El desarrollo económico de la América Latina y algunos de sus principales problemas, CEPAL, Santiago de Chile, 1949.

2- Oscar Braun y Leonardo Joy, "Un modelo de estancamiento económico - Estudio de caso sobre la economía argentina", Desarrollo Económico, Vol. XX, N° 80, 1968, pp. 585-694.

3- Pablo Gerchunoff y Martín Rapetti, La economía argentina y su conflicto distributivo estructural (1930-2015), El Trimestre Económico, pp. 225-272, 2016.

Pablo Gerchunoff, Martín Rapetti y Gonzalo de León, "La paradoja populista", Desarrollo Económico, Vol. VIX, N° 299, pp. 299-328, 2020.

4- Julián Norberto Zícari, "Explicaciones a la inestabilidad crónica argentina: desbalances económicos, conflictos sociopolíticos y disputas representacionales", Realidad Económica, N° 341, Año 51, pp. 67-112, 2021.

5- Matías Vernengo, "Money and Inflation: A Taxonomy. University of Utah, Department of Economics", Working Paper Series, N° 2005-2014, 2001.

6- Chantal Mouffe, On The Political, Routledge, 2005.

7- Milton Friedman, “The Role of Monetary Policy. The Optimum Quantity of Money and Other Essays”, University Press, Chicago, 1968.

8- Alejandra Mizala y Pilar Romaguera, “La legislación laboral y el mercado del trabajo: 1975-2000” en Ricardo French-Davis y Bárbara Stallings (eds), Reformas, crecimiento y políticas sociales en Chile desde 1973, CEPAL, 2001.

9- Véanse, entre otros: Carlos Díaz-Alejandro, “A Note on the Impact of Devaluation and the Redistributive Effect, Journal of Political Economy”, Vol. LXXI, pp. 557-580, 1963; Carlos Días Alejandro, “Devaluación de la tasa de cambio en un país semi-industrializado. La experiencia argentina 1955-1961”, Instituo Di Tella, Buenos Aires, 1969; Richard Mallon y Juan Sourrouille, La política económica de una sociedad conflictiva: el caso argentino, Amarrortu Editores, Buenos Aires, 1973 y Julio Olivera, “Equilibrio social, equilibrio de mercado e inflación estructural”, Desarrollo Económico, Vol. XXX, N° 120, pp. 487-493, 1991.

Cuando la grieta derrama desde arriba. Bicoalicionismo y competencia política polarizada en Argentina. (1)

Facundo Cruz

La competencia electoral argentina ha tenido sus vaivenes, sus ciclos, sus etapas. Como cualquier proceso que depende de la voluntad, estrategia, aciertos y errores de sus actores, lo cual hace que haya evolución, involución y dinamismo en la disputa por el poder político. Lo estático no se lleva bien con la política partidaria: los actores que dominan la competencia se ubican en el espacio, saltan, se acomodan, se juntan y se pelean dependiendo de una combinación de factores coyunturales de corto plazo con otros estructurales de más larga data.

En este ida y vuelta que generan los dirigentes con sus partidos se forma lo que en ciencia política llamamos un sistema de partidos. Es decir, un conjunto de pautas de convivencia, cooperación, conflicto y competencia entre actores que se reconocen mutuamente como representantes de intereses y voluntades ciudadanas. Todo sistema tiene sus partes componentes y relaciones entre ellas, que dan forma y dinámica a, en este caso, la competencia por el poder político. Las cuales son, en definitiva, bancas en el Congreso de la Nación y sillones, como el de Rivadavia en la Casa Rosada. Esa dinámica de relaciones competitivas y cooperativas puede tener una intensidad alta o bien más moderada: la llamamos polarización política. Este capítulo tiene por objeto contribuir al entendimiento de ese fenómeno en Argentina desde dos lugares. El primero es plantear que el ordenamiento de la competencia electoral vino de la mano con un aumento cada vez mayor de la grieta, yendo a contramano del conocimiento generalizado en la ciencia política. El segundo, es encontrar los factores políticos e institucionales que contribuyeron a que eso ocurriera.

El recorrido que propongo es el siguiente. Primero voy a plantear algunas nociones conceptuales básicas en torno a polarización, competencia electoral y

sistema de partidos. Segundo, quiero sintetizar las etapas del sistema partidario argentino desde el retorno a la democracia en 1983, para dar cuenta de los procesos de cambio y modificación que sufrió en sus características. Tercero, abordaré una nueva etapa, la actual, caracterizada por un formato de competencia específico: el bicoalicionismo polarizado. Es en esta etapa donde se pone de manifiesto el nivel de alta intensidad en la disputa entre distintos actores partidarios. Cuarto, mencionaré brevemente el rol que ejerció la construcción de coaliciones electorales en ese proceso de estabilización de la competencia política. Al finalizar, esbozaré algunas conclusiones tentativas en clave comparada latinoamericana y vaticinaré sobre el posible porvenir de la dinámica competitiva argentina.

Caja de herramientas para estudiar la competencia política

Los estudios sobre sistemas de partidos han producido una vasta literatura sobre el tema. (2) Todo sistema político democrático se apoya sobre la posibilidad ciudadana de elegir a sus representantes, los cuales se agrupan en partidos políticos y compiten por los cargos en juego de acuerdo a determinadas pautas legales definidas por ellos mismos. Este proceso que asumimos como natural implica un mecanismo conector que nuclea al sistema electoral (conjunto de reglas que definen el acceso al poder) con el sistema de partidos (patrones de competencia y colaboración entre actores partidarios) y el sistema de gobierno (conjunto de instituciones a través de las cuales se toman decisiones con impacto público). El funcionamiento aceitado de esta cadena da vida al sistema político que nos gobierna diariamente. Es algo que se suele activar en períodos electorales y a lo que prestamos atención cada dos o cuatro años, pero que siempre está ahí.

Numerosos autores han contribuido a la comprensión del funcionamiento de los sistemas de partidos. Quiero resaltar los principales aportes para distinguir entre la cantidad de actores que tiene un sistema y la forma de relacionarse que tienen entre sí. Anthony Downs (3) dio inicio a los estudios sobre análisis espacial al considerar que los actores partidarios se ubican en el espacio político, asumiendo posiciones en torno a distintas cuestiones que inciden, marcan y dan forma a los asuntos públicos. Existen tantas dimensiones de debate político como temas

aborden los partidos políticos, permitiendo a los electores identificar las posturas políticas de cada uno. La toma de postura sobre cada asunto opera así como un parámetro para determinar en qué medida están más o menos de acuerdo en torno a cada decisión que debe ser adoptada en un marco institucional determinado. Un menor grado de acuerdo implica una mayor distancia en el espacio político, mientras que un mayor consenso incide en una mayor cercanía.

A partir de esas premisas, Giovanni Sartori (4) tomó la posta para clasificar la competencia por el poder político en torno a dos ejes combinados. Por un lado, se refirió a la mecánica de la competencia a partir de la concepción espacial de Downs. Si los partidos se posicionan en torno a distintos temas, entonces podemos evaluar en qué medida hay polarización o acuerdo en torno a esas cuestiones. Eso puede determinarse a partir de la distancia ideológica que tienen los actores de un sistema determinado. Coincidiendo con su antecesor, Sartori planteó que mientras mayor esa distancia, mayores las diferencias y, consecuentemente, más centrífuga la competencia política: esto significa que tiende más hacia las posturas extremas y polares. En cambio, la cercanía implica mayores coincidencias y posibilidades de consenso entre dirigentes políticos, lo que redunda en una competencia más centrípeta, donde todos los actores viran hacia el centro para encontrar puntos de contacto. Mientras que el primer patrón de desacuerdos permite clasificar a los sistemas de partidos como polarizados, el segundo los define como consensuales.

Por otro lado, Sartori también consideró el formato, es decir, la cantidad de partidos políticos que dan forma a un sistema partidario determinado. Mientras mayor cantidad de partidos existan en la competencia por el poder político, se infiere que más diversas son las posturas en torno a los distintos temas de discusión política. Los sistemas con muchos partidos son altamente fragmentados, mientras que aquellos que tienen pocos partidos importantes presentan una baja fragmentación. Para eso, el autor italiano estableció criterios de contabilidad en torno a cuántos son, efectivamente, los partidos políticos importantes. Pasando de sistemas de un solo partido (único y hegemónico), donde el nivel de competencia sistémica tiende a ser más bien bajo o nulo, a sistemas más competitivos que van desde el predominante (uno domina y el resto acompaña), el bipartidismo (dos partidos igual de importantes), el pluralismo moderado (tres a cinco partidos) y el pluralismo polarizado (más de cinco partidos relevantes). Al cruzar las dos dimensiones de análisis, mecánica (grado de polarización ideológica) y formato (cantidad de partidos importantes), el autor construyó una tipología de sistema de partidos que contribuye a

caracterizar cómo y de qué manera los dirigentes disputan poder político. De esta tipología, quiero quedarme con el bipartidismo, dado que los planteos teóricos que realizó son útiles para analizar posteriormente el caso argentino. En su concepción, todo sistema bipartidista tiende naturalmente hacia el centro de la disputa política dado que cada uno de los dos actores relevantes se ubica en alguno de los polos ideológicos del espectro, que generalmente asociamos a la izquierda y la derecha. Esto es posible dado que el centro de esa dimensión queda vacío sin que ningún actor político relevante ocupe el espacio, lo cual lleva a los dos partidos dominantes a encontrar ciertos puntos de consenso y acuerdo básico a la hora de tomar decisiones públicas. De esta manera, todo bipartidismo implicaría una competencia centrípeta y, consecuentemente, un bajo grado de polarización entre dirigentes. O, más bien, un grado aceptable.

Pero la historia no termina acá. Sartori también alertó que es posible encontrar casos determinados de funcionamiento de sistemas partidarios que no siguen esa lógica y, como consecuencia de la disputa entre elites, habría pocos puntos de consenso y se polarizaría la disputa política. En esta dirección, los partidos políticos tomarían posturas públicas muy alejadas entre sí, y no quedaría espacio para acuerdos básicos. El autor consideró que en aquellos casos en que esta situación se haga latente estaríamos ante la presencia de un bipartidismo disfuncional. Al respecto, el caso argentino, que abordaré en detalle más adelante, permite contemplar que no hay un mal funcionamiento de la dinámica competitiva sino todo lo contrario: es posible encontrar orden y regularidad con polarización alta. Esta decisión, claro, no es suicida en términos políticos: toda polarización ideológica a nivel de elites tiene su correlato en la ciudadanía y el electorado, dado que las posturas públicas asumidas se adoptan considerando el apoyo electoral de distintos sectores sociales que permita maximizar los beneficios y recursos políticos adquiridos. En definitiva, todos los actores partidarios se comportan de manera racional. (5)

Quiero resaltar una cuestión más en torno a la polarización política para poder, posteriormente, avanzar con las etapas del sistema partidario argentino. En un número especial reciente publicado en la revista Más Poder Local, coordinado por Ismael Crespo Martínez y Juan José García Escribano, distintos autores abordaron el fenómeno de la brecha política en España. Me pareció muy interesante el capítulo teórico introductorio, que permite ordenar el campo conceptual (6) y que, si bien sus autores lo enfocan desde la dimensión del elector en términos teóricos, creo que también puede ser aplicado desde la dimensión de la dirigencia política y de los actores partidarios. Los autores

plantean una combinación secuencial de fenómenos que llevan a lo que hoy denominamos polarización alta. En primer lugar, la presencia de un partidismo negativo muy marcado, lo cual implica que la dirigencia de un partido no ve a los dirigentes de otros partidos como actores susceptibles de encontrar puntos de consenso. Eso lleva a una segunda instancia donde se produce una brecha de percepción, que consiste en una distorsión muy marcada sobre las opiniones y los valores que tienen los partidos políticos entre sí. De esta manera, cada actor se autoconstruye cosmovisiones sobre sus rivales que no se ajustan a la realmente existente. Así se llega a la tercera instancia de la secuencia, la brecha de polarización, la cual se da en una doble dimensión ideológica (la conjunción de ideas y valores sin puntos de contacto en común) y afectiva (la sensación profunda de animadversión y desconfianza constante en el trabajo político colaborativo con los rivales).

Definida la caja de herramientas conceptual para entender los sistemas de partidos, quiero describir brevemente las cuatro etapas de la competencia política argentina para dar pie, posteriormente, a la actual y quinta: el bicoalicionismo que, para tentar a la teoría, es polarizado.

Orden y desorden de los actores políticos en el sistema entre 1983 y 2011

Si bien este capítulo se centra en el período reciente de competencia política en Argentina, quiero abordar las fases previas del sistema partidario para poder considerar el derrotero de su evolución como un factor diferencial para el presente. En este sentido, distingo cuatro etapas (7) desde 1983 hasta los años posteriores a las elecciones generales de 2011. La primera cubrió el período desde el retorno a la democracia en 1983 y se extendió hasta los primeros años de la década del noventa. Durante estos años, tanto el Partido Justicialista (PJ) como la Unión Cívica Radical (UCR) dominaron el escenario partidario nacional y los provinciales, alcanzaron conjuntamente altas proporciones de votos y se repartieron los principales cargos en juego (ejecutivos y legislativos de todos los niveles del sistema). El regreso de las elecciones como mecanismo de disputa democrática por el poder político hizo resurgir las divisiones tradicionales a las que estaba acostumbrada Argentina desde mediados de los años cuarenta. Tanto

radicales como peronistas renacieron como partidos políticos sólidos, vitales, con estructura, dirigentes y militantes. El predominio que habían tenido en los momentos democráticos que vivió nuestro sistema político afloró como si nunca hubiera desaparecido. Esta vitalidad llevó a que el sistema partidario argentino adoptara un formato marcadamente bipartidista, nacionalizado, (8) estable y sólido. La disputa política estuvo ordenada en torno a estos grandes actores, posicionados ideológicamente en el espacio y con las tradicionales diferencias entre sí, pero con una novedad no menor: tanto radicales como peronistas coincidieron en la necesidad de fortalecer el funcionamiento del sistema político en términos democráticos, como mostraron los sucesos de Semana Santa de 1987 y los posteriores levantamientos carapintadas. En este sentido, el nivel de polarización política entre dirigentes se asemejó al de los pocos momentos de civilización política vigentes entre 1945 y 1983. Se replicó, así, la misma grieta política en torno a la cual se estructuró tradicionalmente la política argentina: oficialistas (UCR, en este período) versus opositores (PJ).

Una segunda etapa comenzó con las elecciones legislativas de 1991 hasta el triunfo de la Alianza en las elecciones de 1997/1999. Durante este período se produjo un leve aumento en la fragmentación del sistema partidario y la aparición temprana de nuevos actores (MODIN, Frente Grande/FREPASO), sumado a la consolidación de partidos provinciales (Movimiento Popular Neuquino -MPN-, Partido Bloquista en San Juan, Fuerza Republicana en Tucumán, por mencionar algunos). Este crecimiento en la fragmentación partidaria solo se manifestó, sin embargo, en unas pocas provincias argentinas, (9) lo que generó un avance importante hacia la fragmentación de la competencia en algunos distritos pero la comprimió en otros. Durante este período, el peronismo, en la figura y liderazgo presidencial de Carlos Saúl Menem, dominó una de las parcialidades del espectro político, mientras la opuesta estuvo ocupada por distintas fuerzas que se concentraron más en disputar entre sí el cartel de oposición al mismo tiempo que enfrentaron al gobierno de turno: principalmente el Frente Grande/FREPASO y la UCR. En esta fase, el aumento parcial de la fragmentación en algunos distritos, el crecimiento de fuerzas provinciales y de nuevos actores partidarios, sumado a una disputa al interior del espacio opositor, moderaron levemente el impulso polarizador de la etapa anterior. Al respecto, la Reforma Constitucional de 1994 marcó un hito que no hubiera sido posible cumplir si la tensión entre los principales dirigentes políticos hubiera sido tan alta.

A mediados de la década del noventa inició la corta tercera etapa del sistema

partidario argentino, que abarcó los años que cubren el surgimiento, auge y caída de la Alianza. Durante este período, la dinámica competitiva adquirió componentes bipolares, similares a los que caracterizaron el bipartidismo peronista-radical de la década del ochenta, lo cual moderó transitoriamente el impulso hacia la fragmentación que se había iniciado en la etapa anterior. Este período fue caracterizado por Ernesto Calvo y Marcelo Escolar (10) como "la ilusión de la Alianza", en tanto la construcción de la coalición electoral solo dilató (transitoriamente) un proceso de transformación del sistema partidario que ya estaba mostrando las primeras señales de desnacionalización y "territorialización" de la competencia partidaria. En esta tercera etapa la competencia partidaria se tornó abierta e impredecible, como bien explican Juan Manuel Abal Medina y Julieta Suárez Cao, (11) y la polarización alta volvió a marcar la pauta competitiva entre la Alianza y el peronismo. Este nivel de intensidad fue posible a partir del ordenamiento del campo opositor en una coalición unificada, situación que no se había vivido promediando la década del noventa, cuando los actores partidarios no oficialistas compitieron tanto entre sí como con el gobierno peronista de turno por los espacios de poder.

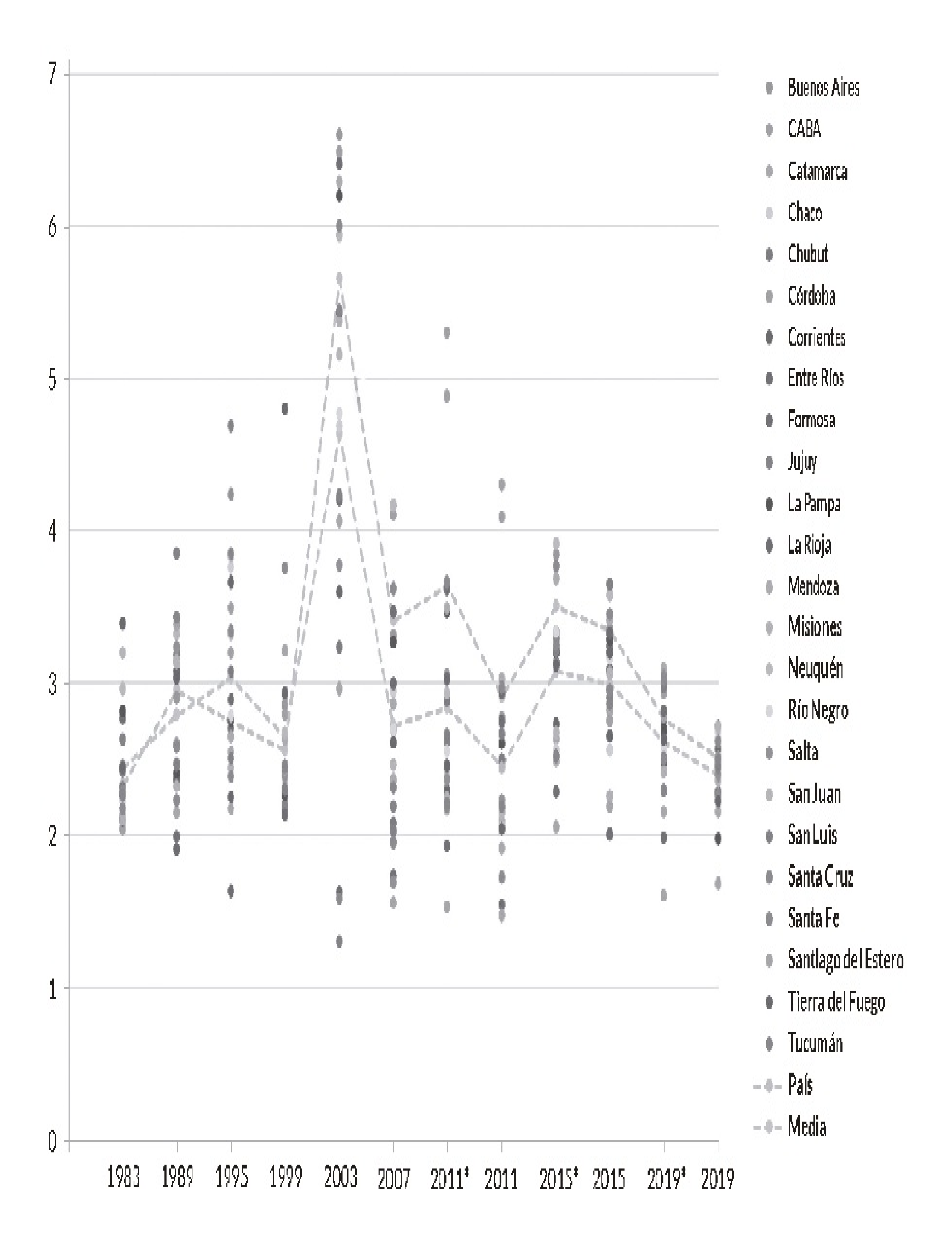
La cuarta etapa del sistema partidario argentino arrancó con la caída del gobierno de la Alianza a finales de 2001 y se extendió hasta las elecciones nacionales de 2011 inclusive. En dicha etapa el fenómeno de la desnacionalización se hizo mucho más marcado, no solo por las diferencias entre los patrones de competencia nacional y provincial, sino por la creciente variación en las dinámicas competitivas de cada uno de los distritos. La principal atracción para los partidos políticos pasó, así, a ser el nivel provincial, a tal punto que 1) estos distritos se convirtieron en la base de poder político de los partidos políticos, 2) los caudillos provinciales administraron el acceso de cargos públicos y los mecanismos de financiamiento, y 3) fueron quienes impulsaron la construcción de coaliciones electorales nacionales. En otras palabras, el sistema partidario argentino se desestructuró en un desorden sin organización, siendo las provincias argentinas los centros de poder desde los cuales se construyeron coaliciones, candidaturas y figuras dirigenciales de peso. En esta etapa, es difícil hablar de una alta polarización política a nivel dirigencial por dos razones. (12) En primer lugar, porque la fragmentación de la competencia electoral aumentó notablemente en estos años y lo hizo de manera diferenciada en las distintas provincias. Argentina pasó de un sistema ordenado en torno a dos polos (sean partidos o coaliciones) a uno con muchos polos y todos distintos entre sí. En segundo lugar, porque uno de esos polos se centró en el gobierno nacional del período, el Frente para la Victoria, que dominó la política desde las elecciones de

2003, que normalizaron la vida política argentina, hasta su derrota en las presidenciales de 2015. Frente a esta coalición peronista bajo el liderazgo de Néstor Kirchner, primero, y Cristina Fernández de Kirchner, después, no existió una construcción política opositora que nucleara al electorado en torno a una oferta ordenada y estructurada. En este sentido, la cuarta etapa del sistema partidario argentino se parece a la segunda del período comprendido entre 1991 y 1997, pero de manera mucho más visible y palpable. Esta fase de competencia política, si bien más larga que la primera, encontró un punto de ordenamiento a partir de la construcción de coaliciones electorales, estrategia dominante de la dirigencia política para competir por los principales cargos en juego.

La quinta etapa del bicoalicionismo polarizado

El derrotero de la competencia política en Argentina, sin embargo, no terminó ahí. A partir de las elecciones de 2015, con una combinación de incentivos institucionales y decisiones estratégicas de los principales líderes partidarios, se abrió una quinta etapa de bicoalicionismo polarizado. Antes de comenzar a caracterizarla, es importante precisar con datos las fases anteriores y la nueva que se abrió en el período vigente. El Gráfico N° 1, que figura a continuación, indica los valores de Número Efectivo de Partidos (NEP) (13) para el cargo presidencial en cada una de las provincias argentinas, junto al promedio interprovincial y el nivel nacional agregado desde 1983 hasta 2019. Con este dato podemos evaluar en qué medida la competencia política está fragmentada (indicador alto) o concentrada en unas pocas opciones (indicador bajo).

Gráfico N° 1. NEP presidencial a nivel nacional y provincial, 1983-2019.


7
6
5
4
3
2
1
0
1983
1989
1995
1999
2003
2007
2011*
2011
2015*
2015
2019*
2019
Buenos Aires
CABA
Catamarca
Chaco
Chubut
Córdoba
Corrientes
Entre Ríos
Formosa
Jujuy
La Pampa
La Rioja
Mendoza
Misiones
Neuquén
Río Negro
Salta
San Juan
San Luis
Santa Cruz
Santa Fe
Santiago del Estero
Tierra del Fuego
Tucumán
País
Media

Fuente: elaboración propia en base a Andy Tow (http://www.andytow.com/blog/) y Calvo y Escolar (2005). Los años indicados con * corresponden a elecciones PASO.

Las cuatro etapas descriptas en el apartado anterior aparecen con claridad. Mientras que entre 1983 y 1991 las provincias (simbolizadas por cada punto del gráfico) aparecen todas más juntas con valores similares y bajos de fragmentación (medida en el eje vertical), el período 1991-1997 muestra una mayor separación entre ellas con algunas más fragmentadas y otras menos. La “ilusión de la Alianza” se ve claramente en la compresión presidencial que se da entre 1999 y 2003, año a partir del cual el sistema partidario argentino implosiona. Tal como se desprende del análisis de los datos, la crisis política, social, institucional y económica de 2001, junto con la caída de la Alianza como coalición de gobierno, produjo un impacto diferencial en la fragmentación partidaria provincial para el cargo presidencial. La categoría electoral elegida no es un tema menor: la votación por la Presidencia de la Nación implica la construcción de acuerdos y candidaturas que buscan obtener apoyo homogéneo en todo el país para poder acceder al gobierno. Una fragmentación muy alta y muy diferenciada en todos los distritos es indicador de un sistema muy desordenado y desestructurado, mientras que un valor más bien bajo y similar en cada provincia es símbolo de estabilidad en torno a dos polos bien armados.

Durante el período de mayor territorialización de la política, cada provincia argentina adquirió una dinámica competitiva particular y única. Tal como indiqué anteriormente, mientras que en algunas provincias el formato de competencia se mantuvo o, incluso, se redujo, en otras aumentó con el correr de los años. Paralelamente, los partidos políticos que compitieron en un distrito no necesariamente tuvieron presencia en todos o, incluso, en otros pocos. La evolución del sistema partidario argentino produjo un impacto en las estrategias electorales de los dos partidos mayoritarios (PJ y UCR), los cuales tuvieron desempeños electorales disímiles en la última década y media. El peronismo se convirtió en un conjunto de acuerdos circunstanciales de líderes provinciales donde las coaliciones electorales nacionales dependieron del apoyo o rechazo de dirigentes provinciales, generalmente gobernadores. Este bajo nivel de integración partidaria en el PJ llevó a que se presentaran varias coaliciones

electorales para competir por la presidencia, cada una de las cuales construyó distintos acuerdos interpartidarios con dirigentes, gobernadores, legisladores y funcionarios. (14) La fortaleza o debilidad de esas coaliciones dependió, mayormente, de los alineamientos al interior del partido. La UCR, por su parte, tuvo en este período de fragmentación diferenciada serias dificultades para construir una única coalición presidencial con posterioridad a la crisis de 2001 y la caída del gobierno de la Alianza. (15) Su espacio de supervivencia institucional pasó a ser un conjunto reducido de gobiernos provinciales que supo conservar, al igual que un mínimo de bancas en la Cámara de Diputados y el Senado favorecido por la representación territorial del sistema electoral argentino. Sin embargo, su suerte fue escasa cuando intentó desafiar a un PJ unificado en distintos distritos del país.

De esta manera, la desnacionalización partidaria no solo impactó en la dinámica competitiva de cada sistema provincial, sino que también impactó en las estrategias de los principales partidos nacionales. De acuerdo con la provincia que uno decida observar, encontrará distintas relaciones de fuerza entre el PJ y la UCR, al igual que distintos "tipos" de peronismo y radicalismo dependiendo del nivel de cohesión y unidad partidaria que caracterice a cada caso. Esta disimilitud en el desempeño electoral y la vida interna de los dos principales partidos políticos nacionales impactó sin dudas en la construcción de coaliciones electorales en ambos niveles (nacional y subnacional) del sistema político. En paralelo, las provincias "urbanas" fueron testigos de la aparición de nuevos partidos políticos (Acción por la República, RECREAR, PRO y ARI, por mencionar algunos), generalmente asociados a liderazgos carismáticos que aprovecharon las ventajas de los medios masivos de comunicación y de electorados más "volátiles". Estos nuevos partidos se encontraron ante una disyuntiva en lo que a la construcción de su estructura se refiere. Ante un calendario electoral exigente, con elecciones celebradas cada dos años, enfrentaron serias dificultades para extender sus organizaciones partidarias desde los centros urbanos hacia el resto de los distritos del país. Generalmente la estrategia privilegiada por estos nuevos partidos fue la de construir coaliciones electorales con desprendimientos dirigenciales de los partidos mayoritarios y nacionales (PJ y UCR). El resultado de esas coaliciones, sin embargo, alternó entre el fracaso y el éxito: el primero lo muestra el caso de la Alianza (Frente Grande/FREPASO, UCR y, posteriormente, APR), mientras que en el segundo se enrola Cambiemos.

Este proceso de desestructuración, sin embargo, estuvo marcado por un detalle

alentador: el aprendizaje de los dirigentes partidarios. Los resultados de las distintas elecciones presidenciales y legislativas abrieron la puerta para competir en el marco de coaliciones electorales amplias para disputar el poder político. En paralelo, se produjo una modificación del sistema electoral que reforzó ese proceso de cambio en las estrategias electorales, como fue la adopción de las Primarias Abiertas, Simultáneas y Obligatorias (PASO) a partir de las elecciones generales de 2011. El reordenamiento de la competencia vino con las PASO, apareció tenuemente a partir de su primera implementación en 2011-2013 y se consolidó en el período 2015-2019. En este sentido, pasamos de un período post 2001 abierto e impredecible a uno cerrado y predecible anclado en dos grandes coaliciones que agruparon a la mayoría del electorado nacional y se distribuyeron los principales cargos del país (presidencia, legislativos nacionales y gobernaciones). Esta nueva etapa de bicoalicionismo polarizado (16) contribuyó a la renacionalización y el reequilibrio del sistema partidario, con posterioridad a la fuerte territorialización que vivimos en la primera década del siglo XXI; la estabilidad actual no vino de la mano de los partidos políticos sino de las coaliciones. Este proceso se ve en el gráfico anterior, con una menor dispersión entre los distritos y en las dos líneas de tendencia, como son la media interprovincial (Media) y el nivel nacional agregado (País). Actualmente las provincias se parecen todas un poco más en el comportamiento electoral por el cargo presidencial: todos los puntitos juntos, todos votamos más o menos parecido. Incluso más que en el oasis bipartidista entre 1983 y 1989. Las últimas elecciones de 2019 siguen la tendencia que asomó en 2015 y sentó sus primeras bases con posterioridad al proceso electoral 2011-2013. Esto ocurrió en la conjunción entre la oferta electoral que se generó en estos años y el consecuente comportamiento del electorado. Los dirigentes partidarios hicieron coaliciones con las PASO, y los electores respondieron con en el voto. Este proceso de aprendizaje y cambio que vengo mencionando se reforzó con un elemento más, y fue el aumento de la polarización política entre oficialistas y opositores, o más bien, entre la coalición peronista y la(s) coaliciones no peronista(s) del espectro político.

Esto se puede apreciar en dos ejemplos bien claros, que marcan la evolución y el tránsito hacia el bicoalicionismo polarizado. Por un lado, las coaliciones construidas por el peronismo tuvieron la ventaja de mantener un grado variable de estabilidad en el período 2003-2015, no sin sufrir algunas disidencias internas, rupturas y desafíos al liderazgo nacional. La fortaleza que le dio al Frente para la Victoria el control del gobierno nacional permitió mantener adentro a la mayoría de su estructura partidaria, sus dirigentes políticos y su

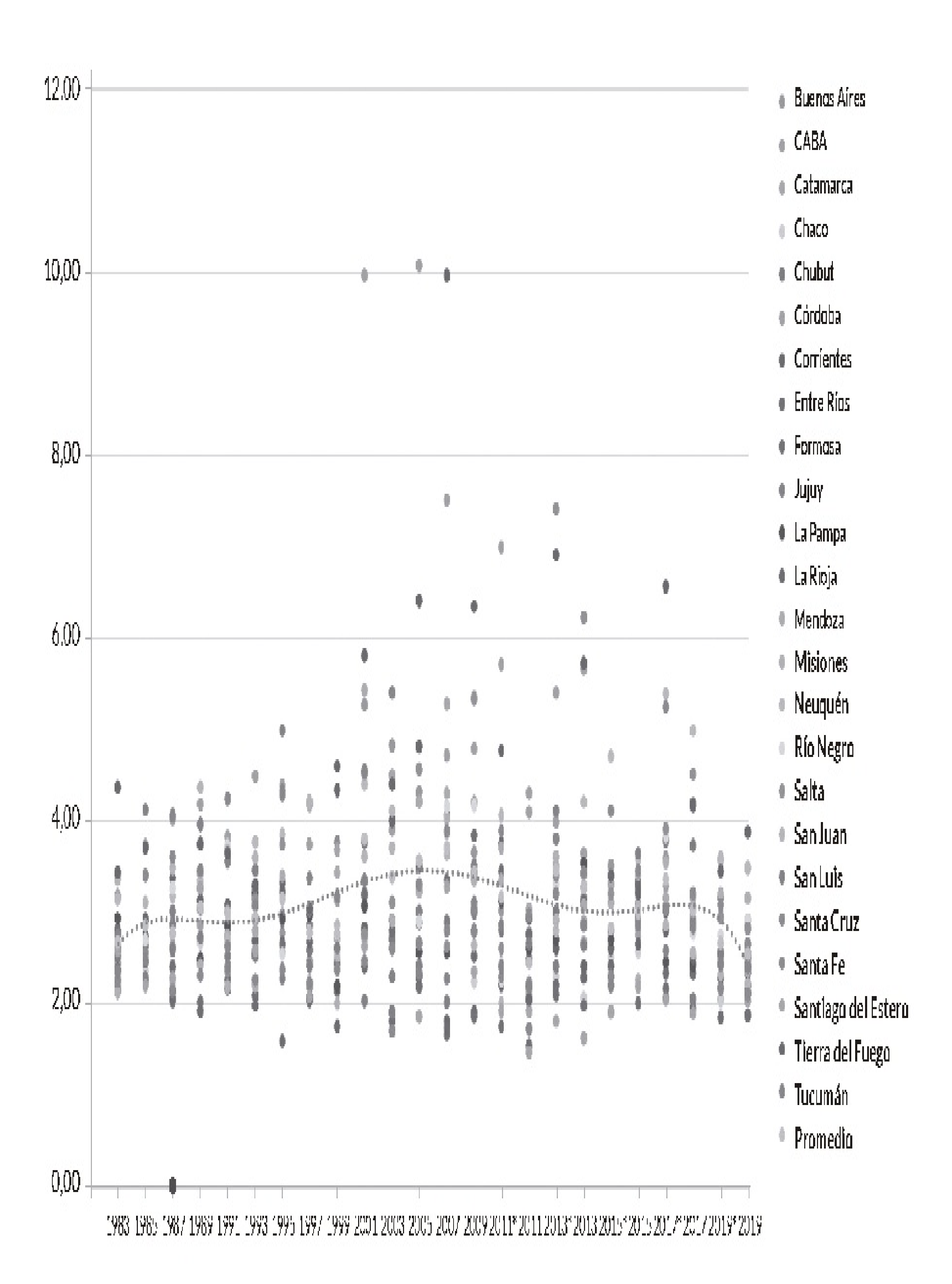
militancia. De hecho, el principal desafío generado por la construcción del Frente Renovador-UNA entre 2013 y 2015 impactó en la derrota en las elecciones presidenciales de ese año. La salida del oficialismo y el pase a la oposición devolvió la dinámica provincializada del peronismo a la que hago mención más arriba, en un proceso de discusión que se plasmó en la falta de coordinación electoral para las elecciones de mitad de mandato de 2017: cada distrito pasó a ser un mundo territorial en sí mismo, donde el peronismo tradicional y el kirchnerismo se enfrentaron juntos o separados para adueñarse del control de la coalición electoral de cara a los futuros comicios presidenciales dos años después. Este derrotero culminó en la unidad de todo el peronismo para esas elecciones de 2019, reuniendo a los gobernadores del PJ, al kirchnerismo y el retorno de Sergio Massa (Frente Renovador) a la coalición peronista.

Por otro lado, las coaliciones no peronistas tuvieron un derrotero más inestable, variable y con menor éxito electoral en el período 2003-2015, a contramano de la fortaleza del Frente para la Victoria en el mismo lapso temporal. En cada elección presidencial y/o legislativa, la UCR encontró serias dificultades para coordinar listas y candidaturas comunes con sus potenciales aliados a ambos lados del espectro ideológico. Los intentos de plasmar un acuerdo con los partidos de centroizquierda se vieron truncados en cada competencia presidencial (2007 y 2011), pero no así en la competencia legislativa de mitad de mandato (2005, 2009 y 2013). Este aprendizaje de derrotas, conflictos internos y diáspora del elector no peronista encontró un punto focal en las elecciones del 2015, cuando saltando la barrera de sus propios límites la UCR y la CC-ARI decidieron conformar una coalición electoral presidencial junto a PRO, liderado por Mauricio Macri. Los dos actores que venían disputando entre sí el voto progresista (UCR y CC-ARI) finalmente decidieron apostar a aumentar su competitividad electoral, al buscar al principal candidato opositor, que parecía centralizar las preferencias del votante no peronista para el fin de ciclo kirchnerista que se avizoraba, y que no necesariamente se ajustaba a las propuestas programáticas de ambos actores. El acuerdo entre los tres el PRO, la UCR y la CC-ARI en torno a la necesidad de una alternancia nacional, junto a la defensa de la república y una inyección de mayor competitividad al sector privado parecieron alcanzar para que se diera forma a Cambiemos. (17) La llegada a Balcarce 50, sin dudas, marcó el éxito electoral de la coalición y generó en el peronismo la diáspora antes descripta. Proceso que, entre 2017 y 2019, se revirtió y terminó por conformar la dinámica competitiva del bicoalicionismo: una coalición peronista fuerte, competitiva y unida en el Frente de Todos, con otra no peronista, igual de sólida y con intenciones de disputar el

poder político, en la figura de Juntos por el Cambio (evolución de Cambiemos).

Este proceso de ordenamiento bipolar apareció, también, en la competencia legislativa, la cual tuvo una evolución similar a la presidencial a partir de la implementación de las PASO. El Gráfico N° 2, a continuación, lo especifica en detalle.

Gráfico N° 2. NEP Diputados Nacionales, 1983-2019.


12,00
10,00
8,00
6,00
4,00
2,00
0,00
1983
1989
1993
2001
2003
2005
2007
2009
2011
2013
2019
Buenos Aires
CABA
Catamarca
Chaco
Chubut
Córdoba
Corrientes
Entre Ríos
Formosa
Jujuy
La Pampa
La Rioja
Mendoza
Misiones
Neuquén
Río Negro
Salta
San Juan
San Luis
Santa Cruz
Santa Fe
Santiago del Estero
Tierra del Fuego
Tucumán
Promedio

Fuente: elaboración propia a partir de una base compartida con Paula Clerici. Los años indicados con * corresponden a elecciones PASO. La línea de tendencia es polinómica sobre el promedio interprovincial (6 grados).

La competencia por cargos legislativos nacionales replicó las mismas etapas descriptas anteriormente. El formato de competencia legislativa nacional pasó de un sistema bipartidista estable en la década del ochenta hacia una progresiva desnacionalización y aumento de la fragmentación en la década del noventa. Con posterioridad a la crisis de 2001 la competencia electoral argentina se fragmentó mucho y lo hizo de manera diferente: algunos distritos permanecieron bipartidistas, mientras otros pasaron a un formato multipartidista moderado o polarizado. Esta inestabilidad y variabilidad interprovincial encontró un mecanismo ordenador a partir de la implementación de las PASO, cuando la dinámica del sistema tiende hacia la bipolaridad o, por momentos, hacia la fragmentación moderada. Se repitió la misma tendencia que en la dimensión presidencial de la competencia partidaria: hacia la concentración en el período 2015-2019 si se observa que cada provincia (cada punto) está más agrupado que separado desde la inclusión de las PASO en el año 2011. Este dato no es menor, dado que en elecciones legislativas la ciudadanía tiende a dispersar más el voto entre distintas listas que cuando vota para el cargo presidencial.

Ahora bien, si el ordenamiento de la competencia vino de la mano de las coaliciones electorales, ¿qué tan fuertes se volvieron este tipo de construcciones como estrategia dominante de la dirigencia política argentina?

Agrietados a la coaliciones

La construcción de coaliciones electorales implica una transacción entre dirigentes de distintos partidos, niveles y procedencias con un objetivo común y ciertas pautas de convivencia interna. Cada uno de los socios pone ciertos recursos a disposición de sus aliados y, posteriormente, obtiene beneficios a

cambio. Ahora bien, como mencioné anteriormente, si el período 2001-2013 se caracterizó por una fragmentación diferenciada del sistema partidario y la consecuente inestabilidad de los acuerdos electorales, la quinta etapa abierta en el año 2015 está marcada por la estabilidad de las preferencias electorales de los ciudadanos en conjunto con una mayor solidez de las coaliciones que compiten por los distintos cargos públicos en juego. De las primeras experiencias aisladas y poco usuales en la política argentina, la formación de alianzas para competir en el territorio político se volvió la norma sostenida con regularidad. Sin dudas, los inestables ejercicios coalicionales del período 2001-2013 generaron las experiencia necesaria para encontrar la estabilidad a partir de 2015. Esa misma puesta en práctica, que le rindió a partidos grandes, medianos y chicos, llevó a que progresivamente el formato de la competencia partidaria adquiriera el formato bicoalicional polarizado mencionado anteriormente. Si el aumento de la fragmentación llevó a los partidos políticos a lograr acuerdos para competir conjuntamente, el proceso de ordenamiento de la dinámica competitiva argentina no se caracterizó por el retorno a la ilusión del bipartidismo de los años ochenta con la reunificación de los nuevos actores en sus viejos partidos, sino al establecimiento de acuerdos político-electorales entre distintos actores reconocidos mutuamente. Los dirigentes partidarios encontraron incentivos para mantener sus propios partidos políticos, pero al mismo tiempo acordaron puntos comunes de acuerdo y coordinación política con sus aliados transitorios. Algunos de esos acuerdos, al día de la fecha, se mantienen y contribuyen a la estabilidad del sistema.

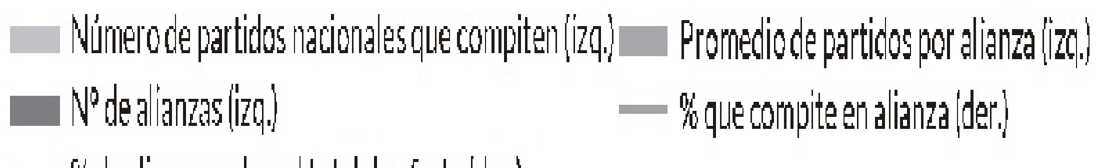
De esta manera, si las coaliciones electorales dejaron de ser la rareza de la política argentina y pasaron a ser la norma, a nivel sistémico es posible evaluar la construcción de alianzas como la estrategia predominante a la hora de competir por distintos cargos públicos en juego. En el siguiente gráfico se detalla el peso creciente de las coaliciones electorales en la competencia presidencial argentina.

Gráfico N° 3. Evolución coaliciones presidenciales. Argentina, 1983-2019.

50 45 40 35 30 25 20 15 10 5 0

100% 90% 80% 70% 60% 50% 40% 30% 20% 10% 0%

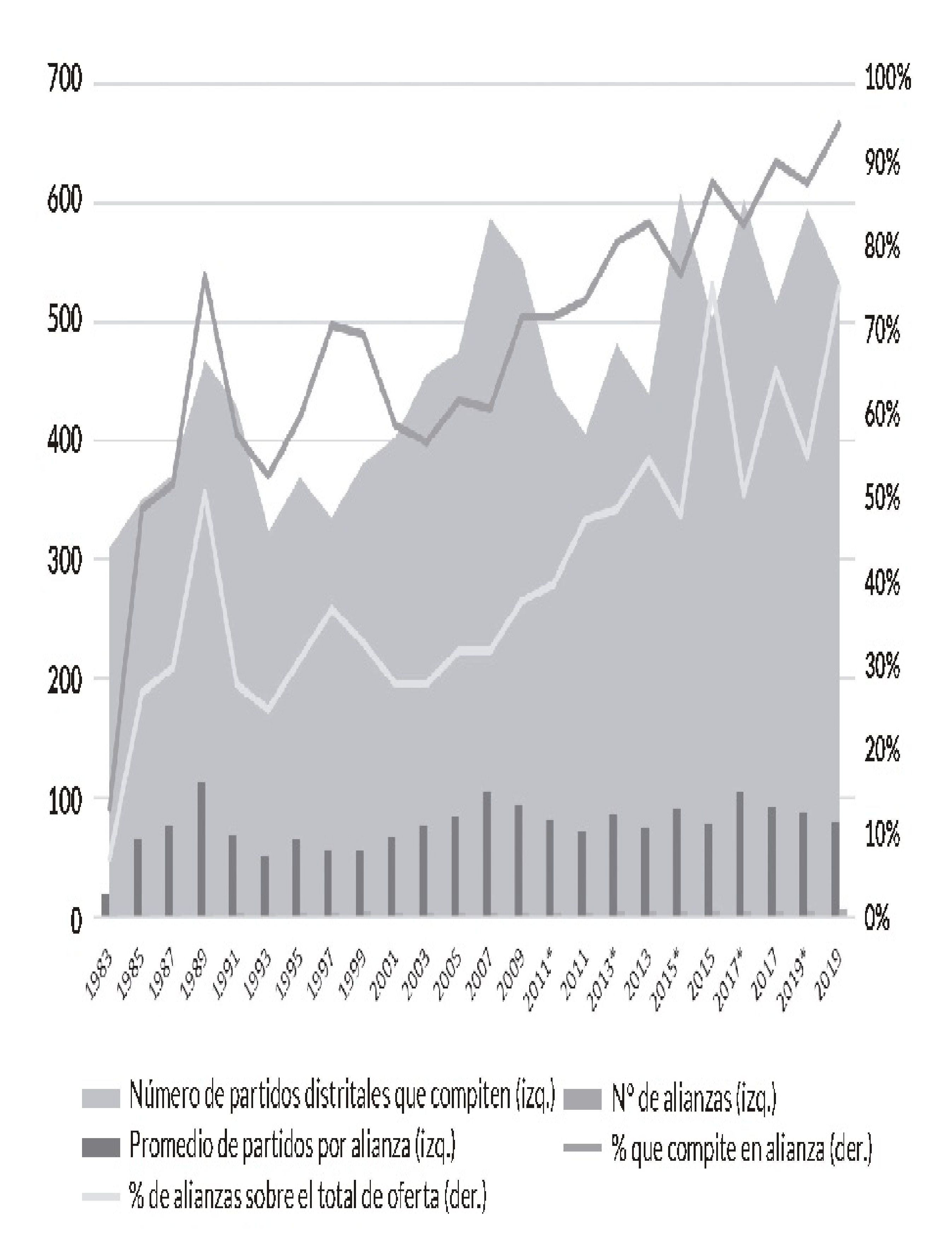
1983 1989 1995 1999 2003 2007 2011* 2011 2015* 2015 2019* 2019



Fuente: elaboración propia a partir de datos facilitados por Paula Clerici y la Unidad de Estadística Electoral y Datos Abiertos de la Cámara Nacional Electoral. Los años indicados con * corresponden a elecciones PASO. Donde se indica (izq.) en la leyenda corresponde al eje vertical izquierda; donde se indica (der.) al eje vertical derecho.

En cuanto a la competencia legislativa, la tendencia es bastante similar.

Gráfico N° 4. Evolución coaliciones a diputados nacionales. Argentina, 1983-2019.

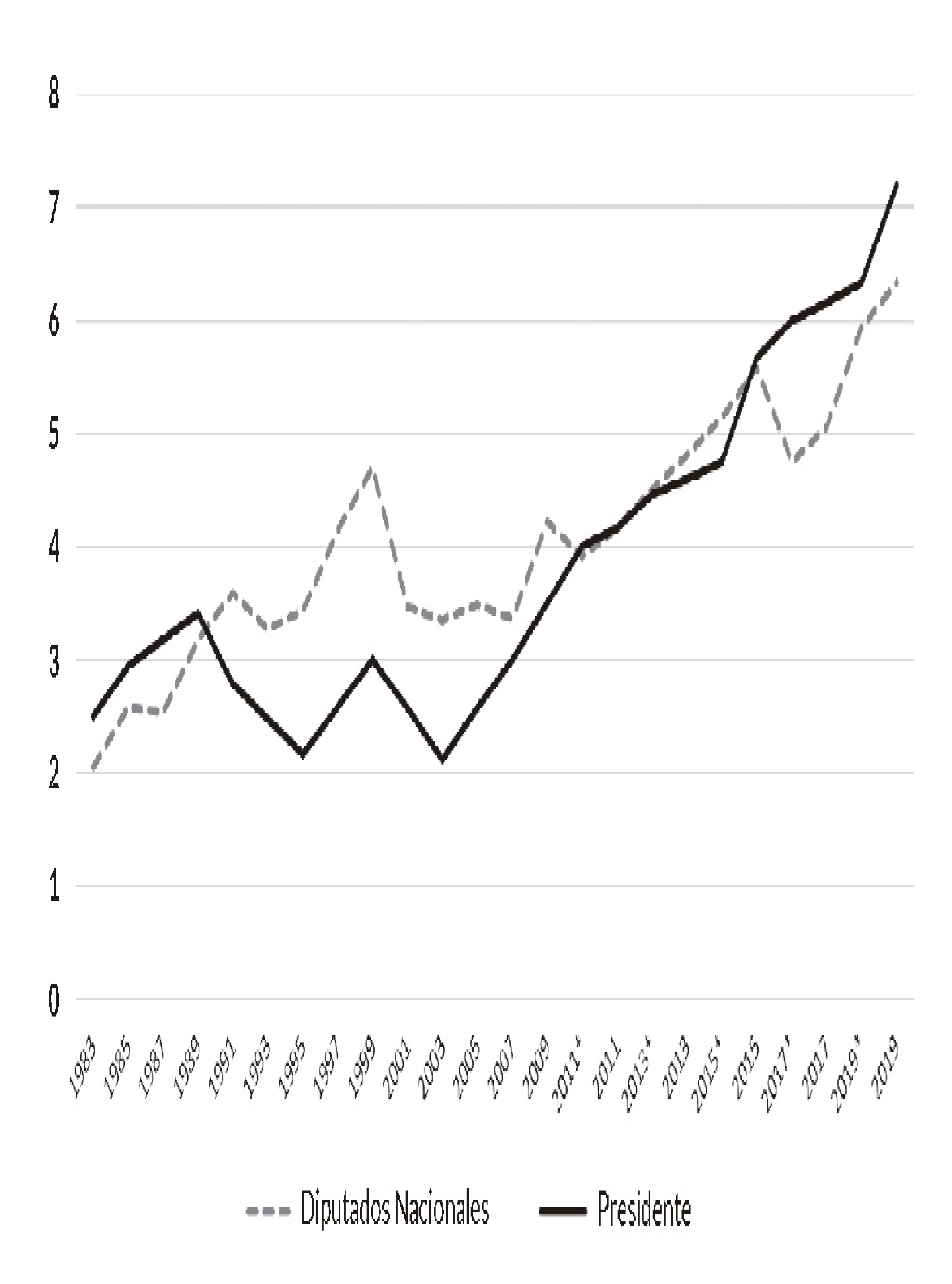


700
600
500
400
300
200
100
0
100%
90%
80%
70%
60%
50%
40%
30%
20%
10%
0%
1983
1985
1987
1989
1991
1993
1995
1997
1999
2001
2003
2005
2007
2009
2011*
2011
2013*
2013
2015*
2015
2017*
2017
2019*
2019
Número de partidos distritales que compiten (izq.)
Nº de alianzas (izq.)
Promedio de partidos por alianza (izq.)
% que compite en alianza (der.)
% de alianzas sobre el total de oferta (der.)

Fuente: elaboración propia a partir de datos facilitados por Paula Clerici y la Unidad de Estadística Electoral y Datos Abiertos de la Cámara Nacional Electoral. Los años indicados con * corresponden a elecciones PASO. Donde se indica (izq.) en la leyenda corresponde al eje vertical izquierda; donde se indica (der.) al eje vertical derecho.

Los gráficos anteriores confirman la creciente importancia de las coaliciones electorales en la competencia presidencial y legislativa argentina, en particular con posterioridad a la crisis de 2001. Si en las primeras tres etapas del sistema partidario la evolución fue más bien oscilante, alternando crecimientos y caídas, la cuarta etapa convierte a los acuerdos interpartidarios en la norma y la quinta los consolida como la estrategia competitiva predominante. A la par de eso, las coaliciones fueron creciendo en tamaño: de un promedio entre dos y tres partidos por acuerdo entre 1983 y 2003, pasamos a uno de entre cuatro y siete por alianza. Esto se puede apreciar a continuación.

Gráfico N° 5. Promedio de partidos por coalición electoral. Argentina, 1983-2019.


8
7
6
5
4
3
2
1
0
1983
1985
1987
1989
1991
1993
1995
1997
1999
2001
2003
2005
2007
2009
2011*
2011
2013*
2013
2015*
2015
2017*
2017
2019*
2019
Diputados Nacionales
Presidente

Fuente: elaboración propia a partir de datos facilitados por Paula Clerici y la Unidad de Estadística Electoral y Datos Abiertos de la Cámara Nacional Electoral. Los años indicados con * corresponden a elecciones PASO.

Como última cuestión a considerar, con la implementación de las PASO la comparativa entre las primarias y la elección general muestra otro dato relevante: aquellas candidaturas que no superan el filtro del 1,5% de los votos válidos se quedan fuera de carrera, y en su mayoría provenien de partidos políticos que no ingresaron en ninguna de la coaliciones conformadas. De modo que la construcción de acuerdos amplios no solo se volvió una tendencia, sino que generó un rédito político y electoral. Como ya indiqué anteriormente al analizar los datos de fragmentación partidaria, el electorado contribuyó a ordenar las preferencias partidarias concentrando el voto en pocas opciones, proceso que se retroalimentó gracias a la coordinación de la elite en pocas coaliciones competitivas tal como se desprende de los datos de los gráficos en este apartado.

A modo de conclusión: una Argentina polarizada (pero no sola)

América Latina ha tenido, tradicionalmente, bajos grados de polarización política en comparación con otras regiones del mundo como Europa, África o Asia. (18) Sin embargo, en los últimos años ha ido creciendo sostenidamente, en gran parte debido a la aparición de partidos de derecha extrema que adquieren fuerza frente a un gobierno de centro-izquierda o nacional-popular. (19) En este sentido, la región latinoamericana ha visto crecer los niveles de polarización política, disputa entre dirigentes partidarios y falta de consenso en torno a cuestiones públicas elementales, argumento que se alinea con la propuesta original de Sartori discutida anteriormente: dado que el centro está ocupado por los partidos tradicionales, la aparición de partidos extremos fuerza a la competencia hacia los polos y tensiona el sistema. Ejemplos al respecto pueden encontrarse en Brasil con la asunción de Jair Bolsonaro; Chile a partir del “Octubre Rojo” y la campaña presidencial vigente; con menor intensidad

Uruguay, con la aparición de Cabildo Abierto y la posterior Coalición Multicolor; Bolivia y Perú con sus componentes andinos característicos, pero con fuertes disputas que dañaron, incluso, la estabilidad institucional y democrática de cada sistema; Colombia y Ecuador con niveles similares de intensidad e inestabilidad en años recientes.

En medio de una región polarizada y, por momentos, inestable, Argentina parece subirse a la ola, pero con sus matices particulares. A diferencia de sus pares latinoamericanos, la polarización criolla no se da por la aparición de nuevos partidos extremos o a partir de la fragmentación del sistema, sino por la toma de postura polarizada de dirigentes y partidos dentro de las dos grandes coaliciones. A contramano de lo que la teoría nos indica, el sistema político argentino ha encontrado en el bicoalicionismo un mecanismo ordenador de la oferta política, con el condimento de una alta polarización algo similar a la vivida en el bipartidismo estable de la década del ochenta. No aparecen nuevos partidos, sino que nacen posturas polarizadas en los actores ya vigentes que son, justamente, las que colaboraron con la estabilización de la competencia política. Vuelta a las raíces, aggiornada: oficialistas versus opositores, peronistas versus cambiemitas. Al respecto, el siguiente tuit es característico de los tiempos actuales:



Sergio Morresi

@sdmorresi

Hoy oficialismo y oposición parecen acordar en dos cosas:

1) que es urgente y necesario un nuevo contrato social

y

2) que con el oficialismo/la oposición es imposible pactar.

1:36 p. m. · 1 sept. 2021 · Twitter Web App

Fuente: https://twitter.com/sdmorresi/status/1433106620528082953.

A la Argentina le costó, pero resurgió del terremoto de 2001. Para sorpresa de muchos, la quinta etapa del sistema partidario trajo una regularidad que apareció primero como novedad: las coaliciones electorales como estrategia dominante de competencia por los cargos públicos en juego. Este proceso fue paulatinamente instaurándose en la dirigencia política, con la consecuente reacción del electorado. Los indicadores de fragmentación analizados en el tercer apartado de este capítulo muestran que la concentración de las preferencias dio formato al bicoalicionismo polarizado: dos grandes coaliciones que nuclean, hoy en día, partidos políticos grandes, medianos y chicos en la oferta partidaria, con una réplica favorable de parte de la sociedad en las urnas. A este proceso contribuyeron la creciente importancia de las coaliciones electorales en la dinámica competitiva y el efecto reductor que generaron las PASO sobre la oferta.

Esta nueva etapa, sin embargo, no tiene garantizada su perdurabilidad: nada es para siempre. Mientras el régimen electoral mantenga las primarias como instrumento y los dirigentes políticos encuentren incentivos para mantenerse dentro de los acuerdos, podemos esperar que el sistema sostenga el ordenamiento de los dos últimos períodos electorales. Pero si las reglas del juego cambian, o bien las normas de funcionamiento interno de las coaliciones son alteradas sin un grado de consenso suficiente, es posible que seamos testigos de un nuevo crecimiento en la oferta electoral presidencial, la oferta electoral legislativa y el consecuente fraccionamiento de las preferencias ciudadanas. Dudo que a los niveles inmediatos posteriores a la crisis de 2001, pero sí habrá una alteración de los patrones de competencia actuales.

¿La receta para evitarlo? No existe. Solo aprender de la experiencia de la cuarta etapa, la del período 2001-2013 y las dificultades generadas como consecuencia de ese desorden partidario. Para que la reconstrucción del sistema político sea estable en el tiempo hay que mantener una base sólida tanto en los partidos como en el sistema que les da formato y dinámica. De lo contrario, el impacto puede devolver el desorden, la dispersión y la imprevisibilidad en la oferta. Aunque, quién dice, tal vez sin grieta.

1- Agradezco personalmente a dos socias que han acompañado estas ideas. Paula Clerici, por compartir datos, impresiones y comentarios a la primera versión de este capítulo. A Lara Goyburu, por escucharme cotidiana y sostenidamente con las ideas aquí vertidas. Ambas son muy pacientes.

2- Herbert Kitschelt, “Party systems”, en The Oxford Handbook of Political Science, editado por Robert H. Goodin, Oxford University Press, Oxford, 2013.

3- Anthony Downs, Teoría económica de la acción política en una democracia, Aguilar, Madrid, 1973.

4- Giovanni Sartori, Partidos y sistemas de partidos. Marco para un análisis, Alianza Editorial, segunda edición ampliada, Madrid, 1980.

5- El texto de Downs antes referenciado tiene un amplio desarrollo sobre este punto.

6- Ismael Crespo Martínez, Antonio Garrido Rubia, María Antonia Martínez Rodríguez y Alberto Mora Rodríguez,“Polarización afectiva, partidismo negativo y brecha perceptiva. Una aproximación teórica”, Más Poder Local, N° 45, Murcia, julio de 2021.

7- En este punto coincido con lo planteado por Mario Navarro y Carlos Varetto, “La estructura de competencia partidaria argentina: análisis y evaluación de la imagen analítica de la ‘territorialización’ del sistema de partidos”, Revista

Chilena de Derecho y Ciencia Política, Vol. 5, N° 1, 2014.

8- Además de estudiar la fragmentación y la polarización, los trabajos sobre sistema partidario definieron dos categorías analíticas bien diferenciadas para abordar una dimensión complementaria de la dinámica competitiva: la nacionalización y la desnacionalización de la disputa política. Por nacionalización entiendo que la dinámica competitiva del sistema partidario es similar en múltiples niveles del sistema político: tanto en cada uno de los distritos (provincias, estados o departamentos) como entre el nivel subnacional y el nivel nacional. Los partidos políticos que compiten tienden a concentrarse en la esfera de competencia nacional, dejando en un segundo plano la atención a los electorados regionales y locales. Consecuentemente, el nivel nacional adquiere mayor relevancia que la competencia en los distritos. En contraposición, la desnacionalización o “territorialización” de la política partidaria es el proceso a través del cual los patrones de competencia partidaria adquieren componentes provinciales o locales, haciendo que cada uno de los distritos que componen un Estado tenga características propias y distintivas tanto de otros distritos como del nivel de competencia nacional. De esta forma, hay diferencias entre los sistemas partidarios subnacionales y el nacional, principalmente en su formato y en su dinámica competitiva. En este escenario, los partidos políticos dirigen su atención hacia el nivel provincial o local de la competencia partidaria, contribuyendo a realzar los clivajes regionales, provinciales o locales. El nivel provincial de competencia resulta ser más atractivo que el nivel nacional.

9- Sobre este punto ahondaron Andrés Malamud y Miguel De Luca, “¿Todo sigue igual que ayer? Continuidad y ruptura en el sistema de partidos argentino (1983-2015)”, en Los sistemas de partidos en América Latina 1978-2015. Tomo 2: Cono Sur y Países Andinos, editado por Flavia Freidenberg, UNAM–INE, México DF, 2014.

10- Ernesto Calvo y Marcelo Escolar, La nueva política de partidos en la Argentina. Crisis política, realineamiento partidarios y reforma electoral, Prometeo-PENT, Buenos Aires, 2005.

11- Juan Manuel Abal Medina y Julieta Suárez Cao, “La competencia partidaria en la Argentina: sus implicancias sobre el régimen democrático”, en El asedio a la política. Los partidos latinoamericanos en la era neoliberal, compilado por Marcelo Cavarozzi y Juan Manuel Abal Medina, Homo Sapiens, Rosario, 2005.

12- Sobre este punto ahonda, precisa con datos y coincide María Laura Tagina, “Política y polarización en Argentina: un estudio del comportamiento de las élites, los partidos políticos y la opinión pública”, Revista Derecho Electoral, N° 17, enero-junio de 2014.

13- El NEP es una medida desarrollada por Markuu Laakso y Rein Taagepera, la cual contribuye a medir la cantidad de partidos políticos que compiten por un determinado cargo en juego (presidencial o legislativo) ponderado por la proporción de votos que obtiene cada uno. Con una escala que va de 0 a infinito, permite considerar cuántos partidos políticos o coaliciones son los efectivamente importantes a partir del apoyo popular que consigue cada uno. El indicador es el más utilizado para caracterizar el formato de la competencia partidaria. También suele utilizarse para medir la fragmentación legislativa tomando en cuenta bancas en lugar de votos.

14- Al respecto, recomiendo el trabajo de Marcelo Leiras, Todos los caballos del rey. La integración de los partidos políticos y el gobierno democrático en la Argentina, 1995-2003, Prometeo, Buenos Aires, 2007.

15- Sobre este punto, véanse Javier Zelaznik, “Unión Cívica Radical: entre el Tercer Movimiento Histórico y la lucha por la subsistencia”, Revista SAAP, Vol. VII, N° 2, 2013.

16- Una primera mención a este concepto aparece en un artículo propio escrito junto a Lara Goyburu, “Argentina: una isla electoral en un 2019 inestable”, Revista Iberoamericana, XX, N° 73, 2020.

17- Dos textos pueden ampliar sobre este proceso de construcción. Uno, de Gabriel Vommaro, La larga marcha de Cambiemos. La construcción silenciosa de un proyecto de poder, Siglo XXI, Buenos Aires, 2017. El otro, propio, Socios pero no tanto. Partidos y coaliciones en la Argentina, 2003-2015, Eudeba, Buenos Aires, 2019.

18- Al respecto, véase Russell J. Dalton, “The Quantity and the Quality of Party Systems: Party System Polarization, Its Measurement, and Its Consequences”, Comparative Political Studies, N° 41, 2008. También el excelente libro de Herbert Kitschelt, Kirk A. Hawkins, Juan Pablo Luna, Guillermo Rosas y Elizabeth J. Zechmeister, Latin American party systems, Cambridge University Press, Cambridge, 2010.

19- Un muy interesante trabajo en desarrollo al respecto es el de Roberto Vidigal y André Borges, “The Ideological Roots of the New Right: Economic Distress, Cultural Backlash and Polarization in Latin America”, agosto de 2021.

¿Polarización política o digital? Un ecosistema con todos los climas

Natalia Zuazo y Natalia Aruguete

El taxista escucha una entrevista a un político que da información falsa. El periodista no repregunta; coinciden. El pasajero se queja porque esos dichos le resultan ajenos: unas horas antes había leído lo contrario. El conductor le responde que cada uno tiene derecho a escuchar “lo que quiere”. Sucede en la calle, en un auto, con la radio, un medio de comunicación centenario. Por la noche, el pasajero vuelve a su casa y encuentra que el talk show reproduce la misma entrevista. Un panel televisivo debate en vivo, dividido en dos bloques enfrentados ideológica y emocionalmente.

No importa si las redes entran al ruedo, porque la polarización existe antes y más allá de ellas. No es un producto digital. Los algoritmos segregan y personalizan, pero no logran, por sí solos, explicar las divisiones identitarias. Los medios son promotores activos, preparados para extremar sentimientos político-partidarios, aunque tampoco dan cuenta de la sobrerrepresentación de los llamados “intensos”. Los intensos son aquellos que no solo tienen una posición política consolidada, sino que la expresan con vehemencia en la esfera pública.

¿Por qué antes podíamos entrar a un bar y leer un diario con el que no coincidíamos editorialmente y ahora muchos dejamos de hacerlo? ¿Hay algo de nuestro universo de las redes que resuena en esa elección y antes no nos afectaba?

Hace treinta años, cuando internet comenzaba a ser una tecnología masiva, el presidente estadounidense, Bill Clinton, y su vice, Al Gore, popularizaron el concepto “autopista de la información”. Corría la década de 1990 y una nueva ola de liberalismo promocionaba la idea de una “supercarretera” que traería progreso a los ciudadanos. La fórmula lineal tecnocrática dictaba que a más

infraestructura y conexiones, más libertad y crecimiento económico. (1)

Con el plan en marcha, en 1994 Clinton trasladó el control de internet que, hasta entonces, estaba en manos del estatal Departamento de Defensa, al sector privado. Se crearon fundaciones y organizaciones que todavía hoy controlan las decisiones de la Red. El New York Times lo acusó de entregar un invento público, producto de la ciencia nacional, a las garras del mercado. Comparado con lo que vino después, ese ecosistema digital era un edén de innovación y libertad.

En 2007, la mitad del tráfico de internet se distribuía entre cientos de miles de sitios en el mundo. Siete años después, ese tráfico se había concentrado entre treinta y cinco empresas, aunque todavía había competencia. Google convivía con Yahoo! y con Altavista, y Microsoft, con IBM y Cisco. Facebook acababa de nacer; estaba lejos de sus 2.700 millones de usuarios actuales y de su poderío monopólico con Instagram y WhatsApp. Entre 1997 y 2007 los blogs vivieron su gloria: cada periodista, creador o librepensador podía y quería tener uno, no solo para predicar su palabra sino para hacerse ver y discutir con otros.

La década de 2010 significó una nueva burbuja de esperanza después de la crisis económica global de 2008, pero concluyó con la consolidación monopólica de las plataformas digitales. Entre 2015 y 2018, Occidente vio reducirse el espacio digital a tal punto que la mitad de las personas en el mundo nos conectamos a servicios de solo cinco empresas: Google, Microsoft, Facebook, Apple y Amazon. (2) La concentración fue de infraestructuras y servicios, aunque también de un espacio cívico online que prometía expandirse a medida que cada persona participara de él.

“La guerra se hace viral: las redes sociales están siendo usadas como armas a lo largo del mundo”, anunció The Atlantic en 2016. El pájaro de Twitter con una granada atada al cuerpo recuperaba la idea de la guerra como continuación de la política por otros medios. (3) La versión kantiana de la democratización tecnológica dejó lugar a una concepción más realista, donde algunas veces las conversaciones ocurren orgánicamente y otras se polarizan.

En la era post Obama se instaló un pánico moral alrededor de la relación entre política y tecnología. Posverdad fue la palabra del año; desde entonces, las fake news reemplazaron las nuevas-viejas formas de operaciones políticas del periodismo. La victoria del presidente Donald Trump en Estados Unidos y la

votación del Brexit (la salida del Reino Unido de la Unión Europea) se explicaron por la indignación social en las redes sociales y la manipulación algorítmica. Trump incluyó, efectivamente, un manejo sofisticado de datos personales entre los insumos de su plan comunicacional.

En este derrotero, cabe preguntarse hasta qué punto la polarización política puede ser explicada por la virtualización de las relaciones sociales y la explosión de las redes. Es decir, si esa guerra creciente en los escenarios de comunicación nos lleva a estar más polarizados en otros ámbitos. O si, en cambio, se trata de la coexistencia de dinámicas que se retroalimentan y se potencian.

Otro interrogante es si las dinámicas de las redes se trasladaron más allá de ellas. Si vivimos "en nuestra burbuja" más que antes y si eso se debe a los efectos de lo virtual en nuestra vida social. ¿Por qué antes podíamos ver casi cualquier programa periodístico –más allá de algunas diferencias– y ahora ciertos canales nos resultan indigeribles? ¿Es porque estamos más polarizados? ¿Se debe a que la personalización nos ofrece contenidos a la medida de nuestras preferencias? Ambas.

En ese clima donde todo parece quebrarse, ¿podemos ver con claridad? Las redes, al regirse por mecanismos de segregación algorítmica y exaltación de las emociones, sobrerrepresentan el discurso de "los intensos". ¿Cómo logramos entonces ubicarnos con distancia para "entrar y salir" de las conversaciones que mantenemos? Más aun, ¿cómo nos damos cuenta si somos parte de esos mismos grupos activados afectivamente?

En un escenario fluctuante, donde el acuerdo se vuelve menos frecuente, ¿se logra el cambio político? Quizá la respuesta abra un camino donde los extremos no siempre son tales y nos muestre que todavía contamos con espacios de conexión y posibilidad para la acción política colectiva.

Un mundo amotinado

El mundo se ha polarizado. Las personas tomamos posiciones identitarias que estrechan nuestros márgenes de preferencia. Manifestamos diferencias en nuestra

casa, en el supermercado, en los bares. Nos peleamos con el peluquero porque nos muestra una entrevista con el dirigente político que odiamos.

¿Cómo entender la grieta en estos dos grandes ámbitos: el político-social y el mediático-digital? En la polarización política conviven la polarización ideológica y la polarización afectiva. La ideológica nos lleva a apoyar una agenda de temas alrededor de los cuales nos diferenciamos políticamente. La afectiva nos invita a simplificar la complejidad del mundo social y alinear sus atributos en una única dimensión. Por esta razón, aun cuando no estemos tan distantes en términos ideológicos –incluso cuando candidatos de distintos partidos puedan dar argumentos similares a favor o en contra de una política pública– rechazamos a personas con filiaciones partidarias distintas, motivados por un sentimiento de pertenencia.

Estamos limitando tanto nuestros márgenes de convivencia política que algunos investigadores usan el término sorting (del inglés, clasificación) para referirse a los cambios geográficos, culturales, sociales y políticos que las personas hacemos en función de nuestra identidad partidaria. En The Big Sort, Bill Bishop (4) advierte que, cada vez más, la gente decide dónde vivir en función de sus preferencias políticas. Esta segregación, producto del movimiento de personas entre vecindarios, vuelve a los grupos más homogéneos. Por ejemplo, en Estados Unidos, la xenofobia, la oposición al aborto y la militancia antivacunas se alinean en una dimensión político-partidaria. En Brasil, Jair Bolsonaro también promueve afinidades de las posiciones sociales, políticas, culturales y hasta sanitarias entre sus seguidores.

¿Cómo se traduce entonces esa polarización ideológica y afectiva en el ámbito de los medios y las redes sociales?

En las redes sociales estamos interconectados con distintos tipos de usuarios. Leemos tuits, vemos videos, respondemos o no. A veces el tema es la serie de Netflix que todos están viendo o el participante del reality que amamos. Otras, el árbitro de fútbol que cobró mal. Allí, suele haber acuerdos alrededor de los asuntos. Los usuarios que intermedian entre distintas comunidades toman protagonismo, son más activos y la grieta se vuelve más difusa: los contenidos van y vienen.

Cuando la conversación se enfoca en temas políticos, el escenario cambia. Interactuamos más frecuentemente (y hasta de manera exclusiva) con quienes

coincidimos cognitiva y afectivamente. Las narrativas en las redes se balcanizan cuando los usuarios activamos nuestras afinidades políticas e ideológicas y las conexiones que mantenemos con nuestros pares. En consecuencia, conectamos menos con el contenido que se inicia en la “otra comunidad”. (5) En estos casos, conformamos burbujas de filtro donde fusionamos agendas y compartimos una interpretación común de los acontecimientos.

Esas interpretaciones a veces adquieren fuerza de realidad. Si, además, quien promueve ese significado cuenta con el poder simbólico suficiente, algunas definiciones lograrán imponerse sobre otras. Como escribió el sociólogo estadounidense William Thomas en 1928, “si las personas definen las situaciones como reales, estas serán reales en sus consecuencias”. La experiencia de la pandemia de Covid-19 es un ejemplo de esta tesis.

Después de dieciocho meses de pandemia, desde un enfoque libertario, la oposición política en Argentina responsabilizó al gobierno de Alberto Fernández de las peores estadísticas de mortalidad e insistió en que el aislamiento social era innecesario. En las redes sociales de la coalición opositora, ambos argumentos convivieron sin contradicción aparente. El oficialismo apostó a su capacidad de controlar la situación mediante distinto tipo de restricciones, mientras se defendía de las críticas con el argumento de que el mundo afronta una pandemia que lo excede. En ambos ejemplos vemos cómo las narrativas se cierran en sí mismas con una consistencia impenetrable, a pesar de sus ambivalencias intrínsecas. Los usuarios se refugian en burbujas de filtro en las que comparten información generada por otros miembros de esa misma comunidad.

Además de estar insertos en burbujas, existen otros mecanismos subjetivos que nos posicionan más cerca o más lejos de las figuras políticas o los usuarios influyentes en las redes: la asimilación y el contraste. La asimilación nos acerca simbólicamente a aquellas opciones que nos gustan y el contraste nos aleja de las que no nos atraen. ¿Por qué estos procesos cognitivos son singulares y afectan la conversación mediático-digital? Porque ya no se trata de dónde nos posicionamos ideológicamente frente a un hecho, sino del lugar que le damos al otro al acercarlo o expulsarlo.

En contexto de elecciones, la polarización se vuelve más profunda y las violencias, más viscerales. Las campañas son laboratorios naturales donde los candidatos de todos los niveles visibilizan temas en los que sacan ventajas sobre sus adversarios. En política, la decisión de impulsar un asunto depende de la

“propiedad” que se tiene sobre él. La propiedad sobre un tema (6) alude a la estrategia de un actor político y mediático de “adueñarse” de una cuestión en la que tiene legitimidad para opinar y para actuar. En Argentina, el peronismo históricamente ha tenido propiedad sobre los temas relacionados con el trabajo y la distribución del ingreso, mientras que los partidos de derecha (la coalición Juntos por el Cambio, en particular) consolidó su legitimidad alrededor de la preocupación por la seguridad ciudadana. Cuando determinados temas que están muy asociados a políticos o partidos se instalan en la agenda pueden polarizar a los ciudadanos, virtuales y no, política, ideológica y afectivamente. Por ejemplo, el caso “Chocobar” (7) –propiedad de Juntos por el Cambio– polariza. Del lado del peronismo, los planes sociales también.

¿Cómo pelear una elección en tiempos de polarización? La apuesta es definir la agenda de la campaña. Los políticos y partidos que queden asociados a ella estarán un paso adelante. Los medios que den más espacio y cobertura a los temas que se alineen con la comunidad que representan y en la que participan, correrán con ventaja. En la disputa electoral, periodistas y celebrities mediáticas adecuan sus sumarios a las preferencias del público y avivan interpretaciones que tengan eco en esas cajas de resonancia. Las burbujas virtuales, ávidas de instalar sus agendas, recompensarán esta exaltación editorialista.

En medios como Clarín o Página/12, la decisión de llevar a la tapa la inseguridad, la salud o la educación dependerá del encuadre que les den a estos temas para confrontar con el oficialismo al que se oponen o para alinearse con el gobierno que acompañan. Cuando esa agenda llegue a las redes sociales, su consolidación dependerá de la decisión de los usuarios de activar y compartir esos contenidos.

En la confrontación por el regreso a las clases presenciales luego de las restricciones por la Covid-19, los ejes de discusión se simplificaron y cristalizaron: “Sin escuela no hay futuro”; “Con escuela no hay vida”. El discurso mediático opositor presentó este asunto desde un enfoque moral, donde la educación quedaba vulnerada a causa de un cierre decidido por “un presidente aislado y caprichoso”. También quedó clara la capacidad de los principales dirigentes y medios opositores de activar a usuarios virtuales, reales y no tan reales, que estaban coordinados y lograron acaparar el 70% de la interacción total (8) sobre el tema con hashtags propios como #RelajadosLasPelotas. Desde el oficialismo digital, la respuesta agrupada en #NoJodanConLaSaludMiserables llegó tarde para apropiarse de ese tema; fue incapaz de ofrecer un encuadre

alternativo que alcanzara legitimidad.

Pero las redes no son islas. Para disputar una agenda es necesario que convivan distintos actores comunicacionales. Como mínimo, medios tradicionales, influencers digitales y actores políticos. Reunido el equipo, un tema se instala cuando cada uno pone en juego sus activos más valiosos en pos de un fin común. Se coordinan entonces detrás de operaciones políticas, campañas negativas, violencias discursivas y estrategias de fake news y discursos de odio.

Un ecosistema con todos los climas

El escenario mediático-digital donde esas campañas y operaciones se despliegan no es neutral. Por el contrario, su diseño estructural y subjetivo es el basamento ideal para que la disputa sea eficaz.

Aunque las redes sociales conforman un ecosistema con otros ámbitos mediáticos, ciertas plataformas ofrecen un escenario servido para la balcanización de las narrativas. Su diseño estructural y algorítmico inhibe la ampliación de nuestras perspectivas; la consecuente ruptura de consensos se expresa en niveles extremos de toxicidad e intolerancia. A mayor activación de esa grieta, los actos de incivilidad y de bullying virtual imprimirán la forma y el ritmo de una confrontación que nos ubica en extremos irreconciliables.

Pero este amor por los iguales no solo se explica por nuestras intolerancias, sino además por factores estructurales de las plataformas digitales y las redes sociales. La concentración de las infraestructuras de acceso, de búsqueda y de distribución de contenidos personaliza la interacción y el consumo de mensajes.

La Argentina de 2021 se ubica entre los países con mayor penetración de internet de la región. El 67% de la población tiene acceso a una conexión de banda ancha y el 100%, a una vía celulares. Para conectarse a la Red, casi la mitad de las personas recurre al Grupo Clarín. El mercado móvil está dividido en tercios: Claro, Personal y Movistar. En navegadores y búsquedas, Google es monopólico. Entre los internautas argentinos, ocho de cada diez usan Facebook, siete YouTube y cinco Instagram (propiedad de Facebook). El ecosistema digital

es, además, una fuente central de acceso diario a las noticias. Más del 70% de las personas se informa vía plataformas y redes sociales, superando el consumo televisivo y de prensa escrita. (9)

El poder de intermediación de las empresas tecnológicas es relevante por varios motivos. Accedemos a las noticias bajo la lógica visual y algorítmica de las plataformas, que detecta nuestras preferencias y nos devuelve información congruente con ellas. Nuestra actividad informativa quedó lejos del encendido televisivo o de la lectura de un diario de principio a fin. Los algoritmos regulan lo que nos ofrecen de acuerdo a lo que nos interesó previamente, lo que les gustó a los amigos con los que interactuamos y lo que no nos atrapó. Esa segmentación en la oferta de los contenidos se basa en parámetros de publicidad personalizada. En la televisión o en los diarios la publicidad también existe, pero la ubicamos fácilmente. En las plataformas somos menos conscientes de la falta de transparencia de su funcionamiento.

La fragmentación de las audiencias no solo se produce en las redes y en las plataformas. Los medios tradicionales, atravesados por dificultades económicas y financieras, también recurren a ofertas personalizadas de sus contenidos para crear nichos de audiencias que se asemejen en sus gustos y afinidades redituables. En consecuencia, la uniformidad de temas termina por diferenciarse en su enfoque editorial. Todos pueden hablar de educación en pandemia; algunos propondrán el regreso a la presencialidad, otros destacarán el cuidado de la salud.

Los medios por sí solos no son creadores de la polarización, pero contribuyen a la exacerbación de divisiones y resentimientos tribales. En estos escenarios, más aun en campañas electorales, dependen del consumo de noticias reportado por las métricas a la hora de tomar decisiones periodísticas. El clickbait (título que busca el clic a través de la emoción) es el mecanismo mediático-digital extremo y preferido de esta convivencia entre el aprovechamiento de la polarización y la complacencia de las audiencias de nicho.

Pero aun cuando los medios consientan a su público con exceso de celo, eso no garantiza un acompañamiento incondicional del otro lado de las pantallas. En un mundo de abundancia informativa, (10) donde los recursos para aumentar la interacción con las audiencias apelan al asco, al miedo y a la indignación, la desconfianza termina por imponerse. Con tanto cinismo mediático, no resulta extraño que los realities de cocina o pastelería, o los programas con música y

diálogos distendidos, alcancen los mayores niveles de rating. (11)

Ni las redes son islas ni el ecosistema mediático puede pensarse en forma dicotómica. Más bien, medios y redes actúan de manera conjunta. Cuando lo hacen, maximizan su poder de instalar una definición de la realidad.

Durante el primer año de la pandemia, muchos eventos mostraron el engranaje de este ecosistema mediático-digital y, más específicamente, la labor conjunta de medios tradicionales, redes sociales y estrategias promovidas desde el discurso político. Uno de los más ilustrativos de esta dinámica tuvo lugar cuando, a partir de un brote de Covid-19 en la Villa Azul, ubicada en los partidos de Quilmes y Avellaneda, provincia de Buenos Aires, se instaló una operación de fake news. En esa ocasión, cuentas no verificadas y medios apócrifos influyentes en redes sociales publicaron imágenes de una protesta en el sur de Chile y las presentaron como si se tratara de una manifestación de habitantes de ese barrio popular. Con esto se buscó criticar a la intendenta de Quilmes, Mayra Mendoza, y al gobernador bonaerense, Axel Kicillof. En forma contemporánea, dichas imágenes y videos fueron emitidos por el canal de noticias TN. La información fue calificada como falsa por la organización Chequeado, tras lo cual el canal de televisión pidió disculpas.

En la operación político-mediática promovida en Villa Azul fue imprescindible la coexistencia de medios y redes sociales para reinstalar la “inseguridad ciudadana” en la agenda pública y, por un momento, sacar de escena la salud, que se encontraba al tope de las preocupaciones de los argentinos desde el inicio de la pandemia. ¿Significa esto que siempre operan de manera conservadora, impidiendo que nuevas voces se expresen en la arena pública y construyan agendas alternativas? Aún en este mundo polarizado, existen oportunidades para redefinir eventos y torcer ciertas dinámicas.

Un horizonte para la conexión

En el ecosistema mediático-digital no siempre dominan las mismas voces. Ciertos hechos permiten trastocar cimientos político-comunicacionales. En ocasiones, el terreno virtual deja resquicios para que algunos usuarios interpelen

las narrativas hegemónicas con sentidos alternativos que se decantan por luchas sostenidas.

En esos casos, la pregunta que persiste es: ¿para tener éxito, las acciones sociales deben someterse a las dinámicas polarizantes de la escena mediática o existen otras alternativas? ¿Los movimientos sociales y políticos deben hacer coincidir su agenda con lo que espera el "gran público" para que sus reivindicaciones sobrevivan? ¿O pueden aspirar a una redefinición de los eventos mediante dinámicas colaborativas que se salteen las rutas convencionales de la información?

Activistas, organizaciones sociales, políticos y partidos podrían promover desobediencias civiles si reconocieran temas que los unen y descentralizaran sus liderazgos y sus voceros. También, si apuntaran a una estrategia a largo plazo que demandaría más tiempo y requeriría mayores niveles de consenso interno, pero sería capaz de evadir los cercos de los medios tradicionales y la estructura jerárquica de las redes.

Esa suerte de "operación judo" les permitiría utilizar el peso del adversario (12) para promover sus reivindicaciones en un mundo donde la polarización parece anular toda posibilidad de cambio. En América Latina se han producido acciones colectivas que lograron la convivencia de movimientos sociales, políticos y comunicacionales capaces de incidir en la conversación pública. (13) A las agendas de género y las irrupciones callejeras en países como Chile, Colombia y Ecuador, se sumaron otras iniciativas que, aún sin llegar a ser "la gran noticia", vehiculizaron dinámicas transversales e interpartidarias.

*** * ***

En Argentina, ejemplo de esto es la Multisectorial de Humedales, que, entre otras acciones, realizó en agosto de 2021 una travesía en kayak por el río Paraná para reclamar por el tratamiento de la ley de humedales en el Congreso Nacional. Luego siguió con bicicleteadas y otras acciones que unieron zonas del país donde se producen quemas y desmontes con reclamos directos a funcionarios para que legislen sobre el tema. Otro ejemplo es Ciudad Futura, un

partido político de la provincia de Santa Fe nacido de la militancia popular que en 2010 logró que se prohibiera la instalación de barrios privados en la ciudad de Rosario y fue ampliando su agenda y su representación política. En Brasil, #OcupeEstelita fue una iniciativa de los habitantes de Recife que se opusieron al proyecto llamado “Nuevo Recife”, un complejo de torres de lujo y shoppings lindantes con barrios precarios. Los vecinos ocuparon la calle Estelita y el Palacio Municipal como estrategia de responsabilización de los funcionarios en su decisión de habilitar tamaño emprendimiento inmobiliario.

Las demandas promovidas por colectivos de mujeres en la década de 1980 en algunos países de la región constituyen la antesala de los movimientos feministas tal como los conocemos hoy. Brasil y Uruguay fueron escenarios clave de la conformación de esas reivindicaciones. Fundado en 1983, el Plenario de Mujeres del Uruguay (PLEMUU) fue la primera organización social de mujeres provenientes de las barriadas y de los partidos políticos, que buscó empoderar a las mujeres de ese país. (14) El Lobby do Batom, a finales de los años ochenta en Brasil, fue una experiencia de asociación entre un organismo estatal y un movimiento social que logró la aprobación de demandas de igualdad jurídica, de derechos y responsabilidades sociales y económicas entre hombres y mujeres y un principio de no discriminación por sexo y raza-etnia, en la Asamblea Constituyente de 1988.

Fortalecido por masivas movilizaciones callejeras y un activismo digital incesante, el movimiento argentino de mujeres promovió tres eventos críticos que redibujaron el escenario político en materia de género. (15) A la irrupción que significó el #NiUnaMenos en 2015 le siguieron los dos últimos intentos de legalizar la interrupción voluntaria del embarazo, que se convirtió en ley en diciembre de 2020. En el Congreso, el debate político se impuso a las divisiones partidarias. En las redes sociales, la llamada feminista construyó una narrativa popular –de abajo hacia arriba, copada por intercambios horizontales y poco endogámicos– que logró, incluso, torcer el voto de una parte de la dirigencia política. ¿Por qué hablar, en estos tres casos, de “eventos críticos redefinitorios”? (16) Porque no solo rompieron las rutinas a las que la sociedad estaba acostumbrada, sino que distintos actores enfocaron su atención en ellos y se volcaron a la arena para definir o redefinir el curso de los acontecimientos, con efectos concretos en la política pública. Ley en mano, la agenda de género no solo es una vía de entrada que amplía derechos. Además, genera consensos ideológicos en un territorio donde la política se impone sobre las fragmentaciones identitarias.

En octubre de 2020, un año después del estallido social en Chile, se realizó un plebiscito para reformar la Constitución, que databa del año 1980, durante la dictadura de Augusto Pinochet. Con las encuestas anticipando el triunfo del Apruebo, se inició una estrategia discursiva transversal y colaborativa para copar el escenario digital e instalar en la agenda chilena los temas que movimientos sociales y algunos partidos políticos buscaban llevar como demandas a la próxima Constitución. Entre los principales temas, la coalición por el Apruebo avivó en redes sociales (17) la refundación democrática de fuerzas de seguridad como Carabineros, la reformulación del sistema jubilatorio y de salud, el medio ambiente, el respeto por la diversidad y la autonomía reclamada por los pueblos originarios y la ampliación de derechos en materia de equidad de género. El levantamiento de 2019 había cerrado su primera etapa con el compromiso del gobierno de Sebastián Piñera de institucionalizar las demandas populares en el "Acuerdo por la Paz Social y la Nueva Constitución". Las agrupaciones integrantes del Apruebo aprovecharon la campaña del plebiscito para instalar sus demandas en medios y redes.

* * *

El copamiento de las calles en grandes ciudades latinoamericanas para promover demandas sociales que reformen la política primero llegó a la agenda mediática bajo una lógica dramática. La noticia priorizó el escándalo y la controversia antes que el consenso y la transversalidad de estas iniciativas. "La noticia arquetípica es una nota sobre delito, y un movimiento de oposición se trata común, rutinariamente y sin pensarlo como una especie de delito". (18)

Escapar de la polarización para instalar y sostener reclamos populares parece ser una de las claves. Es necesario avanzar con un movimiento doble. Por un lado, construir narrativas transversales que se sostengan entre distintos actores para salir del laberinto por arriba. Por el otro, medir la correlación de fuerzas para no caer en el escándalo de los escenarios mediáticos-digitales polarizados, y sobrevivir.

Si todo fuera una acción polarizante destinada a influir en la subjetividad cual "aguja hipodérmica", sumada a una estructura de medios y redes que también

segrega por su propia lógica de concentración de la propiedad, entonces no habría eventos críticos movilizadores, cambios de signo político de gobierno o avances de ciertas reivindicaciones sociales que amplían derechos.

▪

1- Natalia Zuazo, Guerras de internet, Debate, Buenos Aires, 2015.

2- Natalia Zuazo, Los dueños de internet, Debate, Buenos Aires, 2018.

3- Emerson Brooking y Peter Singer, “War goes viral”, The Atlantic, noviembre de 2016. Recuperado de internet https://www.theatlantic.com/magazine/archive/2016/11/war-goes-viral/501125/

4- Bill Bishop, The Big Sort: Why the clustering of like-minded America is tearing us apart, Houghton Mifflin Harcourt, 2009.

5- Ernesto Calvo y Natalia Aruguete, Fake news, trolls y otros encantos. ¿Cómo funcionan (para bien y para mal) las redes sociales, Siglo XXI, Buenos Aires, 2020.

6- John R Petrocik. “Issue Ownership in Presidential Elections, with a 1980 Case Study”, American Journal of Political Science, N° 40, pp. 825-850, 1996.

7- El caso Chocobar hace referencia a la condena del ex policía Luis Chocobar por el asesinato de Pablo Kukok, después de que este último apuñalara a un turista estadounidense en el barrio de La Boca, en la Ciudad Autónoma de

Buenos Aires, el 8 de diciembre de 2017.

8- Natalia Aruguete y Ernesto Calvo, “Alumno Fernández? ¿Alumno Larreta? Presentes”, DiarioAr, 7-5-21, https://www.eldiarioar.com/opinion/alumno-fernandez-alumno-larreta-presentes_129_7907010.html

9- Andrés Piazza, ¿Hay concentración de Internet en América Latina? El caso de Argentina, Observacom, Montevideo, 2021.

10- Pablo Boczkowski, Abundance: On the experience of living in a world of information plenty, Oxford University Press, Oxford, 2021.

11- María Esperanza Casullo, “Una narrativa de futuro se busca”, Cenital, 1-8-21, https://www.cenital.com/una-narrativa-de-futuro-se-busca/

12- Todd Gitlin, “Movimientos de protesta y temas periodísticos”, en Doris Graber (comp.), El poder de los medios en la política, Grupo Editorial Latinoamericano, Buenos Aires, 1986, pp. 289-302.

13- Entrevista con Dardo Ceballos, especialista en innovación política en América Latina.

14- Ana Laura de Giorgi, Historia de un amor no correspondido: Feminismo e izquierda en los 80, Sujetos Editores, Montevideo, 2020.

15- Paola Ingrassia, “La constitución de la violencia de género como problema público y los frames sobre aborto”, Austral Comunicación, Vol. 9, N° 2, pp. 519-551, 2020.

16- Suzanne Staggenborg, “Critical Events and the Mobilization of the Pro-Choice Movement”, Research in Political Sociology, 6, pp. 319-345, 1993.

17- Natalia Zuazo, Sara Soubelet y Milena Álvarez, “Publicidad electoral en redes: ¿Qué temas se demandan en la Constitución de Chile?”, Asociación por los Derechos Civiles, Buenos Aires, 13-7-21.

18 - Todd Gitlin, “Movimientos de protesta y temas periodísticos”, en Doris Graber (comp.), El poder de los medios en la política. Buenos Aires, Grupo Editorial Latinoamericano, Buenos Aires, 1986, p. 295.

Autores

Emmanuel Alvarez Agis

Economista por la UBA. Tiene un máster en Economía por la misma casa de estudios y un posgrado en Comunicación Política y Opinión Pública en FLACSO. Fue subsecretario de Programación Macroeconómica de la Nación, viceministro de Economía de la Nación y asesor de la ONU y del Banco Mundial en materia de macroeconomía. Dicta clases en varias universidades nacionales. Fue fundador y director de la carrera de Economía de la UNAJ. Fundó y actualmente dirige el área macroeconómica de la consultora PxQ.

Natalia Aruguete

Es investigadora del Conicet y profesora de la UNQ y de la Universidad Austral. Es autora de más de cuarenta artículos sobre la relación entre agendas política, mediática y pública en el diálogo entre medios tradicionales y redes sociales. Sus últimos libros son El poder de la agenda (Biblos, 2015) y Fake news, trolls y otros encantos (Siglo XXI, 2020).

María Esperanza Casullo

Doctora en Gobierno por la Universidad de Georgetown. Dirige el Laboratorio de Estudios e Investigación en Sistema Penal y Derechos Humanos de la Universidad Nacional de Río Negro, donde se desempeña como docente e investigadora. Es autora de ¿Por qué funciona el populismo? El discurso que sabe construir explicaciones convincentes de un mundo en crisis, Siglo XXI, Buenos Aires, 2019.

Facundo Cruz

Politólogo. Magíster en Análisis, Derecho y Gestión Electoral, y Doctor en Ciencia Política (UNSAM). Se dedica a la consultoría independiente y a la investigación en elecciones, partidos políticos, democracia e instituciones de gobierno. Actualmente dicta clases en UBA, UTDT y UADE y escribe el newsletter "La Gente Vota" en Cenital.com.

Luis Alberto Quevedo

Licenciado en Sociología (1982) graduado en la École des Hautes Études en Sciences Sociales de la Universidad de París, donde obtuvo la Maestría en Sociología en 1985. Es director de la Sede Argentina de FLACSO desde 2014 hasta la actualidad. Es Profesor Titular de Sociología Política en la UBA desde 1998. Director del Posgrado (junto a Ignacio Ramírez) Opinión Pública y Comunicación Política de FLACSO Argentina. Ha sido consultor del PNUD, OEI, FIDA, OIT y el IICA, entre otras instituciones y organismos internacionales. Se especializa en cultura y comunicación, política y medios, derechos humanos, cultura política. Ha coordinado estudios sobre Consumos Culturales en Argentina y publicó La cultura argentina hoy, Siglo XXI, 2015.

Ignacio Ramírez

Licenciado en Sociología por la Universidad de Buenos Aires y DEA en Cultura, Política y Comunicación por la Universidad Complutense de Madrid. Director, junto a Luis Alberto Quevedo, del Posgrado en Opinión Pública y Comunicación Política de FLACSO Argentina, donde además dicta clases en diferentes seminarios y cursos. Docente invitado del Máster en Análisis Político Aplicado de la Universidad de Murcia y en la materia "Huellas de la transformación digital" de la Universidad de San Andres. Se desempeña como consultor político y entre 2012 y 2016 dirigió Ibarómetro, consultora dedicada a la investigación de opinión pública. Ha publicado numerosos artículos en El Diplo, Revista Anfibia, Revista NUSO, Revista Mexicana de Opinión Pública y en diferentes medios periodísticos.

Natalia Zuazo

Licenciada en Ciencia Política por la UBA. Tiene un máster en Periodismo por la UTDT. Trabaja como consultora en Política y Tecnología. Es autora de Guerras de internet (Debate, 2015), Los dueños de internet (Debate, 2018) y Manual de periodismo de tecnología (UNESCO, 2019). Dirige Salto, una agencia de comunicación política y digital. Es asesora de la Oficina de UNESCO para América Latina y el Caribe en materia de regulación tecnológica, medios e inteligencia artificial. Su web es nataliazuazo.com